

AULA TALLER

Aportes pedagógicos y políticos
para la construcción de paz
en La Plancha, Anorí



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

AULA TALLER

Aportes pedagógicos y políticos
para la construcción de paz
en La Plancha, Anorí

Organiza



Apoyan



Submesa de Educación
del Comité Departamental
de Reincorporación y Capacitación

En alianza con



AULA TALLER

Aportes pedagógicos y políticos
para la construcción de paz
en La Plancha, Anorí

©Universidad de Antioquia
ISBN 978-xxx-xxxx-xx-x
Septiembre 2018

Dirección de Regionalización
219 8158 Bloque 16 of. 308
direccionregionalizacion@udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Calle 70 No. 52-21, Medellín, Colombia

Corrección de estilo
Denis Murillo Hernández

Diseño y diagramación
Luisa Santa

Fotografía portada
Natalia Maya Llano (2018)

Impresión
Publicaciones VID

Prohibida la reproducción sin autorización de la
Universidad de Antioquia. Derechos reservados
de los autores para textos e imágenes.

El contenido de la obra corresponde
al derecho de expresión de los autores y no
compromete el pensamiento institucional
de la Universidad de Antioquia.

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Rector
John Jairo Arboleda Céspedes

Comité Rectoral
John Jairo Arboleda Céspedes
Rector

Elmer de Jesús Gaviria Rivera
Vicerrector General

Clemencia Uribe Restrepo
Secretaria General

Lina María Grisales Franco
Vicerrectora de Docencia

Sergio Cristancho Marulanda
Vicerrector de Investigación

Pedro José Amariles Muñoz
Vicerrector de Extensión

Ramón Javier Mesa Callejas
Vicerrector Administrativo

Jaime Ignacio Montoya Giraldo
Director de Planeación y Desarrollo Institucional

Liliana Marcela Ochoa Galeano
Directora de Bienestar Universitario

Jorge Iván Gallego Mosquera
Director de Regionalización

Diana Marcela Garcés Valderrama
Directora de Relaciones Internacionales

Dora Ángela Hoyos Ayala
Directora de Posgrados

Carlos Mario Guisao Bustamante
Director de Comunicaciones

José Agustín Vélez Upegui
Director Jurídico

Adriana Astrid Zea Cárdenas
Auditora Interna

Consejo Académico

Gabriel Mario Vélez Salazar
Decano de la Facultad de Artes

José Pablo Escobar Vasco
Decano de la Facultad Nacional
de Salud Pública

Gloria Eugenia Giraldo Mejía
Decana (e) de la Facultad de Ciencias Agrarias

Ángela María Franco Cortés
Decana de la Facultad de Odontología

Sergio Iván Restrepo Ochoa
Decano de la Facultad de Ciencias Económicas

Juan Carlos Alarcón Pérez
Decano de la Facultad de Ciencias Farmacéuticas
y Alimentarias

Adriana Echavarría Isaza
Decana de la Facultad de Ciencias Exactas
y Naturales

Hernando Muñoz Sánchez
Decano de la Facultad de Ciencias Sociales
y Humanas

Edwin Alberto Carvajal Córdoba
Decano de la Facultad de Comunicaciones

Luquegi Gil Neira
Decano de la Facultad de Derecho
y Ciencias Políticas

Elvia María González Agudelo
Decana de la Facultad de Educación

Lina María Zuleta Vanegas
Decana de la Facultad de Enfermería

Jesús Francisco Vargas Bonilla
Decano de la Facultad de Ingeniería

Carlos Alberto Palacio Acosta
Decano de la Facultad de Medicina

Asistentes invitados

José Ricardo Velasco Vélez
Director de la Escuela de Microbiología

Margarita Gaviria Velásquez
Directora de la Escuela Interamericana
de Bibliotecología

Paula Andrea Echeverri Sucerquía
Directora de la Escuela de Idiomas

Berta Lucía Gaviria Gómez
Directora de la Escuela de Nutrición
y Dietética

Francisco Luís Cortés Rodas
Director del Instituto de Filosofía

Gloria María Castañeda Clavijo
Directora del Instituto Universitario
de Educación Física y Deportes

William Fredy Pérez Toro
Director del Instituto de Estudios Políticos

Jaime Vladimir Montoya Arango
Director del Instituto de Estudios Regionales

Elmer de Jesús Gaviria Rivera
Vicerrector General

Dora Ángela Hoyos Ayala
Directora de Posgrados

Diana Marcela Garcés Valderrama
Directora de Relaciones Internacionales

Liliana Marcela Ochoa Galeano
Directora de Bienestar Universitario

Jorge Iván Gallego Mosquera
Director de Regionalización

Jaime Ignacio Montoya Giraldo
Director de Planeación y Desarrollo Institucional

José Agustín Vélez Upegui
Director Jurídico

Carlos Mario Guisao Bustamante
Director de Comunicaciones

Adriana Astrid Zea Cárdenas
Auditora Interna

5
Presentación

8
Contexto

16
Las Experiencias de la
comunidad universitaria

122
Claves pedagógicas
y políticas para la
construcción de paz



Fotografía: Santiago Rodríguez Álvarez (2018)

Presentación

Mary Luz Marín Posada

Colombia, que ha sido devastada por distintas violencias durante muchas décadas, ha entrado en una transición hacia la paz. Esta transición nos implica a todos como nación y nos plantea retos para construir un clima favorable a la reconciliación y al perdón, pero esto no es tarea fácil en un país tan polarizado como el nuestro que, incluso al ser consultado como ciudadanía sobre la favorabilidad de un acuerdo de paz, no respondió, en gran parte, al principio universal de la paz, dentro de lo que se podría llamar una lógica del bien común. Se creería que a todos interesaría iniciar unos acuerdos de paz, pero las expresiones de gran parte de los “ciudadanos de a pie” son negativas y, en este sentido, surge el interrogante: ¿por qué en una construcción moral como la paz, no es siempre

afirmativa la manera como la ciudadanía deliberante responde? Entonces, ¿por qué un imperativo categórico como la paz no resulta tan evidente para el conjunto de la población, incluso para ciudadanos formados, en los cuales va quedando la sensación de que están agenciando la guerra? Es aquí cuando se hace necesario conocer un poco más acerca de esta situación y poder aportar a la coexistencia de las diversidades en el marco de esta transición hacia la paz.

El proceso de transición a la vida civil requiere de voluntad política por parte de las dependencias del Estado, y también de los procesos de acompañamiento pedagógicos y políticos contundentes, con la intención de que se acerquen a los intereses y necesidades de los excombatientes, y que los distintos actores como las universidades, las organizaciones no gubernamentales y otros actores de la sociedad en general se responsabilicen de su papel dentro de esta dinámica. Es en este orden de ideas, el **Aula Taller**, diseñada e implementada por varios docentes, administrativos y estudiantes de posgrado y pregrado de dependencias como la Dirección de Regionalización, el Instituto de Estudios Regionales-INER, del Instituto de Estudios Políticos-IEP, la Facultad de Artes, Educación, Ciencias Sociales y Humanas, Comunicaciones, Salud Pública y Ciencias Agrarias, propone un acercamiento real a este proceso social, cultural y político por el que atraviesa el país.

De esta manera, los integrantes de la Universidad de Antioquia que participamos de este espacio, quisimos contar lo sucedido en el Aula Taller que se llevó a cabo en la vereda La Plancha, de Anorí, en el Espacio Territorial de Reincorporación y Capacitación (ETCR) y en la Universidad de Antioquia. En este sentido, este libro aspira a que los lectores tengan una idea de lo que fue y ha sido el proceso, y se animen a generar acciones y otros procesos que propendan en la construcción de paz en un país como el nuestro.

¿POR QUÉ EN UNA CONSTRUCCIÓN MORAL COMO LA PAZ, NO ES SIEMPRE AFIRMATIVA LA MANERA COMO LA CIUDADANÍA DELIBERANTE RESPONDE?

Asimismo, se pone a disposición de los lectores una primera parte que da cuenta de un contexto de lo que ha sido la experiencia del Aula Taller, con los antecedentes, desarrollo y alcance que tuvo el encuentro. Una segunda parte que narra cada una de las experiencias y testimonios de los actores (docentes, administrativos y estudiantes de la Universidad de Antioquia), y una tercera parte de claves pedagógicas y políticas, la cual presenta elementos claves para los procesos de



Fotografía: Santiago Rodríguez Álvarez (2018)

reincorporación en el tránsito a la vida civil. Además, el texto está acompañado de algunas fotografías de la experiencia.

Queremos agradecer al doctor Álvaro Franco que alentó desde la Mesa Universitaria por la Paz la gestación del Aula Taller; a la comunidad fariana que le dio vida al espacio y nos recibió en el ETCR con las condiciones necesarias requeridas, con el cariño y la solidaridad para que nos sintiéramos muy bien; a la Sub-mesa de Educación de Reincorporación y Capacitación Departamental; a las distintas dependencias de la Universidad que respaldaron esta acción y tuvieron confianza en este proceso, y a todo nuestro equipo interdisciplinar y diverso con el que compartimos cada momento vivido con intensidad. 🇨🇴

Contexto

Mary Luz Marín Posada
Juan Camilo Domínguez

El 31 de agosto de 2017 se dio por finalizada oficialmente la entrega de armas acordada en el punto 3 del acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera. El acuerdo se firmó en el Teatro Colón de Bogotá, el 24 de noviembre de 2016, entre el Estado colombiano y las FARC-EP, en cabeza del presidente Juan Manuel Santos y Timoleón Jiménez. El 1 de septiembre de 2017 se modificó el objeto de las Zonas Veredales (y Puntos) Transitorias(os) de Normalización (ZVTN (PVTN))¹ creadas(os) para ejecutar en ellas(os) el proceso de concentración y dejación de armas de las

¹ En La Plancha, Anorí, se localizó un Punto Transitorio de Normalización donde se concentró el Frente 36 de las FARC-EP.



FARC-EP, y se dio paso a los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (ETCR) que, como su nombre lo indica, son espacios para generar los procesos necesarios para la capacitación y paulatina reincorporación de los exguerrilleros. Y es precisamente en el marco de estos ETCR que surge el proceso, las experiencias y aprendizajes relatados en este libro.

En el año 2015 en la Universidad de Antioquia se conformó la Mesa Universitaria por la Paz (MUP), un espacio ideado inicialmente para la discusión de los avances de la Mesa de Conversaciones entre el Gobierno y las FARC-EP, a la cual asistían mensualmente, convocados por la Vicerrectoría General, varios decanos, directores y docentes que debatían desde diferentes posturas los avances y dificultades que se presentaban en La Habana. También realizaron varios foros abiertos en los que promovieron el debate sobre las negociaciones, y las posibilidades y retos que se abrían con la Paz. Para el año 2017, ya con el Acuerdo de Paz firmado en el Teatro Colón, con unas FARC-EP en proceso de concentración en las ZVTN y los PVTN, la dinámica de la MUP cambió, como resultado de un debate originado al interior del Comité de Área de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes que tuvo en Hernando Muñoz, el Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, a su principal promotor. El debate consistió en el papel que debía cumplir la Universidad

de Antioquia (UdeA) en la nueva dinámica de la construcción de paz, ya no solo como un tema para foros y debates académicos, sino como un hacer en territorios y con una población que, como resultado del conflicto armado, había quedado excluida del quehacer universitario y que traía nuevos retos para la institución. Además, el carácter público de la UdeA generaba un compromiso adicional con la naciente implementación del Acuerdo de Paz.

Al interior del Área de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes, se inició entonces un proceso de articulación que posibilitó la actividad Misión Dabeiba, que fue el primer ejercicio conjunto de 10 dependencias académicas de la Universidad que visitaron una de las ZVTN. Esta actividad, que se realizó en el mes de abril de 2017, evidenció lo potente que resultaba el trabajo multidisciplinario y lo complejo que resultaría cualquier acción institucional de nuestra Universidad en territorios que, como Dabeiba y posteriormente Anorí, se han caracterizado por el marcado abandono estatal y la alta intensidad del conflicto. Fue la Misión Dabeiba, y su efecto al interior del Área, más los retos que supuso escalar la iniciativa a la MUP, buscando recursos al nivel central de la UdeA, lo que permitió apalancar estas ideas. Esta iniciativa, y otras que comenzaron a visualizarse en la MUP, cambiaron la dinámica de esta y comenzaron a reconfigurarla como un espacio de una incipiente

articulación al interior de la UdeA para tratar de gestionar iniciativas asociadas a la implementación del Acuerdo de Paz, dando un giro estratégico en la concepción de la paz dentro del claustro universitario, al pasar de ser una entelequia a un asunto principalmente práctico en el que todo aquel que, por decisión propia o en el marco de procesos institucionales visitaba una ZVTN, regresaba con la misma conclusión: hacerlo solo era imposible. Y por “hacerlo solo” nos referimos también a las disciplinas, las dependencias e incluso las áreas del saber.

La paz requiere una articulación al más alto nivel de la Universidad y esto no solo porque en la realidad territorial los retos de la paz se encuentran todos juntos, sino porque resulta imposible, por ejemplo, resolver lo productivo si no se resuelve a la par lo asociativo, la memoria, la reconciliación, la gestión pública, la salud pública y la sanidad en general, el acceso a la tecnología, la formación política y un etcétera tan largo y tan diverso como los saberes que hay al interior de nuestra institución.

La nueva realidad institucional de la implementación abrió la posibilidad de que en el marco de las regiones de los nacientes Planes de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), el Ministerio de Educación Nacional (MEN) abriera una convocatoria para procesos formativos en dichas regiones, siendo la región Nordeste-Bajo Cauca en

LA PAZ REQUIERE UNA ARTICULACIÓN AL MÁS ALTO NIVEL DE LA UNIVERSIDAD

Antioquia una de las primeras zonas donde se invitaba a instituciones de educación superior a presentar proyectos que ayudaran al proceso de reincorporación de los exguerrilleros, y mejorara la presencia institucional en educación superior en esta región. Fue así como se formuló el proyecto Modelo Colaborativo de Educación Rural para el Nordeste Antioqueño, en el cual participaron en su construcción e implementación la Universidad de Antioquia, el Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid, la Institución Universitaria Pascual Bravo, la Corporación para el Fomento a la Educación Superior de Antioquia, la Fundación Universitaria Católica del Norte, la Escuela Superior de Artes Débora Arango y La Universidad de Envigado, auspiciado por el MEN a través de la convocatoria Banco de elegibles 2017, bajo el convenio suscrito No. 1356 de 2017, el cual buscó beneficiar a los jóvenes de esta región que pertenecen a la población escolar; a la comunidad fariana, a los campesinos, entre otros actores potenciales para dicho proyecto. Los municipios antioqueños en los que se está desarrollando el proyecto son: Anorí, Remedios, Amalfí, Carolina del Príncipe, Yolombó, Gómez Plata, Guadalupe, Segovia.

Al ser un modelo colaborativo, se logró la confluencia de distintas iniciativas educativas como lo son el Programa PIES -Programa de Inducción a la Educación Superior-, dirigido a toda la población escolar de los 8 municipios mencionados y la comunidad del ETCR en la vereda La Plancha del municipio de Anorí; talleres en Artes y Oficios con la población campesina y la comunidad fariana; diplomados, cursos de extensión con niños, jóvenes y campesinos; el Aula Taller y un diplomado de fortalecimiento de la red sobre Modelo Pedagógico Colaborativo de Educación Superior Rural.

Este proyecto, liderado por el Área de proyectos especiales de la Dirección de Regionalización de la UdeA, generó la necesidad de articular diferentes dependencias que coadyuvaran en la ejecución de esta iniciativa, sobre todo porque se había posibilitado una necesidad subyacente: la de caracterizar a la población excombatiente. De esta manera se creó el Aula Taller interdisciplinar, una estrategia de formación que se realizó los fines de semana en el ETCR La Plancha de Anorí, en torno a temas como: el tránsito a la vida civil y los procesos de reconciliación y reincorporación. En este sentido, el Aula Taller logró la articulación de profesores, administrativos, estudiantes de posgrado y pregrado de diversas dependencias como el Instituto de Estudios Regionales-INER, el Instituto de Estudios Políticos-IEP, las Facultades de Artes, Educación, Ciencias Sociales y Humanas, Comunicaciones,

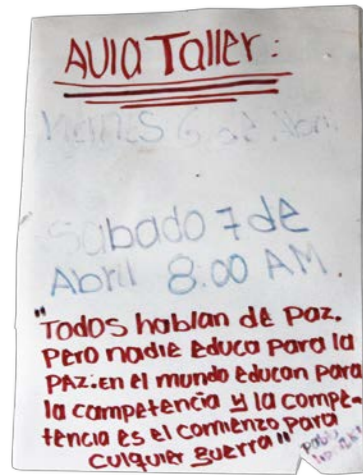
Salud Pública, Ciencias Agrarias y la Dirección de Regionalización.

El Aula Taller se gestó como un proceso de fortalecimiento de la dinámica comunitaria de los excombatientes, sobre todo porque la mayoría de ofertas que les hacían estaban orientadas a lo individual y pocas hacia lo colectivo, lo cual consideramos un despropósito teniendo en cuenta su potencial comunitario, el modo de vida construido, la cohesión de grupo y el trabajo mancomunado que lograron construir en el marco de la confrontación armada. Este proceso, metodológicamente concebido desde el diálogo de saberes y conocimientos, privilegió la reflexión y reconstrucción de la experiencia comunitaria y sus dinámicas productivas. En consecuencia, el punto de partida estuvo enmarcado en sus trayectorias de vida comunitaria y colectiva, identificando claves de lectura para los distintos procesos de formación, orientados desde la Universidad de Antioquia, con la intención de encontrar las pistas que permitirían pensar en futuros procesos que partan de la base de lo ya conocido, no de los supuestos, y que correspondan a necesidades reales de la población a la que estarían dirigidos: los excombatientes y las comunidades aledañas.

El nombre mismo de Aula Taller se eligió con el objetivo de no ser solo un espacio en el que los universitarios desplegaran sus saberes de manera más o menos irreflexiva e instrumental, sino



Fotografía: Juan Diego Restrepo Toro (2018)



Fotografía: Juan Diego Restrepo Toro (2018)

TODO LO VIVIDO SE
RETOMÓ CADA JUEVES
EN LA UNIVERSIDAD,
EN DONDE NOSOTROS
COMO COMUNIDAD
UNIVERSITARIA TAMBIÉN
TENÍAMOS UN DIÁLOGO
INTERDISCIPLINAR
PARA COMPARTIR
NUESTRAS VIVENCIAS
Y ELABORACIONES
INDIVIDUALES Y
COLECTIVAS

como un espacio donde los asistentes tuvieran un papel activo y propositivo que permitiera generar aprendizajes mutuos, principalmente desde el hacer. Es así como la dinámica del Aula Taller se orientó en distintos momentos para los encuentros. El primer momento se denominó por parte de los propios participantes (universitarios y excombatientes) como “Tertulia política: Botando corriente por la resistencia”, una conversación abierta sobre la política en medio de las noches de fogata, en las que se dialogó sobre distintas preguntas respecto a las diferentes coyunturas que iban sucediendo entre un encuentro y otro; configurando así un espacio de formación política. Este conversatorio se convirtió en el preámbulo que ambientó la reflexión del siguiente día. Este momento suscitó distintos aprendizajes y elaboraciones que terminaron en un compartir, pues cada quien se dispuso a tertuliar sobre múltiples temas en la cotidianidad de las noches y sus lugares. Al otro día se madrugaba para trabajar por comisiones; estas comisiones se ocuparon de las problemáticas que enfrenta la comunidad fariana en torno a la productividad y sostenibilidad, el medio ambiente, el género, el arte y la cultura, la salud y el cuidado de la vida colectiva. Todas estas comisiones abordaron sus asuntos tanto como *ejercicio de memoria de sus saberes*, como encuentros interdisciplinarios desde experiencias diversas, de cara a sus preocupaciones en la transición a la vida civil, a sus dinámicas de fortalecimiento y solidaridad con las comunidades aledañas, con pretensiones de configurarse como un centro comunitario en el que se desarrollen acciones artísticas, lúdicas y productivas con las comunidades campesinas y así poder repensarse su posicionamiento y su proyección en el escenario político y social actual.

Posteriormente, al trabajo de las comisiones se sumó un plenario general para compartir lo trabajado en estas. En los recesos hubo tiempo para charlar con un tinto o un chorro de la panadería comunitaria, y también hubo tiempo para caminar y para conocer a los excombatientes, ver sus rostros, sorprenderse con sus vidas, preocupaciones y escuchar sus esperanzas en el tránsito a la vida civil. Todo lo que ocurría en cada viaje se reflexionaba en el retorno a Medellín en medio de los diversos tonos de verde y el sonido del agua al interior de las montañas. Este bálsamo se fundía con la esperanza para continuar con este proceso. Todo lo vivido se retomó cada jueves en la Universidad, en donde nosotros como comunidad universitaria también teníamos un diálogo interdisciplinar para compartir nuestras vivencias y elaboraciones individuales y colectivas, y poder planear el siguiente viaje, al calor de la coyuntura rápida y acelerada como la que actualmente atraviesa el país y que permite rememorar las palabras de Sloterdijk: “la nación es un plebiscito diario, en el que sin embargo no se consulta sobre la constitución, sino sobre la prioridad de las preocupaciones [...] en la que se presentan propuestas nuevas cada día, a cada hora para que esta se excite, se indigne, se llene de envidia, se exalte”². Es indispensable que la dinámica actual, y los procesos de formación, lean estas lógicas y las incorporen en las acciones y los procesos educativos. 🌱

² Sloterdijk, Peter. *Estrés y libertad*. (2017). Buenos Aires: Ediciones Godot.



Experiencias de la comunidad universitaria

HACIA UN ENCUENTRO CON LOS “OTROS”:

un mapa reflexivo sobre mi experiencia en el Aula Taller de paz, ETCR Anorí

César Andrés Ospina Mesa

Docente-investigador del

Instituto de Estudios Regionales, UdeA

Filósofo y magíster en Estudios Culturales

de la Pontificia Universidad Javeriana

cesara.ospina@udea.edu.co

Por primera vez se convocaron a docentes y estudiantes de diversas unidades académicas, de la Universidad de Antioquia, para iniciar un proceso de acompañamiento a las personas del Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR) de las FARC, ubicado en la vereda La Plancha del municipio de Anorí, nordeste antioqueño. Este encuentro, inédito por demás, logró juntar no solo conocimientos o saberes de cada una de las personas que allí se convocaron, sino también expectativas, deseos, sentimientos e imaginarios que se movilizaron sobre el territorio y la comunidad fariana que lo habita.

Quisiera entonces en este corto texto trazar un mapa reflexivo sobre lo que significó, personal y profesionalmente, la experiencia de haber hecho parte del proyecto Aula Taller de Paz. Lo llamo mapa reflexivo por dos razones: la primera tiene que ver

con la necesidad de volver sobre lo transitado y trazar la ruta de ese camino, y en ella sus fortalezas y debilidades. La segunda, porque la metáfora del mapa me permite construir una representación, entre muchas otras, de un espacio compartido y vivido con otros. En ese orden de ideas, este texto está conformado por tres momentos. En primer lugar intentaré narrar los instantes previos al encuentro con la comunidad del ETCR de Anorí; después haré una corta reflexión sobre lo que significó el proceso de Aula Taller y, finalmente, propondré algunas pautas para la reflexión.

Debo confesar que para mí fue toda una sorpresa la invitación a participar del proceso. Acepté inmediatamente con gusto, pero con una ansiedad particularmente académica: mi experticia en procesos donde el conflicto y la paz constituían el eje central de trabajo. No obstante, no soy experto en el tema, a pesar de trabajar durante muchos años en procesos en los que de manera tangencial el tema del conflicto, sus impactos y la construcción de paz han estado sobre la mesa, pero con el tiempo me fui dando cuenta de que tan solo era un prejuicio. Esos prejuicios que la institución académica moviliza en términos de quién es legítimamente viable para participar en tal o cual proyecto. Sin embargo, como era de esperarse, las reuniones previas con el equipo del Aula Taller hicieron aflorar algunos asuntos en común, de orden epistemológico y metodológico, con los que

nos movemos en el ámbito académico, y pusieron en tensión las discusiones sobre qué hacer con los Otros, esos otros que íbamos a acompañar.

El “qué hacer” con esos Otros me generó una primera reflexión: históricamente hemos sido una sociedad cargada de prácticas de exclusión y discriminación. Una sociedad que ha sido excluida y discriminada, pero que, a su vez, reproduce y legitima estas prácticas con sus coterráneos. Así que cuando tenemos la oportunidad de acercarnos al Otro, unas veces lo hacemos desde el altruismo, desde el esencialismo o, también, desde una lógica de la inclusión que aún no sabemos operar eficazmente. En general, el Otro ha sido sujeto de inclusión o de reconocimiento, por lo menos desde la Constitución de 1991, pero aún no hemos avanzado hacia un *reconocimiento incluyente* en el que la diversidad cultural, política o social pueda caber en el país. A ello se suma también ese Otro que estuvo en la guerra y sobre el que recaen múltiples odios y rencores.

En todo caso, aquellas tensiones en el equipo, obviamente no resueltas, permitieron identificar elementos en común que nos llevaron a proponer algunas acciones conjuntas de cara a una primera visita al ETCR. Sabíamos que acompañaríamos desde el diálogo de saberes, atentos a las dinámicas propias del ETCR y, por sobre todo, abiertos a la posibilidad de replantear nuestros preconceptos.

En este sentido, una fuerte expectativa me habitaba el día del primer encuentro con la comunidad fariana: ¿quiénes son?, ¿cómo viven?, ¿qué discursos promulgan? Por detrás de estas preguntas tenía el imaginario de un grupo guerrillero violento, con discursos, a mi modo de ver, trasnochados y degradados por la violencia histórica del país y las dinámicas del narcotráfico. Imaginarios sobre un territorio y un grupo de personas desconocido para muchos de nosotros, ya que solo sabíamos de este por lo registrado en los medios de comunicación o por algunos estudios del conflicto armado en el país.

El largo viaje hacia el ETCR en Anorí, alrededor de 10 horas desde Medellín, fue agudizando mis expectativas. Al arribar, al fondo, visualicé una mancha blanca en medio del paisaje montañoso. “Ese es el ETCR”, dijeron algunos de los compañeros que ya habían estado allí y, en ese momento, un corto silencio habitó la “chiva” en la que viajábamos. Cuántas sensaciones, sentimientos, preguntas, temores, atravesaron ese corto silencio, no lo sé, pero lo sabremos con los otros relatos publicados en este libro.

Al respecto, dos asuntos quiero resaltar de mi experiencia con los excombatientes: por un lado, me encontré con personas de carne y hueso, con historias más complejas de las que ha experimentado alguien que vivió el conflicto desde la distancia, pero con preguntas similares sobre el futuro

inmediato, los proyectos, la familia y los amigos. Me encontré con personas que a muy temprana edad, por distintos motivos, hicieron parte de las filas del grupo guerrillero; personas que sobre todo tienen expectativas y deseos; para las que casi todo es novedoso, ya que crecieron en medio de las montañas, de largas caminatas y en la zozobra de los combates. Así que me encontré con *personas*, ya no con el Otro de mis imaginarios y prejuicios, lo cual ratificó en mí el valor que tiene el encuentro con ese otro, y el tratar de entender, desde su lugar, las condiciones por las cuales tuvo una historia distinta de la mía.

El otro asunto pasó por los silencios. El proceso de dejación de las armas, y el momento de transición que no solo las FARC como grupo sino las personas que lo conforman, ha generado otra dinámica de relacionamiento al interior de la comunidad. La lógica vertical de mando comenzó a desvanecerse, porque ahora las decisiones sobre la cotidianidad de la vida deben ser resueltas por cada quien, mientras los discursos sobre la revolución siguen en movimiento por unos pocos líderes. En ese escenario, buena parte de los excombatientes guardaron silencio, por lo menos en los talleres que ofrecimos. Fue un silencio extraño, pero no es difícil darse cuenta de que la nueva realidad, la incertidumbre por la tenencia de una tierra, un trabajo, capacitación, vivienda y demás, habita la mente de estas personas, sumado a la

sobre-intervención que han recibido por parte de varias organizaciones del Estado, universidades, organismos multilaterales, entre otros.

Los momentos más significativos se dieron en la cotidianidad. Pasar por la panadería, tomar tinto y comer “churros”, y en las noches tomar unas cervezas en el estadero, propiciaron un acercamiento más humano y comprensivo, no solo porque en parte algunos nos contaron sus vidas, sino porque a la vez compartimos las nuestras y lo que se vive “afuera”. Bailamos, reímos, compartimos espacios y momentos significativos para ellos; recuerdo una invitación a la vereda La Vianca, cercana al ETCR, donde se celebraba el día de la madre y se jugaba un campeonato de fútbol alrededor de un sancocho hecho en leña. Una vida común y corriente comenzaron a vivir estas personas luego de su historia en el escenario del conflicto armado.

Y para terminar un par de reflexiones más. La primera tiene que ver con el escenario de encuentro del Aula Taller de Paz entre estudiantes y docentes de la universidad. Para mí, como para varios de mis compañeros, fue novedoso el encuentro entre distintas profesiones y saberes. Intentamos construir colectivamente una ruta en la que pudiéramos experimentar otras metodologías de acompañamiento e investigación. No fue del todo posible, hay que confesarlo. Las tensiones por asuntos propios de la militancia, de

la formación o de los intereses personales, pusieron ciertos distanciamientos al momento de la construcción colectiva. A pesar de ello, pudimos ser constantes porque nos une la inquietud por el cómo de la reconciliación y la construcción de paz. Vamos aprendiendo en el camino porque, en palabras del profesor Juan Esteban Pérez, somos como niños que se van asombrando, acogiendo y desechando lo que más nos impacta en el proceso de aprendizaje.

La historia del país, nuestra historia, nos ha hecho evidente que somos hijos de la violencia, que la hemos vivido en pequeñas dosis; algunos dicen que por más de 60 años, otros por 200 y otros por más de 500. Al igual que hemos padecido la violencia y los efectos del conflicto armado, tenemos la oportunidad histórica de comenzar, paulatinamente, a transformar los escenarios y las dinámicas que nos han constituido como personas y ciudadanos. Es en el contexto inmediato de cada uno de nosotros: familia, trabajo, amigos, donde se da esa apuesta política por la construcción de una sociedad sin prejuicios ni violencias, en la cual la paz sea sostenible...

La pregunta que dejo para la reflexión es la siguiente: ¿qué vamos a hacer con los Otros; esos otros que llegaron, y llegarán, a sumarse a la constante lucha por que la diferencia y la diversidad tengan un lugar digno en este país. 🍌

El reencuentro con la política sin armas:

ENTRE LA ESPERANZA Y EL MIEDO

Deicy Hurtado Galeano

Docente e investigadora del Instituto de Estudios Políticos

Socióloga, especialista en Animación Sociocultural
y Pedagogía Social, magíster en Filosofía Política

deicy.hurtado@udea.edu.co

Cuando la noche del 6 de abril de 2018 en el ETCR La Plancha, de Anorí, y miembros de la Fuerza Alternativa del Común, así como estudiantes y profesores de la Universidad de Antioquia, organizados en un círculo de la palabra, nos disponíamos a reflexionar sobre los sentidos de la política y de la participación en un país como el nuestro. También queríamos comprender lo ocurrido en la reciente experiencia de participación electoral para el Congreso de la República, del pasado 11 de marzo. Elecciones en las que “comunes” y “universitarios” tuvimos en nuestras manos un tarjetón que ofrecía la posibilidad de optar por un exguerrillero tanto para el Senado como para la Cámara de Representantes. ¿Qué significa esto en un país que tiene que aprender que hacer política, arropados en cualquier color y partido, no nos puede costar la vida? Fue una de las preguntas que por allí rondaban.

En la medida en que íbamos tejiendo con los hilos conformados con las palabras³ de todos los participantes, asomaba ese tradicional sentido de la política y de las dinámicas electorales ligadas a la “corrupción”, a la “mentira” y a la “manipulación”. Pero esos hilos palabreríos mostraban otra parte de su entramado, otros sentidos de la política que la conciben como una actividad que “está en todo”, como un procedimiento “para construir relaciones de poder con el otro”, como capacidad de “convencer al otro” a partir de las “propias convicciones”, pero también esa necesidad de dejarse permear por lo que los “demás argumentan”. Siempre intentando que las “leyes construidas por todos y para todos” sean un mecanismo de protección de los ciudadanos y, sobre todo, una vía para lograr el cambio, una transformación soportada en la “equidad y la justicia” (Miembros ETCR La Plancha, Anorí. Aula Taller. Tertulia política, abril 6 de 2018).

Otro lazo que configuró esta urdimbre de palabras fue la participación como “una diversidad de voces y opiniones” y no solo como “consenso”; como “un juego de relaciones” en el que “no todos participamos de la misma manera”, como la capacidad de “proponer ideas” y la posibilidad de que “alguien las tenga en cuenta”. En otros términos,

³ Tomo prestada esta expresión del profesor William Estrada, quien ha puesto en esta experiencia de Aula Taller toda su trayectoria de trabajo en educación popular y en el programa Madre Tierra.

este espacio le dio lugar a la participación como “reconocimiento” en medio de la diversidad (Miembros ETCR La Plancha, Anorí. Aula Taller. Tertulia política, abril 6 de 2018).

La textura se completó con la idea de esperanza, de transformación del país que hizo presencia en distintas voces: “El día de las elecciones para Congreso fue muy lindo porque nos fuimos todos junticos en la chiva a votar por la rosa” (Andrea, lideresa del ETCR La Plancha, Anorí. Aula-Taller, fogata y tertulia, marzo 17 de 2018). Y ese ir juntos era una manera de expresar su sentido de lo común, su sentido de solidaridad ante una nueva experiencia de ejercicio político, pues tras la adquisición de la cédula, aquel día muchos ejercieron por primera vez su derecho al voto. Un voto cargado de esperanza en un nuevo partido político que los representa.

Todo cambió, entramos a generar ideas que van a germinar en transformaciones, de pronto vemos la luz mediante la participación política, pero sabemos que estamos distantes porque la pelea es muy dura. El partido Fuerza Alternativa del Común va a participar en la política contra un monstruo que nos lleva años, somos unos principiantes. Hemos visto fracasos. [...] Con la participación política hay posibilidad de transformación. Si es el arte de transformar y no de

robar, nosotros venimos a hacer todo bien, y si lo hacemos mal que se nos juzgue como es debido, que tengamos los ojos del pueblo ante los actos nuestros. (Caimán. Aula Taller. Tertulia política, abril 6 de 2018).

Queda claro que se trata de una esperanza en la transformación por las vías institucionales que, por supuesto, no estuvo exenta del principio de realidad sobre las enormes dificultades que enfrenta esta exguerrilla en su paso hacia la participación política electoral: la “demora en el giro de los recursos” para la campaña electoral; un casco urbano y unas veredas inundadas de propaganda electoral del Partido Liberal y del Centro Democrático; esa tradicional “pereza y abstención” de las comunidades rurales; las consabidas “trabas”, “presiones” y hasta “amenazas a la población en algunos territorios de influencia fariana”; una escasa pedagogía electoral para comprender la lógica de los tarjetones. Asimismo, la capacidad autocrítica hizo presencia en las reflexiones: “las pocas actividades realizadas con la población” anoriceña para dar a conocer la propuesta del nuevo partido y persuadirlos de votar por la Fuerza Alternativa del Común.

En esta región hubo gente con temor. Nos faltó llegar a unas zonas a convencer, pero había mucha manipulación, se encontraba un candidato del Partido Liberal con el arroz y el tamal tratando de persuadir. Me di cuenta de que no hay convicción.

Nosotros en estas elecciones pagamos la novatada. Los que conocían de política nos los mataron hace un tiempo. Se decía en el partido: si nosotros nos metemos en la contienda electoral vamos a pagar la novatada, y vea. (Miembros ETCR La Plancha, Anorí. Aula Taller. Tertulia política, abril 6 de 2018).

Al finalizar la tertulia, y mientras caía un fuerte aguacero, apareció el miedo... Y en este espacio de la palabra se reconoció que este sentimiento se

ha colado en todos los escenarios de participación social y política en Colombia. Un temor que es visto como otro de los factores que podría explicar el poco apoyo de la ciudadanía al “partido de la rosa” en las justas electorales del 11 de marzo: “Muchos han estado marginados a involucrarse en ciertos espacios. Hablemos de nuestro partido, porque a mucha gente le da miedo, es un peligro silencioso por lo que está pasando con los líderes sociales”. Pero es un miedo que no solo se le atribuye al otro, al ciudadano, es un sentimiento que también habita a la comunidad fariana. “Nos da miedo involucrarnos a participar más, este país es muy duro en la política, mucha gente se atiene porque matan a los líderes sociales” (Miembros ETCR La Plancha, Anorí. Aula Taller. Tertulia política, abril 6 de 2018).

Tal vez uno de los mayores aprendizajes en este ejercicio de tejer confianzas y palabras alrededor de la política y la participación fue que a pesar del descrédito que entre “los comunes” y “los universitarios” han tenido las formas tradicionales de hacer política –y sobre todo la política electoral–, emergieron significados de la política que hacen pensar que quienes allí confluimos albergamos la esperanza de ser sujetos políticos que se ven a sí mismos como protagonistas de proyectos políticos que, aunque diversos, han puesto en su horizonte la construcción de paz en los territorios y con sus protagonistas.

Parafraseando al profesor Gonzalo Sánchez⁴, este entramado de hilos y lazos que construimos entre habitantes del ETCR de Anorí, profesores y estudiantes, nos está enseñando que desde los distintos lugares en que nos encontremos, el compromiso es seguir aportando a esa inacabada tarea de “recuperar la política de las entrañas de la guerra”; de persistir en la lucha para que esos nuevos proyectos sociales y políticos –y las vidas los soportan– nunca más se vean truncados por la “tiranía de las armas”; de estar vigilantes para que las demandas básicas de justicia, equidad y democracia no sean cercenadas por esas élites políticas y económicas obtusas del país. En fin... tal vez hemos aprendido que debemos seguir “botando corriente”, resistiendo⁵, tejiendo palabras, compartiendo sentidos y significados que nos forjen una cultura política en la que la disidencia, el adversario, el contradictor, el inconforme dejen de ser vistos como personajes de los que se puede prescindir en esta singular democracia.

Y es justamente el “reencuentro con la política” sin armas lo que nos permite comprender y seguir llenando de sentido esta frase contundente de uno de los integrantes del ETCR: “Nosotros no tenemos un plan B, no tenemos retorno a la guerra”.

⁴ En la presentación realizada al libro *Hacer la guerra y matar la política. Líderes políticos asesinados en el Norte de Santander*. Informe del Centro Nacional de Memoria Histórica. Bogotá: CNMH, 2014, pp. 15-19.

⁵ Botando corriente por la resistencia, fue el nombre que propuso uno de los miembros de la Fuerza Alternativa del Común para la tertulia política del Aula Taller en el ETCR de La Plancha.

“NOS DA MIEDO
INVOLUCRARNOS
A PARTICIPAR
MÁS, ESTE PAÍS ES
MUY DURO EN LA
POLÍTICA, MUCHA
GENTE SE ATIENE
PORQUE MATAN
A LOS LÍDERES
SOCIALES”

RECONOCIENDO SENTIDOS

y sentires de la reincorporación

Diana Carolina Giraldo Giraldo

Investigadora asociada del Instituto de Estudios Políticos

y docente del pregrado en Ciencias Políticas

Socióloga, especialista en Investigación Social

y candidata a magíster en Ciencias Sociales

diana.giraldog@udea.edu.co

El pasado 2 de junio, la Universidad de Antioquia con el proyecto Aula Taller se desplazó al ETCR La Plancha, en Anorí, esta vez con el propósito de apoyar colaborativamente a los excombatientes farianos en el diseño de proyectos productivos, esos con los que se imaginan siendo ciudadanos en la cotidianidad y sujetos de derechos en la legalidad. Convocados alrededor de la metodología del espiral, Universidad y miembros del partido rosa tejimos reflexiones sobre el sentido de trabajar con otros y de imaginar un campo agonístico conformado por afinidades y antagonismos.

En este diálogo se valoró el papel de la reincorporación económica como una de las dimensiones que garantiza el fin del conflicto, reinserción que es concebida en los Acuerdos de Paz desde el enfoque de la economía social y solidaria, orientada a la organización colectiva de la actividad productiva y sostenible,

¡vaya desafío en una sociedad legal inscrita en el ethos neoliberal!

Al llegar a La Plancha las actividades productivas se hicieron notar: una panadería, una tienda, un taller de confecciones, un galpón de gallinas y una cochera de cerdos son parte de las imágenes que retratan la voluntad de transformar la guerra en proyectos de vida y que humanizan a ese “otro extraño”, un otro excombatiente que también necesita trabajar y subsistir como cualquier ciudadano de a pie.

El funcionamiento de estas unidades está definido en una división grupal del trabajo, con roles que conservan las jerarquías de la guerra y, paradójicamente, un sentido comunitario expresado en la partición igualitaria de las ganancias, esas que un negocio distante de todo puede escasamente dejar⁶. A través de estas iniciativas, la reconciliación parece fluir, vecinos de la vereda, militares y excombatientes confluyen allí para consumir productos y cruzar historias; son, pues, significados de la paz que trascienden la dejación de las armas y conciben una idea ampliada de esta: la paz como justicia social, como respeto a la diferencia y como encuentro cotidiano.

Al indagar esa noche de junio por cómo veían a futuro sus unidades productivas, los

⁶ La vereda La Plancha está localizada a tres horas por carretera destapada del área urbana del municipio de Anorí, nordeste del departamento de Antioquia.

cuestionamientos no se hicieron esperar, el reparo a la falta de territorio y a la desarticulación con las lógicas locales de comercialización y distribución se antepusieron como experiencia de su deseo por pertenecer al escenario civil. El desconocimiento de las mediaciones institucionales que estructuran las esferas de la vida colombiana fue parte de los vacíos de entendimiento que ellos se esforzaban en hacer, y frente a los cuales la Universidad aportó reflexiones críticas que parecían generar confusiones. Con distintos mensajes públicos nos hicieron saber a qué tipo de sociedad aspiraban integrarse:

Todos hablan de paz, pero nadie educa para la paz. En el mundo educan para la competencia y la competencia es el comienzo para cualquier guerra. (Miembros ETCR La Plancha, Anorí. Aula Taller. Tertulia política, abril 7 de 2018).

La incompreensión sobre esa nueva sociedad fue reforzada en el taller del día siguiente, en este señalaron el carácter técnico e individualista de los formatos requeridos por la institucionalidad del posconflicto para acceder a los recursos prometidos. La afluencia de público femenino a los cursos de peluquería, así como la voluntad expresa de algunos excombatientes por formarse como escoltas confirmaron estas situaciones. Con todo, *el no retornamos a*



Fotografía: Karen Sánchez (2018)

la guerra de Andrea, Caimán y Luis contrarrestaron las emociones de angustia y perplejidad, aun cuando ese “no retorno” parecía representar fracturas a su idealizada cohesión grupal.

Estas vivencias territorializadas de la reincorporación hicieron del Aula Taller una experiencia continua de aprendizajes políticos y pedagógicos, necesarios para pensar procesos educativos contextualizados y transformadores. Políticos porque pusieron de presente unas prácticas de solidaridad y comunidad que poco dialogan con el funcionamiento de la democracia política y cultural, y pedagógicos porque sugirieron a la academia actualizar su repertorio de didácticas interactivas, experienciales y colaborativas.

Las narrativas desatadas en cada taller interpelaron siempre las preguntas de la academia que llevo adentro, me suscitaron cuestionamientos profundos como ¿qué valores de comunidad definen a la sociedad colombiana?, ¿qué reconciliación es posible en medio de interacciones autoritarias, serviles y desconfiadas?, ¿qué esfera pública puede ampliarse si las relaciones están definidas por poderes en tensión?, ¿cómo lograr la reconciliación en un modelo de sociedad que promueve el rendimiento, la eficiencia y lo impersonal? Al intentar responderlas recordé el testimonio de un guerrillero

encarcelado, el cual había leído en el texto *La vorágine del conflicto colombiano: una mirada desde las cárceles*, de Miguel Ángel Beltrán:

Fue entonces cuando maduré la idea de irme para la guerrilla. Tenía la preparación ideológica necesaria y era consciente de que podía aportar más. Pero mi situación económica era difícil y prácticamente eso fue lo que me obligó a tomar la decisión. Yo ya había hablado con mucha gente y me aconsejaban que me fuera para allá; yo sabía que allá podía ser alguien porque en la guerrilla el que estudia y tiene buena disciplina puede llegar a ser alguien en la vida. El primero de septiembre de 1987 madrugué para irme a la escuela. De un momento a otro decidí que no iba a seguir estudiando y que me iba pa’ la guerrilla.

[...] No valieron los insultos ni los ruegos porque yo ya estaba decidido. Mi hermano Elías la tranquilizó y se ofreció a acompañarme. (2013, pp. 92-93).

Este relato, junto con otros similares que escuché a excombatientes en La Plancha, refutó mi concepción sobre la reincorporación, pues más que una acción política para integrarse legal y jurídicamente a una sociedad normativizada, es la renuncia a un proyecto de vida en el que hombres y mujeres sentían tener voces y rostros.

Entender estas paradojas y reconocer la complejidad de las mutaciones sociales son el desafío que la universidad pública debe continuar entendiendo y resignificando. 🇵🇪

¿SOMOS LA GENERACIÓN DE LA PAZ?

Algunos apuntes desde la diferencia

Irene Piedrahita Arcila

Profesora del Instituto de Estudios Políticos

Antropóloga y magíster en Ciencia Política de la UdeA

irene.piedrahita@udea.edu.co

La primera vez que escuché la afirmación “somos la generación de la paz” fue en un café con la profesora Elsa Blair, una de mis mayores referencias en el mundo académico. Mientras conversábamos en 2014 sobre el panorama político para la elección presidencial que se llevaría a cabo ese año, la profe me sentenció con esa afirmación: “ustedes, Irene, son la generación de la paz”. Un par de años después esta frase se volvió común en medios de comunicación, conferencias, foros, acciones colectivas y demás manifestaciones en las que se anunciaba de distintas formas que, en efecto, somos la generación de la paz⁷.

⁷Una búsqueda rápida en Google de la frase “somos la generación de la paz” da cuenta de esto. Varios políticos, académicos y organizaciones sociales y comunitarias utilizan esta afirmación en sus intervenciones.

Debo reconocer que esa frase, además de sonarme bastante rimbombante y exagerada, no dejaba de parecerme un lugar común para referirse a un escenario de transición. Yo, que nací en un año coyuntural para el mundo, 1989, y que paradójicamente he tendido a ver la vida bajo la filosofía del “vaso medio lleno”, no me sentía parte de una generación de la paz. Esto porque me preguntaba si, en efecto, habría posibilidad para la paz en una sociedad tan conservadora, excluyente y enemiga de la diferencia. Yo, como todos aquellos que comparten mi cotidianidad, crecí con imágenes de enemigos que solo tenían derecho a la prisión o a la muerte como salida al conflicto, y aun cuando estudiar en la Universidad de Antioquia cambió mi percepción frente a ellos, la posibilidad de una forma diferente y negociada de solucionar el conflicto se perfilaba inalcanzable.

No obstante, 2017 fue un año coyuntural para mí. Por diferentes iniciativas académicas de la Universidad de Antioquia, lideradas por la Dirección de Regionalización y por el área de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes, pude viajar a los ETCR de Anorí y de Dabeiba, para conocer estos territorios y reconocermé en quienes habían sido dibujados como enemigos en mi infancia y adolescencia. Esto implicó no solo una serie de reflexiones sobre mi quehacer profesional en el campo de la antropología y los estudios políticos, sino también reflexiones en torno a deconstruir

aquellos imaginarios sembrados en el pasado. En último término estos viajes fueron la oportunidad para reconocer qué significa la transición de la guerra a la paz, para constatar y controvertir ideas leídas en textos sobre otros procesos de paz en el mundo, y para pensar desde mi lugar de enunciación cómo aportarle a un momento político que se dibuja incierto pero que vale la pena defender y apoyar.

En uno de los viajes al ETCR de Anorí, en marzo de 2018, que se constituyó en uno de los más significativos de este proceso, conocí historias cotidianas de varias excombatientes. Una de ellas soñaba con ser contadora pública, otra de estas mujeres esperaba estudiar comunicación; una más, antes que estudiar, quería conocer Caño Cristales y la Piedra de El Peñol. Mientras las escuchaba pensaba en mi historia. Como ellas, también soñé ser antropóloga y he querido viajar para conocer varios sitios en el país. Entre ellas y yo aparecían más coincidencias que desacuerdos.

Luego, mientras desarrollábamos un círculo de la palabra, una de las actividades dispuestas por el proceso del Aula Taller en este ETCR, escuchaba que lo que se espera que defina la vida cotidiana de estas personas radica en la hermandad, el comportamiento ético y moral, la disciplina, la diversidad, el sentido de pertenencia, la solidaridad, el amor al pueblo, la empatía, la confianza, el cuidado y la familia. Todas estas

palabras pensadas como un utópico, también hacen parte de lo que sueño con mis cercanos en mis rutinas diarias. Nuevamente, más cercanías que diferencias.

Este viaje en particular, que tuvo la característica de ser más pausado y de abrir espacios para la costeñita y el tinto⁸, fue la oportunidad para reconocer que aun cuando hay historias y decisiones que me separan de esos hombres y mujeres, con ellos hay también puntos en común, historias compartidas y anhelos de lo que esperamos sea una vida sin armas. Fueron esos días los que me permitieron constatar que, tal como lo ha dicho el padre Javier Giraldo, hay formas de reconfigurar la esperanza en tiempos de desesperanza, y que abrir espacios para la palabra y la exploración entre todos es una posibilidad para encontramos en la diferencia.

Abril, por su parte, me sorprendió con un aprendizaje similar. En una sesión del Aula Taller sobre formación política en la que trabajamos alrededor de la participación, el Estado y la política, conceptos por demás de rutina en mi trabajo, encontré también varios aprendizajes. En las intervenciones de quienes participaron de la charla “Botando corriente por la resistencia” –nombre

⁸ Los primeros viajes que hicimos a Anorí entre octubre de 2017 y febrero de 2018, eran mucho más rápidos. Por lo general, solo teníamos unas horas para estar en el ETCR. Sin embargo, a partir de marzo los viajes duraban dos días, dándonos la posibilidad de compartir más tiempo con las personas del espacio.

dado por uno de los excombatientes– estos tres conceptos fueron definidos desde la pasión y los sentimientos. La política, tal como se propuso en este espacio, involucra la palabra, la acción y el sentimiento, pues es mediante ese ejercicio que se toman decisiones para la vida en conjunto. Esto, tan mencionado en los libros desde la abstracción, aparecía en este ejercicio como un imprescindible para hacer una lectura analítica de lo que sucede en el país.

Uno de los conceptos centrales de la plenaria consistió en la diferencia como una característica fundamental de la política. Mientras conversábamos alrededor de este concepto para hablar de partidos políticos y resultados electorales, dos campos concretos del accionar de la política y el Estado, Caimán, uno de los asistentes, sentenció la diferencia de esta forma: “el problema de la diferencia es que no le han dado la oportunidad”. Esa frase fue central en ese viaje y en los siguientes pues, en efecto, la cercanía que había encontrado en las historias cotidianas también se componía de aquellas decisiones que nos hacen distintos. Esto, sin embargo, no había sido un problema para compartir en los espacios formales del proceso del Aula Taller, ni en los distintos momentos cotidianos –caminatas, cerveciadas, conversaciones– sostenidos en el ETCR.

Esta frase acompañó el día siguiente, en el que, por primera vez durante esos viajes, reconocí

a los otrora guerreros. Mientras hacíamos un mapa sobre las actividades culturales, lúdicas y recreativas del ETCR, seis excombatientes, hombres duros y con cierta timidez, compartieron conmigo su pasado en la guerra. Me contaron de sus rutinas, de la disciplina para la formación militar y política, de los juegos que hacían y de lo que implicaba una vida en movimiento. Me contaron, además, lo duro que han sido los días sin armas para ellos. Saberse quietos y a la espera de la certeza los ha hecho cuestionarse sobre la obediencia y la disciplina. ¿Cómo construir juntos cuando no es la orden la que atraviesa la interacción? Esta conversación, además, abrió la posibilidad para que compartieran conmigo partes de sus cuerpos, aquellos puntos que habían sido tocados por una bala. Esto me impresionó porque fue la constatación de que ellos, a quienes no veía tan distantes a mí o a los campesinos con los que suelo trabajar como antropóloga, estaban marcados por la guerra y se distanciaban entonces de mi historia personal.

Sin embargo, esa diferencia no fue un problema. Al contrario, fue la oportunidad para reconocerme distinta y construyendo cotidianidades con otros. Fue, además, un momento íntimo para sentirme explorada. Luego de ese momento ellos también indagaron por mi vida personal, por los lugares por los que había caminado y, nuevamente, Quinchía, Urrao, Sonsón, fueron lugares

comunes que nos unieron. Esta fue la certeza que me mostró que, en efecto, nos encontramos en la diferencia. Fue el espacio para darle una oportunidad y entenderla como un potencial, no como un obstáculo.

Las conversaciones cotidianas y formales generadas en La Plancha cruzan hoy lo que pienso sobre la política, el país, la guerra y la paz. Son fundamentales para mi quehacer docente, para mis reflexiones con mi familia y amigos, y para entenderme en un aquí y ahora diferente. Las palabras de la profe Elsa fueron centrales para pensar en este texto y aun cuando en ese momento no le creí, hoy constato que, en efecto, soy parte de la generación de la paz. Soy consciente de los retos que esto implica. Reconozco lo adverso que es el camino y las enormes distancias que tendremos que recorrer para construir juntos. Siento, desde mi propio lugar de enunciación, lo tensa que resulta la espera. Pero confío en las decisiones que esos hombres y mujeres, tan cercanos pero tan distantes a lo que soy, tomaron. Estos espacios me enseñaron lo valioso que resulta darle una oportunidad a la diferencia, me constatan que la Universidad de Antioquia, esa que me enseñó a ser crítica y reflexiva, debe mantenerse apoyando los procesos de paz, porque excombatientes, académicos, y personas del común, somos, en efecto, la generación de la paz. De eso no hay duda y en eso confío hoy. 🍌

LA PLANCHA:

reencuentro con la memoria de la militancia

Jaime A. Saldarriaga Vélez

Docente de la Facultad de Educación
del Departamento de Pedagogía

Licenciado en Educación (Filosofía-Historia) y
doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud

jalberto.saldarriaga@udea.edu.co

Encontrarme con la posibilidad de intercambiar experiencias con miembros de la comunidad fariana⁹, de Anorí, me trasladó en todo momento a mi vida de adolescente. A los 15 años, aún en el colegio, privado y religioso, de estrato medio alto, años 70, unos compañeros y yo por invitación de un profesor accedimos a conocer un mundo extraño para nosotros: el mundo de los pobres, de los barrios populares de Medellín y veredas campesinas de Antioquia. Allí, por vía de uno de mis mejores amigos del momento, fui invitado a vincularme a un grupo armado, cosa que en ese instante aparecía como una opción lógica, coherente con las reflexiones que desde la Teología de la Liberación, las cartas de Camilo Torres

⁹ Comunidad fariana es el nombre que se dan el colectivo FARC en proceso de reincorporación a la vida civil.

al pueblo colombiano y las primeras lecturas del marxismo de cartilla, bebían en su momento los jóvenes principiantes.

Este encuentro con la comunidad fariana me retrotrajo entonces al momento de responder a dicha propuesta y a las consideraciones que por mi cabeza y por mi cuerpo pasaron: ¿qué fue lo que se me volvió pregunta y que ahora retomo cuando veo este grupo de hombres y mujeres jóvenes al lado de veteranos diciendo: “no queremos más guerra”, “paremos la guerra”; y han tomado la decisión de dejar las armas y asumir la construcción de caminos de paz? Recuerdo que durante muchos años de mi juventud y adultez, la idea de que solo era posible transformar la sociedad a través de las armas la fui reencontrando en distintos momentos y desde diversas experiencias. Vincularme directamente a la lucha armada, en los 70, fue la propuesta que un amigo de mi amigo me hizo, argumentando que cuando uno tiene una mesa llena de cosas y esas cosas no sirven, la única opción que queda es la de levantar el mantel y tirar la mesa; de lo contrario, todo quedaría igual. La injusticia nunca podría transformarse si no desaparecían los causantes de la explotación y de la miseria de millones.

Entre lecturas, experiencias de convivencia con pobres y largas y profundas conversaciones y meditaciones, surgió en mí la decisión de tomar una vida dedicada y consagrada a los pobres y su

liberación, y una crítica radical a la riqueza que me llevó a buscar una vida austera. En su momento, las opciones por tomar una vía eficaz de cambio se barajaban: la educación, la concientización, la evangelización (entendida desde la Teología de la Liberación) o las armas. Recuerdo muy bien que una de las cosas que tuve presente al considerar esta última opción fue imaginarme que tenía al frente personas, vidas humanas, así fueran burgueses o explotadores, y que la guerra me implicaba enfrentarme con armas, que tendría que matar a alguien, quién sabe a quién, quien sabe cómo, sin saber a ciencia cierta si sería capaz de matar. Me embargó la duda de si para transformar la sociedad había que matar a alguien. En su momento, la respuesta al dilema fue decir contundentemente no. Sin embargo, eso no significó que la lucha revolucionaria armada de los 70-80 no fuera para mí un referente que siguiera de cerca.

En años posteriores, estando vinculado muy fuertemente al movimiento de la Teología de la Liberación y Comunidades Eclesiales de Base (llamada por algunos Iglesia Popular o Iglesia de los Pobres), fui testigo cercano de los procesos revolucionarios en Nicaragua y El Salvador –que llevaron a la toma del poder en Nicaragua (1980) del Frente Sandinista de Liberación Nacional, así como al acuerdo de paz en El Salvador (1992), el cambio de un régimen dictatorial a democrático y la posterior llegada al poder por vía democrática

del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FSLN), presionado por la acción militar-, y estos movimientos contaron con una gran presencia de cristianos de base, sacerdotes, monjas, seminaristas, laicos activos que levantaron en mí una gran simpatía e inspiraron muchas acciones no-armadas realizadas con los grupos cristianos de base de Colombia y de Medellín, como fue apoyar económicamente esta luchas mediante campañas callejeras, en templos católicos y lugares de culto (Campaña un peso por Nicaragua, un peso por El Salvador). Con el éxito inicial de estos procesos revolucionarios, de nuevo la lucha armada se presentó como una alternativa posible de emancipación para los pobres de nuestro país. De hecho, muchos miembros de Iglesia popular, y educadores populares del mundo viajaron a apoyar estos movimientos. No obstante, mi postura ética me impidió actuar en coherencia con el razonamiento político y la aparente evidencia de que la revolución era posible por vía de la guerra. En consecuencia, mi posición de no tomar las armas no cambió.

Cuando me encontré en el campamento de La Plancha, al observar y escuchar a muchos miembros de la comunidad fariana, reconocí en algunos de ellos el gesto adulto, militar, endurecido que deja la guerra, que provee una forma de vida que nunca quise para mí. Reconocí que la guerra tiene muchísimo peso en la configuración de

las subjetividades de quienes llegaron a la vida armada, visible en sus rostros, en su cuerpo, en su dificultad para acercarse, en expresiones de desconfianza, en su modo de conversar. Pero, por otra parte, también pude reconocer en el paulatino acercamiento y en el cotidiano compartir otros gestos y palabras que hablaban del anhelo de paz, de poder reencontrarse con su familia, con sus hijos, vivir una vida sin tantos sobresaltos, sin bombardeos, sin tantas limitaciones. Además fue visible un gran apego a la comunidad. Ahí encontré de nuevo, en este ejercicio vivo de memoria personal, mi gran anhelo de tener una vida comunitaria que me había llevado a vincularme a las comunidades eclesiales de base, a llevar una vida solidaria y austera, a la manera de las primeras comunidades cristianas. No obstante, hoy creo haber tomado la decisión correcta.

Como efecto de la construcción de paz emergen también rasgos de subjetividad surgidos de una experiencia de madurez y sabiduría cocinada en la lucha armada. Dijo “Caimán”, un viejo excombatiente, zorro curtido de la guerra: “el que quiera que la guerra siga es que no la ha vivido”... No creo que una persona que ha estado en la guerra quiera seguir en ella; yo no quiero la guerra, quiero otra vida. Hoy, sin embargo, emerge la incertidumbre de si la guerra aún es posible, si los incumplimientos del Estado o la displicencia de la sociedad que envía el mensaje de que la guerra puede continuar

hasta que los excombatientes “paguen todo lo que deben” serán suficientes para prolongarla. En este sentido, el Aula Taller hizo visibles las expresiones de anhelo de paz: “a la guerra no volvemos”; pero también la incomodidad e incluso la indignación por la oferta de miseria de vida que se les avecina a muchos y lo que puede llegar a significar reincorporarse a lugares precarios y excluidos de la sociedad. Por esto, el silencio escéptico de algunos evidenció la posibilidad de volver a la guerra si la calidad de vida empeora. El fantasma de la guerra asedia todavía.

La vida en La Plancha me llevó también a recordar ideales y vivencias de los años 70-80 en donde el deseo de vivir juntos en comunidad, desde principios de equidad, donde la vida de militancia se sostenía en la experiencia humana de construir juntos una sociedad justa, de ser una familia; la comunidad como la forma de vida más deseada, la ilusión de compartir toda la vida con los camaradas, eran las consignas. El vivir juntos a la manera de las primeras comunidades cristianas o de la comuna revolucionaria, luchar de forma mancomunada por una causa común es un motivo de vida muy fuerte y atractivo. Entré a la vida política para construir una comunidad solidaria.

El Aula Taller acertó al tratar de aportar al fortalecimiento del modo de vida en común de los reincorporados, alentando el interés comunitario, reconociéndolo como una clave política y pedagógica que hoy necesitamos con urgencia para el buen vivir. La comunidad fariana busca fortalecerse en ello a pesar de que, paradójicamente, sostener la comunidad en tiempo de paz parece más difícil que vivir en común unidad en tiempos de guerra. Les agradecemos infinitamente esta enseñanza que nos cuestiona la vida familiar, el mundo barrial, la ‘comunidad’ universitaria, recordándonos que sin comunidad no somos más que máquinas o, como revelaría la ya clásica película *The Wall*, no somos más que un ladrillo más en la pared. 🍷

NO CREO QUE UNA PERSONA QUE HA ESTADO EN LA GUERRA QUIERA SEGUIR EN ELLA; YO NO QUIERO LA GUERRA, QUIERO OTRA VIDA.

TRES REFLEXIONES MARGINALES

Juan Camilo Domínguez Cardona

Coordinador de Posgrados del Instituto de Estudios Regionales

Sociólogo y magíster en Estudios Socio espaciales

camilo.dominguez@udea.edu.co

1

El recorrido desde Medellín a La Plancha, en sí mismo, deja muchos aprendizajes de los efectos de esta naciente Paz en Colombia. Bordeando el río Porce durante 3 horas se llega al cruce entre la vía a Amalfi, al norte, y Guadalupe y Anorí al occidente, conocido como Los Mangos. Luego de avanzar unos pocos kilómetros se cruza el puente sobre el embalse Porce 3 y se comienza un paulatino ascenso por una carretera en la que, tras poco más de media hora –justo en la entrada a la hidroeléctrica de Porce 3–, desaparece el asfalto y aparecen los bosques, algunas casas y se agudiza el cañón. Durante más de una hora y media se divisa el profundo cañón del río Porce, que muestra su boscosa belleza en un verde oscuro y denso que domina el paisaje hasta que la vista se pierde en lontananza. Lenta y paulatinamente, el clima se hace más frío, lo que va indicando que, pese a la escasa velocidad y las decenas

de paradas del vehículo, ya hemos ascendido unas cuantas centenas de metros sobre el nivel del mar desde el cálido borde del río Porce. Poco menos de una hora antes de llegar a Anorí, la carretera atraviesa una reserva forestal especialmente destinada a la conservación de aves nativas y hace que el paisaje cambie ahora a un tupido bosque por donde avanza nuestro vehículo de transporte público, de poco más de 20 puestos, al que nunca le faltan pasajeros de pie. Una media hora antes de llegar, la carretera se amplía, como resultado del frente de obra de la pavimentación de la vía que deja ver maquinaria pesada al borde del camino y cortes de montaña a los costados y, a unos 15 minutos, ya se encuentra el pavimento, y este es el primer gran signo de la construcción de Paz, porque si dejamos de pensarla como proceso abstracto, la Paz es antes que cualquier cosa una construcción, ya no social (entre los humanos) solamente, sino de infraestructura, entre otras cosas. Recorrer menos de 50 kilómetros que hay de Los Mangos y Anorí puede tomar tres horas.

En mi primer viaje de Anorí, a La Plancha, la chiva o escalera se demoró una hora en salir del casco urbano. Se detuvo en al menos 5 lugares diferentes a recoger diferentes tipos de mercancía como abono, melaza, dos decenas de canastas de cerveza, madera, gas propano, cajas, alimentos y paquetes varios. La última parada fue a escasos 100 metros del pueblo, donde se recogieron 6

cerditos, cada uno con su respectivo costal y etiqueta de a quién entregarlos. Luego, unas 15 paradas para entregar las mercancías y las encomiendas, pero dos de estas fueron muy demoradas: una tienda donde se descargó la mayor parte de la cerveza y un lugar muy cerca al ETCR que parece funcionar de acopio de gran parte de los materiales de trabajo agropecuario, allí se descargó el abono, la melaza, la madera y el propano.

De ese recorrido por una vía terciaria, en un estado regular, lo más impactante fue ver el proceso de deforestación que se estaba adelantando en la zona. Decenas de quemas de los pequeños pedazos de bosque que aún quedaba en pie marcan también que el tal control ambiental de las FARC-EP sí existía, y que su retirada solo fue el inicio de un proceso de deforestación sin control que busca ampliar los potreros que nunca se veían con suficientes vacas. Tampoco eran observables matas de coca, ni zonas de cultivo de pan coger. Era, como lo dice nuestro querido profesor Juan Esteban, un desierto verde.

2

Aunque ya conocía la Zona Veredal de Llanogrande en Dabeiba y había compartido unas cuantas horas, sobre todo con los excomandantes de los frentes concentrados allí –aún armados–, visitar un ETCR como el de La Plancha significó una experiencia completamente nueva porque



Fotografía: Juan Diego Restrepo Toro (2018)

implicaba compartir todos los espacios con los exguerrilleros, sus baños, comedor, salones de clase, dormitorios, panadería y pequeña cantina-billar. Compartir esos espacios significó paulatinamente desmitificarnos mutuamente. Profesores, algunos jóvenes o aparentemente jóvenes –como yo– y otros más veteranos; mujeres, hombres, de varias especialidades; una mezcla de características homologables hay en la base guerrillera. Una abundante población joven pero también varios veteranos de esos que duraron 35 o 25 años en la guerra, muchas mujeres, varias de ellas con posiciones de liderazgo al interior del grupo y sin duda diferentes tipos de especialidades bélicas ahí presentes. Todos, al final, poco hablamos de eventos del

conflicto, no fue un tema central el hablar de emboscadas, secuestros o torturas; tampoco de zonas campamentarias, corredores de movilidad o retaguardias. Fue un paulatino acercamiento a los humanos que habitan allí, en tránsito entre un estado y otro, aún sin saber bien qué significa “la civil”, sin una comprensión suficiente de lo abigarrado del Estado que combatieron y al que ahora se “reincorporan”, conociendo paulatina-mente sus historias, qué los llevó a la guerra, qué los lleva a continuar allí, esperando, sin mucho qué hacer, en el medio de la incertidumbre que circunda el proceso del que, según cuentan, solo hicieron parte al final, sin mucha información, sin mucha formación.

Humanos del común, como el apellido de su nuevo partido, con aspecto no solo de hombres y mujeres de guerra, sino de campesinos o hijos de campesinos que están desarraigados de la tierra que es su principal reclamo y que ven como el principal obstáculo para su reincorporación a la vida civil. Tierra que hoy no hay, tierra que no será necesariamente otorgada allí mismo y que generará una diáspora de los excombatientes, asunto que ellos tienen claro y que no parece preocuparles. Al final, todos se asumen como humanos transitando de un estado bélico a uno de Paz, en el que su férrea voluntad de no regresar a las armas pareciera ser suficiente para lograr una “reincorporación” más o menos expedita. Esto

último resulta paradójico y a su vez es bastante frecuente en los exguerrilleros allí presentes, asumen que la dejación de armas y el fin de conflicto ya fueran suficientes, sin comprender bien el calado que en la sociedad colombiana dejó la guerra de la que hicieron parte. Resulta paradójico, pero es frecuente que en los conflictos armados los combatientes no tengan una noción más allá de la confrontación armada en sí misma, que su accionar con los enemigos de armas y los no armados se explique como resultado del accionar armado mismo que los demás, especialmente los no armados, deben entender y asumir que “así es la guerra”. Es decir, la guerra se explica a sí misma y enceguece la reflexión sobre ella a los que están inmersos en la lucha. Salir de la guerra no solo es dejar las armas, el tránsito es más complejo de lo que parecieran estos humanos del común.

3

Considero que el momento actual es el de la construcción¹⁰ de la Paz. No es posconflicto, no es posacuerdo, es un proceso de construcción de algo que para el caso colombiano ninguna generación viviente ha experimentado. Es decir, es un proceso inédito para nuestra sociedad y tal vez venga

¹⁰ Preferiría por filiación epistémica hablar de Producción de la Paz, para definir la Paz desde una perspectiva materialista que limitara la comprensión de esta como un proceso individual de aprendizaje y ejecución de las buenas maneras, como si la Paz fuese posible con cursos de convivencia y la lectura y aplicación del Manual de Carreño, pero esa es harina de otro costal.

de ahí lo complejo de definirlo, porque no se sabe muy bien qué es o cómo debería ser ¿Cómo luce la Paz, cómo se vive en Paz? Es algo que para la sociedad colombiana y a escala macrosociológica es inédito aún. ¿Paz? Difícil de definir sobre todo porque usualmente se imagina la Paz como un estado definitivo, más parecida a la placidez idealista del Cielo católico o la de las portadas de La Atalaya de los Testigos de Jehová, en las que humanos y animales conviven pacíficamente, el cielo es azul, no hace calor ni frío, nadie parece estar enojado y sobre todo nadie parece protestar. La Paz es la ausencia entonces de cualquier manifestación de descontento, porque el descontento se asocia con la confrontación y en Colombia cualquier forma de confrontación significa odio, muerte, exterminio, tortura y el largo etcétera de nuestras ya muy depuradas formas de violentarnos entre nosotros. ¿Paz? Difícil de definir en este momento, aunque me decantaría por una definición aparentemente simplista: la Paz es una práctica.

La Paz es ante todo un hacer y no uno sencillo, porque al final es algo que no sabemos cómo se hace. Algo que además no es para especialistas, no puede hacerse la Paz pensando que se puede lograr desde una disciplina en particular –sociología, ciencia política, veterinaria, educación, etc. – o incluso desde una de las áreas del saber –las ciencias sociales, las artes y las humanidades, las ciencias exactas y naturales, las ciencias de la

salud, etc.– Es un hacer que va a contrapelo de las dinámicas actuales de las ciencias y la educación, en la que se busca ser especialista en algo cada vez más específico, al punto de quedar incapacitado no solo de ver-hablar-oír-sentir cualquier otra cosa fuera de la especialidad, sino que se aprende un lenguaje tan especializado que se convierte casi en un idioma que impide la comunicación con otro que, aunque dice lo mismo, lo dice en otros términos, pero que el especialista es incapaz de percibir como igual, siquiera como semejante y prefiere entonces ser refractario e intentar imponer su idioma, que no es tampoco el de él, sino el de su especialidad. Y ahí ni siquiera hemos superado el simple y llano hecho de ponerse de acuerdo sobre qué y cómo hacerlo; ahora solo es necesario pensar en las dificultades mismas del hacer que la especialización académica genera. Hacer la Paz no es para ególatras, es para seres dispuestos a ceder a propiciar el encuentro en la diversidad, a aprender del otro, sea este un docente, un estudiante, un administrativo, un excombatiente, un excomandante, un burócrata, un campesino, etcétera. La Paz, como hacer requiere, ante todo: articulación en el hacer, de ahí también su dificultad porque en sociedades con un conflicto de larga duración, como la nuestra, articularse es difícil porque prima la desconfianza, la arrogancia y el odio, tres elementos que hacen muy complicada cualquier forma de articulación.

LA PAZ ES LA AUSENCIA ENTONCES DE CUALQUIER MANIFESTACIÓN DE DESCONTENTO, PORQUE EL DESCONTENTO SE ASOCIA CON LA CONFRONTACIÓN Y EN COLOMBIA CUALQUIER FORMA DE CONFRONTACIÓN SIGNIFICA ODIO, MUERTE, EXTERMINIO, TORTURA Y EL LARGO ETCÉTERA DE NUESTRAS YA MUY DEPURADAS FORMAS DE VIOLENTARNOS ENTRE NOSOTROS.

Dicho lo anterior, considero que el Aula Taller y la articulación que propicié, no solo al interior de la Universidad de Antioquia, con 9 dependencias académicas, sus profesionales, estudiantes de posgrado y pregrado, recursos y saberes diversos, sino entre los humanos que participamos de este proceso, donde todos nos respetamos, valoramos la opinión contraria, incluso algunos nos enamoramos. Un espacio en el que conocimos un lugar y un grupo poblacional (una comunidad que no es tal) como la de los exguerrilleros de las FARC-EP, esto es un logro en sí mismo, es la Paz. Somos la Paz porque al final con dificultades, sin lograr consensos totales, a veces con diferencias radicales en la manera de nombrar y hacer, con contratiempos, con dudas, con certezas, con esperanzas, sin ellas, con alegrías, con tristezas, hicimos un trabajo que nos deja a todos, universitarios y excombatientes, un conjunto de experiencias sobre lo que hay que hacer, lo que no se puede repetir y lo que queda por hacer, que es muchísimo. Queda tanto que es en sí mismo agobiante y a veces desalentador no poder hacerlo todo, no poder ayudar a que todo vaya más rápido, pero vamos. Cada paso, cada kilómetro recorrido, cada palabra dicha, cada historia contada o escuchada es un aporte, no un grano, una palada de arena a la construcción de esta Paz naciente. Viva la Paz, nunca más la guerra. 🍌

EL AULA TALLER,

una experiencia de comunidad universitaria

Juan Esteban Pérez Montes

Facultad de Ciencias Agrarias

Médico veterinario MSc

esteban.perez@udea.edu.co

La comunidad Fariana que decidió cumplir con los acuerdos, dio un salto de fe al vacío y asumió que el pueblo colombiano sería solidario y consecuente con este hecho histórico, pero no contó inicialmente con el trabajo político que se hizo en contra de la negociación y firma de los acuerdos. Si dibujamos una línea de tiempo con los discursos y acciones de algunos actores de la política nacional, podemos ver que Colombia fue acosada por los medios, en un intento por convencernos de que llegar a acuerdos con las FARC era imposible, innecesario y peligroso; sería una derrota del Estado.

Mientras las comisiones negociaban, el país de los medios vivía en la desinformación, se le cantaban lemas y estribillos pegajosos que invitaban al rechazo, al odio y al terror; las opiniones de los enemigos del proceso, irracionales en algunos casos, eran consuetudinarias. De otro lado, cada uno de los

pasos de acercamiento, desde las conversaciones de Oslo (2012), hasta el paso por La Habana, la concentración y el desarme de la guerrilla, eran negados en la medida en que se cumplían y eran interpretados con perversidad.

Una consecuencia del trabajo de demolición de la confianza en los acuerdos fue la polarización de la opinión pública, evidenciada en el plebiscito de octubre de 2016, cuyo resultado sorprendió al mundo y especialmente a los promotores del No, quienes al parecer no tenían un plan de acción definido y claro para controvertir y, según sus deseos, mejorar los acuerdos. Sin embargo, lograron enturbiar el ambiente político y enardecer aún más la polarización que se vivía en el momento.

A pesar del ambiente paralizante luego del plebiscito, algunos colectivos y organizaciones oficiales y privadas, con sus diferentes visiones, comenzaron a trabajar, con el deseo de apoyar la implementación de los acuerdos y facilitar el proceso de reincorporación de los guerrilleros a la vida civil. Sin embargo, como característica que aún se mantiene, la multiplicidad de ofertas y acciones fue dispersa, en ocasiones puntual y sobre todo de corta duración y con poco impacto positivo real en la comunidad fariana. La conjunción del resultado del plebiscito, la revisión apresurada y la posterior firma de los acuerdos en un ambiente nacional crispado, dificultaron que las agencias y las organizaciones oficiales de orden nacional e

internacional, encargadas de facilitar el proceso de la reincorporación, fuera metódica, ordenada, y que tampoco fuera plenamente concertada con la FARC, lo que complicó la vida luego de la concentración en las Zonas Veredales Transitorias de Normalización (ZVTN) y en los posteriores Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (ETCR).

Con el anterior estado de las cosas, las universidades del país, de manera oficial, con base en sus alcances y compromisos, iniciaron tímidamente su participación en el aporte a la construcción de un proceso de reincorporación, lo que pudo ser el reflejo de la actitud que tuvieron algunas directivas universitarias durante su participación en los Diálogos de La Habana. No obstante, el sentido de lo social y la solidaridad fueron motores de algunos colectivos universitarios, especialmente de las universidades públicas. Algunas directivas universitarias favorables al proceso, respondieron a los requerimientos directos que algunos dirigentes de FARC les hicieron, buscando soluciones a sus dificultades para la sobrevivencia que surgieron en los ETCR, como consecuencia del encuentro con una nueva cotidianidad, y a la necesidad de implementar acciones que facilitarían la reincorporación a mediano y a largo plazo.

En nuestra universidad, a partir de la sensibilidad social de algunos profesores, se emprendieron acciones aisladas pero significativas en los

LAS SIGUIENTES
VISITAS
PERMITIERON
GANAR CONFIANZA
ENTRE LOS
INTEGRANTES
DE NUESTRA
COMUNIDAD,
DESDIBUJANDO
LAS FRONTERAS
A LAS QUE EL
HABITUAL TRABAJO
DISCIPLINAR NOS HA
ACOSTUMBRADO.

territorios en los que se adelantaba la reincorporación. Así es como en el marco del proyecto “Modelo Colaborativo de Educación Rural para el Nordeste”, la conjunción de voluntades permitió que diferentes visiones y experiencias se unieran en el proyecto Aula Taller, un enfoque novedoso de trabajo colaborativo, tanto en lo interdisciplinario universitario como en lo comunitario y cuya población objetivo y protagonista fue la de la vereda La Plancha, en el municipio de Anorí.

La primera actividad fue el 31 de octubre de 2017, una jornada maratónica en la que participamos varias instituciones y algunas dependencias de la Universidad de Antioquia. Esta experiencia inicial dejó ver la rigidez del marco de trabajo al que nos hemos acostumbrado como universitarios, docentes e investigadores, y que no permitía tener una visión panorámica del contexto de lo rural, más aún en esta ruralidad de la comunidad fariana, que no se puede homologar a la de los campesinos tradicionales, con sus particularidades políticas, sociales y de pensamiento colectivo.

En esta primera visita, emergieron en nuestro grupo las inquietudes, inseguridades y temores, pero esto nos permitió sentar las bases para el cambio de las miradas y de las formas de reconocer y apoyar a la comunidad fariana y a la población campesina vecina, entendiendo sus particularidades. Entendimos que llegar con ofertas educativas de forma tradicional, con base en portafolio de servicios, a unas comunidades saturadas de propuestas, no solucionaba los problemas inmediatos, ni ampliaba el horizonte de esperanza.

No obstante, las siguientes visitas permitieron ganar confianza entre los integrantes de nuestra comunidad, desdibujando las fronteras a las que el habitual trabajo disciplinar nos ha acostumbrado. Este fortalecimiento de nuestro colectivo facilitó que los habitantes del ETCR y sus vecindades fuera lento pero sincero, de forma natural los excombatientes comenzaron a exponer sus ideas, deseos, angustias y esperanzas. Posiblemente no encontramos lo que esperábamos, ni intervinimos como lo planeamos, pero la integración del grupo como comunidad permitió reconocernos y aclarar visiones

sociales y políticas, acercarnos a las expectativas de los individuos y contrastarlas con la realidad dura y cruda. Se dejaron ver actitudes y aptitudes, que más allá de la planificación y organización de la comunidad en reincorporación, nos permitió retirar esa etiqueta, esa referencia de otredad, y descubrir los intereses y capacidades, sueños y esperanzas de hombres y mujeres que apenas han comenzado a entender el contexto social y civil de un país hostil con sus campesinos. Ellos, a pesar de todo, continúan esforzándose por construir una sociedad en paz.

Una dificultad patente en la reincorporación ha sido la imposibilidad para la comunidad fariana de adquirir tierras para trabajarlas, se ha recurrido a otras formas de trabajar lo agropecuario, sea por arrendamiento o por sistemas de partición de ganancias, lo que obligó a varios habitantes del ETCR a moverse a otros territorios y establecer sus proyectos lejos del colectivo. La escasa tierra trabajable en el ETCR no permite la siembra de cultivos de autoconsumo o comerciales, pero a partir de una campaña de recolección y donación de semillas autóctonas, coordinada por un integrante de la Corporación La Ceiba, se logró motivar el inicio de un pequeño semillero. En este sentido, el trabajo de acercamiento con este proyecto productivo, permitió evidenciar que nuestro apoyo debía centrarse a planes de vida con enfoque en lo agropecuario.

Inicialmente, esta comisión de trabajo colaborativo la definimos en nuestra Aula Taller como “Proyectos productivos”, pero con base en la necesidad de ajustar la nominación a las realidades de la comunidad, y teniendo en cuenta que se exploraron percepciones, aptitudes, actitudes, vocaciones e intereses vitales, decidimos renombrarla como “Planes de vida”, para que de esta forma se incluyeran aquellas actividades relacionadas con la producción agropecuaria de autoconsumo, otras actividades del sector agrícola con visión empresarial y otros proyectos para desarrollar en la ruralidad, pero que son de otras áreas de negocio.

Como docente puedo decir que fue mucho mayor el aprendizaje que la enseñanza aportada, tanto en la consolidación de la comunidad universitaria del Aula Taller, como en la interacción con los habitantes del ETCR. Fue una experiencia necesaria para sentir en el territorio la trascendencia de este momento histórico del país, así como lo necesario del aporte del saber universitario a la construcción de una vida campesina digna. 🌱

ELLAS QUERÍAN LA PRESENCIA DE NOSOTRAS,

o sea, que metiéramos como otro aliento más para seguir

Lida Sepúlveda López

Docente investigadora del Instituto de Estudios Regionales

Magíster en Estudios Socio espaciales

lida.sepulveda@udea.edu.co

*Nosotros somos del ETCR una comunidad,
pero tenemos otra comunidad externa,
la que está en la vereda.*

Marybella, comunidad fariana, ETCR Anorí

Una tarde yo la vi sentada en la tienda del ETCR de La Plancha, en Anorí, justo la que está al lado del camino y que conecta este espacio territorial con otras veredas. Me senté a su lado y quise conversar. Me invitó a caminar, alejándonos lentamente de la tienda. Me contó que tiene 22 años, es mamá de dos hijos y esposa de un hombre que la quiere mucho, pero que es muy inseguro y celoso. También me habló de su infancia; que probó el aguardiente estando muy pequeña una vez en una fiesta familiar y que, desde ese día, lo sigue disfrutando en sus salidas y ratos de fiesta en la vereda

donde nació y de la que nunca se ha ido, excepto para ir a trabajar. También recordó su primer amor a los 13 años, con un joven de su misma edad que de cuando en cuando la invitaba a salir y a ir la cantina de la vereda. Terminaron cuando supo que él se había enamorado de otra persona. Aunque tiempo después, en varias ocasiones, se sintió perseguida y vigilada por él, al punto de llegar a agredir a un chico con el que ella andaba.

Como en una especie de confidencia, dijo que no sabía leer y escribir, pero que hace poco había aprendido las vocales -y las recita en voz alta quiere aprender más para poder ayudarle a su hija pequeña. Nunca fue a la escuela, tuvo que trabajar desde niña y ayudar a su mamá con las labores y con sus hermanos. Recordó a su papá, habló de cómo “ese señor” -así lo nombró-, los regañaba y les pegaba cada vez que se daba cuenta que, en vez de trabajar, terminaban jugando. Tuvo un momento de silencio, y luego terminó su idea diciendo que seguro lo hacía por el bien de ellos, “ese señor nos pegaba mucho, pero yo sé que lo hacía por el bien mío y de mis hermanos”.

Uno de ellos se fue un día de la casa, y tiempo después su familia se enteró de que estaba en las FARC. Recordó haber sentido dolor y tristeza profunda, porque era su hermano del alma. Ella dijo que no hizo parte de la guerra y del conflicto, pero igual sintió la zozobra de no saber si su hermano seguía con vida o no.

Ahora, su mayor alegría es saber que él sobrevivió a la guerra y desde el día en que supo que estaba en el ETCR de La Plancha, las visitas de días se volvieron semanas, y más cuando le hablaron de trabajar ayudando con las labores domésticas, por lo menos durante el tiempo de existencia establecidos para estos espacios. Sabiendo que esto le ayudaría a sobrellevar su economía familiar, resolvió quedarse junto con su hija más pequeña, y dejar al hijo mayor al cuidado de su compañero y de su mamá, con quienes se comunica casi diariamente cada vez que la señal del celular lo permite. El tiempo que lleva de estadía lo alterna entre el trabajo matutino y su asistencia a las capacitaciones y programas educativos ofrecidos por el Estado y otras entidades a los hombres y mujeres de la comunidad fariana.

Me permito iniciar compartiendo este recuerdo porque, después de ocurrido, me quedé pensando en ese momento en el que ella dijo que su hermano sobrevivió a la guerra. Efectivamente así fue, pero y ella ¿dónde queda?, ¿cuál fue su lugar en medio de la guerra?, ¿acaso no sobrevivió también a la guerra? El que no haya sido combatiente no la ubica por fuera del conflicto ni mucho menos lejana de las condiciones familiares, sociales y políticas que llevaron a muchas otras mujeres a ver y a aprender que la guerra era la única salida y alternativa para, paradójicamente, vivir. Esto porque su condición de ser mujeres ha estado

interactuando con similares fuentes de exclusión y discriminación.

Veo, en el caso de mujeres como ella, que su lugar en el conflicto y la guerra queda medio desvanecido. No es una mujer excombatiente, tampoco es una víctima directa del conflicto armado. Al ser la hermana de un hombre combatiente, queda invisibilizado el conjunto de condiciones de inequidad, pobreza y violencia que le han sido histórica y geográficamente impuestas. El haber nacido en una vereda situada en la periferia de un municipio, que a su vez ocupa los márgenes de la centralidad política del departamento antioqueño, evidencia fuertemente que el espacio geográfico no es nunca un receptáculo indiferente cuando devela que la lógica jerárquica que se ha establecido en este país, para administrar los territorios, implica y afecta considerablemente la manera en que las mujeres experimentan y viven. En ese sentido, el espacio es un importante factor diferencial entre las mujeres, por las dimensiones opresivas y restrictivas que este puede llegar a representar¹¹, condicionando a unas la posibilidad de acceder a sus derechos sociales, políticos y económicos, y a otras restándole su capacidad de decidir ante las nulas alternativas existentes en sus territorios específicos.

¹¹ Meertens, D. & Karsten, L. (1991). La geografía del género: sobre visibilidad, identidad y relaciones de poder. *Documents d'analit geográfica* (19-20), 181-193.

Son estas condiciones las que quedan bajo la sombra cuando rememoran el conflicto, hablando desde un lugar que las transfiere a otros. Se refieren a sus esposos, hermanos, padres y tíos que estuvieron en la guerra; se refieren a su tristeza y el dolor causado por lo acontecido; a lo que esperan que suceda con ellos en este proceso de paz, y en escasas ocasiones hacen referencia a ellas mismas. De cierta manera terminan desvanecidas, nombrándose en función de lo que ha sucedido con los varones, como si la existencia de marcadas brechas de orden socioeconómicas, educativas y culturales que han vivido, tuvieran poca o nula relación con el conflicto armado de este país, y actualmente, con su resolución y con las condiciones de vida que se necesitan garantizar en los territorios para una paz estructural.

A mi modo de ver, es clave generar un contexto de búsqueda y afirmación de las diversas vivencias que tienen las mujeres en el contexto de la guerra, sin desmarcarse de la violencia estructural que en este país ha llegado a niveles extremos de pobreza, miseria e injusticias sociales. Sería una ganancia que, por una parte, se reconociera el lugar particular desde el que hablan estas mujeres, las formas en que han vivido y han afrontado este complejo proceso de remendar el tejido social. Y de otra parte, favorecer las formas en que ahora están imaginando sus horizontes de expectativa y proyectos de vida.

TODAS SE ENCUENTRAN DURANTE LA SEMANA EN LOS MISMOS ESPACIOS Y HORARIOS PARA RECIBIR CONOCIMIENTOS BÁSICOS, TÉCNICOS Y DE OFICIOS.

De hecho, lo que sucede en el ETCR de Anorí sugiere caminos y plantea desafíos sobre los procesos de reincorporación de mujeres excombatientes, pensándolos no como si ocurrieran en la cabeza de un alfiler, sino como procesos móviles de intercambio. Se trata del encuentro que sucede entre mujeres con procedencia campesina, marcadas por vivencias y relaciones diferentes con la guerra y el conflicto. En los programas de capacitación hay mujeres que son familiares de integrantes de la comunidad fariana, las cuales estudian con mujeres excombatientes y con aquellas que viven en veredas cercanas. Todas se encuentran durante la semana en los mismos espacios y horarios para recibir conocimientos básicos, técnicos y de oficios. Unas sentadas al lado de otras, sin importar quién es quién, pues lo que importa es que están aprendiendo, si les está gustando y si después pueden practicar lo aprendido. Lo que quiero resaltar de este tipo de espacios es que el acto de mirar, de hablar, de reconocerse en el aprendizaje o en la duda, estimula también otros espacios de empatía y de comunicación, donde han podido compartir sus historias, situarse desde un lugar

para hablar de lo que les está sucediendo, sobre sus dificultades emocionales y de salud y sobre lo que les gusta y quieren para sus vidas. Esto es, si se quiere, un camino hacia momentos de reconocimiento que trascienden la intimidad de la existencia del individuo¹².

De hecho, fortalecer escenarios de intercambio y diálogo entre y para las mujeres, ha sido un interés que ha estado en el foco de acción de varias excombatientes que han venido trabajando en una Comisión sobre el tema de género. Todas coinciden en que su acercamiento al tema empieza en el momento en que inicia su proceso de reincorporación. Conversando alguna vez con ellas, recalcaron que se trata de un reto para la comunidad fariana, porque les ha implicado empezar a despertar una conciencia de género en un contexto de reconstrucción de relaciones emocionales, personales y familiares, y formas distintas de participación dentro de lo comunitario. Hubo también ocasiones en las que en más de una conversación las escuché diciendo que su Comisión no había hecho nada, llevándolas a invisibilizar su propio trabajo, y de manera concreta, las acciones de aproximación que habían estado emprendiendo para acercarse a la población de la vereda, en especial las mujeres.

¹² Castillejo, A. (2004). *Las texturas del silencio: violencia, memoria y los límites del quehacer antropológico*. Bogotá: Departamento de Antropología, Universidad de los Andes.

Pero en la evocación de sus propios recuerdos, se devuelven a sí mismas la oportunidad de comprender el significado de lo que han estado emprendiendo y la relevancia de estar generando espacios donde valoran, reinterpretan y reconstruyen sus relaciones consigo mismas: siendo, sintiendo y estando con otras mujeres de Anorí. Mostrándonos, creo yo, el gran reto del Estado y de la sociedad en general, de entender que en la reincorporación de cientos de mujeres excombatientes a la vida civil, sale a relucir la urgencia de devolverles a otros cientos de mujeres colombianas su derecho de vivir plenamente su existencia. La presencia de unas es el aliento de otras para seguir viviendo. Así más o menos les escuché plantear a varias de la Comisión de género:

– [...] En esa unión qué es lo que han venido haciendo.

– Nada.

– ¿Cómo que nada?

– Todo es muy lento, porque al comienzo todo es así, pero pienso que si se ha hecho en el sentido de que estamos ahí todas, estamos integradas 38 mujeres; entonces esa integración y esa unión significa mucho, que estamos unificadas todas, así no hagamos ningún trabajo, bueno, pero empezar es difícil, empezar tan solo con reunir. ¿Qué hemos hecho? (silencio). Por ejemplo, cuando se conformó el Comité de mujeres, nosotras pensamos en crear recursos, o sea, una de las primeras

ideas es estar unidas, porque si no estamos unidas pues tampoco hay nada. Lo otro, también dijimos: como Comité de mujeres creamos recursos, ¿por qué?, porque si hay una capacitación política, van a haber mujeres que van a decir: no, yo no puedo ir porque yo no tengo los pasajes, yo no tengo con qué pagar hotel. Entonces de ahí vamos a sacar para que esa muchacha vaya a la capacitación [...].

Lo otro es que nosotros somos de la ETCR, una comunidad, pero tenemos otra comunidad externa que es la que está en la vereda y nosotros hemos conformado los comités de las otras veredas [...]. Hemos hecho capacitaciones sobre género en varias veredas, Santo Domingo, Campo Alegre, Avianca, Carmín, San Isidro y Primavera. Ahorita estamos haciendo otras visitas en otras veredas. Por ejemplo, en la vereda de San Isidro hay un comité de mujeres que está funcionando hace mucho tiempo, inclusive están trabajando esas mujeres en panadería, artesanías; y ese comité fue más impulsado por una profesora [...].

En estos días fuimos y también decían que querían la presencia de nosotras –el Comité-, o sea, que nosotras metiéramos como otro aliento más para seguir.¹³ 🍌

¹³ Aula Taller, 7 de abril de 2018. Reunión y conversación con Comité de género del ETCR de Anorí, vereda La Plancha.

LAS MUJERES Y LA MATERNIDAD:

experiencia en el ETCR de Anorí

Lizeth Yessenia Correa Rangel

Enfermera

Estudiante de maestría de la Facultad Nacional de Salud Pública

lizeth.correa1@udea.edu.co

Participar del espacio del Aula Taller fue una experiencia única e incomparable, pues compartir con cada sujeto fue una oportunidad de aprendizaje. Visitar el municipio de Anorí y en especial el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación Jhon Bautista Peña, ubicado en la vereda La Plancha, nunca dejó de sorprenderme porque, de acuerdo con el objetivo de la investigación cualitativa, el trabajo de campo nunca debe volverse una rutina.

En la entrada del municipio pude observar un mural con el eslogan “Anorí tierra de Paz”, frase que me motivó a investigar sobre los antecedentes del municipio, y a encontrar las graves afectaciones que ha padecido por el conflicto armado. Anorí es un municipio colorido, cuyo medio de transporte tradicional responde a la cultura paisa (la chiva, mejor conocida escalera; vehículo en el que transportan literalmente “de todo”:

animales, alimentos, herramientas, mercancías; es un transporte que suple las necesidades de las veredas que recorre). Viajar en este vehículo permite disfrutar de majestuosos paisajes, olores, y sobre todo de la cultura. El cruzar los cinturones de seguridad, las banderas alusivas al Ejército Nacional, a la Policía, a la Organización de las Naciones Unidas podría parecer largo y agotador, pero al llegar y ver las casas con murales coloridos, y la sonrisa en el saludo de cada persona de la comunidad fariana, fue para mí el oasis que volvía a recargar mis fuerzas, además de sentirme agradecida de poder ser parte de la construcción de paz de nuestro país.

Como estudiante, esta experiencia me enseñó que el trabajo de campo, entre lo teórico y lo práctico, es un ejercicio que requiere de reflexividad y flexibilidad por parte del investigador, pues ajustarse a los tiempos administrativos, académicos y de la comunidad no es tarea fácil. Así que este fue un trabajo flexible, en el que se dieron algunos cambios acordes a las necesidades de la comunidad sin que la calidad y el amor con que se fue a ese trabajo de campo se vieran afectados.

Cada kilómetro recorrido, cada persona, el contexto en el que viven y vivieron por muchos años, logró transformar los imaginarios creados por la sociedad. Fue un trabajo de campo libre, amigable y flexible, en el que comprendí que a pesar de las circunstancias todos los seres humanos

somos sujetos de derechos, con necesidades diferentes. Somos personas que merecemos y debemos ser escuchadas y atendidas si queremos una sociedad feliz y saludable. Podría escribir cientos de historias, pero por ahora compartiré las siguientes tres experiencias:

1. En uno de los viajes al ERTC, en una de las filas de adelante de la chiva, iban dos mujeres farianas, cada una con sus hijos. Nos saludaron y se alegraron de que regresáramos a visitarlos. El viaje fue largo. Llegamos a una casa donde se bajaron personas, costales, cajas, pero en un momento sonó algo muy fuerte ¡PUN...! El sonido provino de un cilindro de gas que se cayó del techo de la escalera. Todos quedamos sorprendidos y en silencio, hasta que las risas cargadas de nervios se dejaron sentir. Lo más importante de ese momento fue que una de las mujeres farianas volteó a vernos y dijo: ¡Tranquilos, eso no va explotar!, ella con su sonrisa nos inspiró tranquilidad y paz. Una paz que espero que nunca retroceda.

2. En nuestro primer encuentro con la comunidad realizamos una fogata para compartir y escucharnos. Nos sentamos en círculo alrededor del fuego para calentarnos, y cuatro niños (un hijo de un policía, un hijo de una persona del área rural, 2 hijos de exguerrilleros) comenzaron a gritar de manera alegre: “Policía nacional, Policía nacional, Policía nacional”, por la llegada de una camioneta de la Policía que irradió con sus luces el lugar.

Los niños fueron corriendo y se montaron en ella a jugar. En ese momento pude ver la verdadera paz que necesita el país, la cual produce felicidad, tranquilidad, pero sobre todo unidad entre hermanos colombianos.

3. La última experiencia que compartiré hace referencia a las historias sobre maternidad y crianza de los hijos durante los años de guerra.

Varias mujeres farianas me contaron que en la guerra ellas tenían la posibilidad de tomar la decisión de planificar o de interrumpir el embarazo, y que los abortos se daban por los hostigamientos militares, como bombardeos aéreos y terrestres por parte del Ejército. Cuando ellas ingresaban a las filas, lo primero que les dejaban claro era que la lucha armada era por la construcción de un nuevo país, así que traer un hijo al mundo, con la carga amorosa que esto significa, podría ser muy riesgoso, tanto para la salud de la madre como para la del infante, además de aumentar el riesgo de deserción. La maternidad ponía entonces en peligro la seguridad de todo el bloque, razón por la que la madre compartía con el hijo el menor tiempo posible, entre 8 y 40 días, luego de esto el recién nacido debía ser entregado a un familiar o a personas del área rural donde había nacido. En este sentido, escuchar la siguiente historia me confrontó como profesional y despertó mi interés en apoyar a las madres en la reestructuración familiar que actualmente permite el acuerdo de paz.

“Yo la tuve a la 2:00 pm, sola. A las 5:00 am me sacaron, me capturaron por tenerla a ella. También buscaron a la bebé para matarla pero yo alcancé a sacarla de la casa. Pasé 15 años en la cárcel, pero ahora mi hija no entiende lo que pasó. No puedo hacer nada. Le dije a ella que tuviéramos comunicación así fuera cada 3 días, así sea un saludo, y me dijo: ya para qué, si ya estoy grande y no necesito de usted”.

Al escuchar esta historia y ver como a esta madre, a pesar de ser físicamente una mujer fuerte, se le quebró la voz al hablar de su hija, y tuvo que pedir ayuda profesional porque no puede con su dolor, pude reconocer la importancia de los acuerdos de paz.

Esta experiencia me permitió comprender que la manera de criar a los hijos es distinta en cada familia, pero para las mujeres farianas es distinto, son crianzas con amor, miedo, sufrimiento, rechazo y felicidad, y esto hace que ellas se aferren a la vida.

No podría finalizar sin compartir un mensaje que ellas envían a la sociedad civil: primero, que no rechacen a sus hijos, pues ellos no tienen la culpa de nada. Segundo que las conozcan y escuchen sus historias antes de juzgarlas. 🍌

NO NACIERON SIENDO GUERRILLEROS

María Cristina Rengifo R.

Docente de la Facultad de Educación
en el Departamento de pedagogía Infantil
Educatora Especial, Socióloga y especialista
en problemas de la Infancia y la Adolescencia
maria.rengifo@udea.edu.co

¿Quién en Colombia no ha vivido y sentido la guerra? No crecí en el campo de mi país, no tengo la inmensa fortuna de añorar un pueblo en el que crecí, de recordar las madrugadas de mi infancia entre ordeñar vacas y llamar a las gallinas para darles su maíz; no tengo tampoco la indescrutable experiencia de haber sido desplazada, despojada, desarraigada y desgajada de mi propia historia y de la vida misma. Ninguna historia de vida es un paraíso, y ningún pueblo de Colombia es ni ha sido un paisaje feliz.

No fui a la guerra, mi padre sí; no fui desplazada, mi padre sí. Era la época de La Violencia, decía él, pero ¿qué época no lo ha sido? Me preguntaba desde que era pequeña cuando mi padre me contaba de esos días en que hubo de perseguir a los “enmontados” después de haber salido del pueblo, a media noche, huyendo de miedo a que los mataran, y después de

haberse hecho militar. Él me hablaba de historias de guerra, ahora yo le cuento de la paz.

No me refiero a la paz de los Acuerdos, padre, comencé contándole cuando quiso saber sobre mis encuentros con quienes depusieron las armas del ETCR Anorí – La Plancha, hablo del acto más político al que he asistido, y él también, teniendo la inmensa fortuna de continuar vivos en medio de la historia del conflicto armado y las distintas violencias en este país. Pero esta es también una historia de la paz de los Acuerdos, esos que nos han permitido establecer relaciones mediadas por la palabra y re-crear la política para transitar el camino de la paz.

Estar cerca de los exguerrilleros de la comunidad fariana¹⁴ de Anorí, ha sido estar al lado de personas, ciudadanos que tienen una historia, como la de tantos colombianos más. La historia de ellos no comienza en la guerrilla, no nacieron siendo guerrilleros, pero es como si así hubiera sido para quienes juzgan desde una mirada simplista del conflicto armado en nuestro país. Despojados también de sus vidas, una vez tuvieron una familia que fue asesinada por los paramilitares; víctimas de falsos positivos y del abandono del Estado, asistieron a masacres, minas antipersona, en todo caso, crecieron en medio de todas las violencias. Muchos de ellos entraron a la lucha armada

¹⁴ Uso el término Comunidad fariana porque es así como ellos se nombran

siendo niños, por ejemplo, con varios de aquellos con los que hablé, me contaron que ingresaron a las filas armadas a los 12, 13 o 15 años. Ya, a esa edad, no tenían escuela, si acaso habían alcanzado el grado tercero, y ello no había sido suficiente para forjarse un camino en la vida dentro de la institucionalidad.

Dejaron las letras mucho antes de ingresar a la guerrilla, la escuela no existía por sus veredas, y si alguna vez la hubo, el Estado dejó de enviar a la maestra. Crecieron en medio de la pobreza más extrema, entre distintos actores armados legales e ilegales, en el fuego cruzado, en medio de sus muertos, y quizá no es la historia de todos, pero si es la de una inmensa mayoría. El escenario estaba dispuesto, bien para que ingresaran en las filas de los grupos paramilitares o bien para que se hicieran guerrilleros.

La causa de la guerra no son los niños ni los jóvenes colombianos, es decir, no fueron inclinaciones ideológicas de los niños lo que hizo la guerra, y no sé cuántos de los jóvenes realmente las tuvieron, pero ni a unos ni a otros fue exclusivamente la guerrilla la que los hizo guerrilleros. Bien hacen los Acuerdos al *exaltar* y *valorar* “que el eje central de la paz es impulsar la presencia y acción eficaz del Estado en todo el territorio nacional, en especial en múltiples regiones doblegadas hoy por el abandono, por la carencia de una función pública eficaz y por los efectos del mismo conflicto



Fotografía: Natalia Maya Llano (2018)

armado interno¹⁵”, habría que sugerir una enmienda a esta parte del texto, que ese abandono es y ha sido histórico; así que la deuda es grande.

Son más que exguerrilleros, terminé contándole a mi padre, son actores políticos dispuestos a construir la paz, aman, sufren y tienen miedo, intentan construir la vida que nunca han tenido y que no supieron cómo hacerla en medio de las profundas desigualdades del país. La guerrilla no fue la mejor vida, y tomaron decisiones que los hacen responsables de sus efectos también, pero para muchos esa fue la opción, y más que de guerra, fue su opción de vida.

¹⁵ Acuerdo Final Para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera. Preámbulo. 24.11.2016.

CONSTRUIR LA PAZ NO ES TAREA FÁCIL, PERO CUANDO ESCUCHABA A LAS PERSONAS QUE SIENDO NIÑOS DEJARON DE JUGAR A LA GUERRA PARA HACERLA DE VERDAD, PENSABA EN QUE HAY VERDADES QUE NO DAN ESPERA

Estar cerca de la comunidad fariana de Anorí ha sido una experiencia de paz. El pensar juntos, ellos y nosotros los profesores de la Universidad, cómo hacer posible la vida, es el reto de aprendizaje político más importante y más grande que quizá podamos vivir como sociedad. He sentido más la guerra en las calles, con los vecinos, hasta casi siento que la he vivido entre los amigos también, y creo que se trata de algo que no solo yo he vivido en la cotidianidad del país, pues lo cierto es que quienes no fueron a la guerra y no vivieron sus horrores, o no quisieron enterarse de ella, la continúan por otros medios, armados del odio, de la venganza y del desconocimiento. Les entusiasma más la guerra que la paz, la alientan, sin importar cuántos más se tengan que matar.

Construir la paz en Colombia, indudablemente, significa pasar por la verdad, y no sé cuántos años tomará construirla y revelarla, en especial, me refiero a aquella que de parte de los administradores de la guerra dejó tantas víctimas y ha causado tantos otros problemas y miserias más. No obstante, no hay que esperar tanto para

comenzar a construir el nuevo marco de convivencia política y social, en Anorí -La Plancha, se está haciendo.

Desde luego, construir la paz no es tarea fácil, pero cuando escuchaba a las personas que siendo niños dejaron de jugar a la guerra para hacerla de verdad, pensaba en que hay verdades que no dan espera, que los territorios tienen su propia historia, que la historia de muchos guerrilleros y exguerrilleros en Colombia es también la historia de la Infancia del país que aún está por construir, por contar y, sobre todo, por enseñar con la verdad, y esto, para mí, tiene que comenzar en las escuelas; empezar por transformar y contamos la verdad desde pequeños.

No hemos terminado mi padre y yo de hablar imaginando cómo construir la paz; y la otra verdad es que nunca pensé que iba a verlo tan feliz cuando se firmaron los Acuerdos. Ese día, casi entre lágrimas, me dijo: “Hija, tenía yo 9 años cuando asesinaron a Gaitán, 15 cuando vi la primera masacre de campesinos, yo nunca pensé que iba a vivir para verlo”. 🍌

EDUCAR PARA LA PAZ ES CONSTRUIR PAZ

Marlly Andrea García

Auxiliar de Posgrados y formación, INER

Estudiante de pregrado en Sociología en la
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la UdeA

marllya.garcia@udea.edu.co

Aquella tarde no se definía entre el azul claro y el oscuro. Hubo una invitación para estar en una integración a 2 horas de trayecto en transporte y expectantes aceptamos. Nos montamos en un picop plateado, en el que la música vallenata retumbaba, y tarareando nos fuimos. Me senté al lado de la ventana que da para la parte interna, intenté sostenerme de una de las partes. Arrancamos trocha arriba. No es lo mismo divisar desde la silla delantera que sentarse entre brinco y saltos y apreciar lo que aquellas montañas tenían para mostrar. Lo rural en Colombia para aquellos ya curtidos de infraestructura gris remite a esa extrañeza, valoración de escasez, donde lo escaso es precisamente ese verde, ese aire, esas gentes que reciben con toda confianza a cuan foráneo asoma. Para quienes una montaña nos parió, para esos significa nostalgia, estar en su casa, volver a confiar, hallarse un poco en la

esperanza de que este país puede un día mejorar. Ojalá no fuéramos tan individualistas.

La música, la sensación de estar allí nos permitió perdernos en los paisajes, apreciar y discutir sobre algunos cultivos oriundos de la zona; una plantación con altura no superior a los 3 metros, de tallo leñoso, hojas ovoides de color verde, un verde llamativo que resaltaba entre uno que otro palo de lulo, de pronto otros de café.

A unos cuantos metros de la tienda donde estábamos había gran cantidad de gallinas, perros y gatos esparcidos por la zona, cantinas con su mesa de billar, caballos y yeguas atadas, niños corriendo por doquier, una sancochada y muchísimas personas distinguibles porque vestían con camisas color encendido y una frase: “La paz no es un camino, el camino es la paz”. Una gran cantidad de personas aglomeradas le hacía fuerza al balón; sus expresiones mostraban una gran emoción y pasión “¡Tire allí!, ¡páselo!, ¡muévale pues!, ¡saque usted! ¡GOOOL! Vuelve el intenso sol.

— “Muchachos, ¿vamos a dar una vuelta por el río?”

— Preguntó Andrea

— “¿Río?” — Preguntamos los que estábamos allí.

— “Sí, por el lado del puente, un charco donde todos manteníamos cuando vivíamos cerca ¿Vamos?” — Respondió Andrea

Había muchas piedras, alambrados de púas, pero era notorio el paso del hombre por el lugar. Estaba allí con Andrea y ella no esperó mucho

para quitarse las medias y dejarse llevar por el camino de piedras; dejó a un lado sus zapatos y el jean entubado. Recuerdo esa forma de mirar el río, esa confianza para dejarse llevar por él, mientras se alejaba, me decía que no sabía nadar, pero que ese lugar le gustaba mucho, así que me invitó a seguir más lejos de la orilla, un poco más arriba en lo hondo. Lo cierto es que era tanta su seguridad que ese pequeño río me pareció muy suyo y me dio la confianza para también dejarme empapar por él. Mientras se movía de un lugar a otro, me comentó que ese, su lugar, era muy concurrido, que la ciudad abrumaba, que disfrutaba mucho de caminar entre las montañas y nadar entre ríos, que extrañaba.

La ambivalencia del día hizo que saliéramos al kiosco y nos uniéramos a la fuerza colectiva del balón, lo que permitió que pudiera conocer a Mónica y conocer más de su accionar. No había ropa seca, pero nada que un café caliente, una cocada de panela, unas galletas y otros tantos tintos no pudieran arreglar. A la tarde ya estábamos conversando.

— Allá arriba hay una finquita donde los muchachos están aprendiendo las labores de la tierra, lo que viene y enseña el Sena y algunos otros profes.

También me comentó lo difícil que es el proceso, no por condiciones cognitivas, sino por la disponibilidad de materia prima, la exigencia de tecnificación, estandarización y las tantas trabas que tienen para hacerlo.



— Pero el proyecto está en los pollos, las codornices, los marranos, las tomates, de pronto el cultivo de peces, ¿por qué no?, matas de café, hay una que otra vaca y todo se ha ido consiguiendo de a poco, se vende una cosa y se compran otra y así...

Además, su preocupación principal era por aprender a materializar sus sueños en unos formatos estandarizados

— Que el presupuesto, que el estudio de mercado pa' poder vender aquí o allí, que todo bien definido, que la legislación, que el estudio, que la justificación, etc., ¿por qué todo lo ponen tan difícil?...

Más o menos a las seis de la tarde ya habían anunciado ganador y empezamos a arrancar por tandas para volver a las casetas. Me empaqué una bolsa de lulos y me fui pensando en los sueños que tienen estas dos mujeres, sueños que posiblemente sean el de muchos otros. Pensé en sus temores, en la necesidad de hacer escuchar su fuerte voz en una sociedad que minimiza, que estigmatiza.

Mónica y Andrea compartían preocupaciones, el temor de no poder ser escuchadas por una Junta de Acción Comunal, por un Alcalde, por otras mujeres de las veredas, por tantas personas a las que soñaban llegar para construir, construirse, pero son tantas las condiciones, los prejuicios, los estigmas, que se preguntaban si al tocar las puertas se las irían a cerrar. Ambas son motivadoras de actividades, son parte de la raíz de una comunidad, son un pilar funcional y fundamental para que cada proceso se lleve a cabo. Yo nunca había visto esas montañas, mucho menos que la vida permitiera compartir no solo el tinto, sino también las experiencias de unas personas que trabajan como un reloj, muy coordinadamente, mejor dicho, mancomunadamente.

Cuando se habla de trabajo mancomunado, se dice que es colectivo o comunitario, el lema es solidario y no hay cabida para pensarse en egoísmo, no hay individualismo porque todo se hace desde y en pro de todos, su lema es algo como: si usted no tiene, pero si no tiene y yo tengo, es como si los dos tuviéramos. La Comunidad fariana hizo toda la vida trabajo mancomunado con las comunidades, fundamentalmente rurales (campesinas, indígenas y afrodescendientes). Su labor no tiene cimientos en lo estatal sino en esfuerzos colectivos y, pese a ser un actor armado, tejió un entramado de vida en el que muchas veces cumplió el papel del Estado. Este proceso iba desde el aporte de conocimientos de profesionales en diferentes áreas, especialmente en salud y política, que beneficiaban a las comunidades porque se materializaba en procesos de autogestión, contribución a la educación, sensibilización del cuidado de los recursos naturales del territorio y construcción de infraestructura. Asimismo con servicios en salud porque no es un secreto que en este país el problema de acceso y atención desde el sistema es precario, es indigno y es un negocio.

Se les llama excombatientes, pero dicen: ¿Excombatientes?, ellos están en proceso de reincorporación a la vida civil pero su lucha, su combate, siguen, solo que no una desde lo trágico de lo bélico, sino desde una lucha política y por ello ahora son el partido FARC.

La paz permite no solo abrazar a quien se pintaba de enemigo, es desdibujar un arma y ponerse frente al otro para preguntarse: por qué darnos bala cuando podemos darle duro al debate, confrontar tensiones y construir humanidad donde el odio, esa política de odio quiere con moral persuadir para no perdonar.

Seguimos acá dando la pelea, organizando la gente, tratando de orientarla y recibiendo los conocimientos de muchas personas, y que estas personas reciban los conocimientos de nosotros. ¿Por qué?, porque una guerra no es fácil. Los que hablan de guerra es porque nunca han estado

MÓNICA Y ANDREA
COMPARTÍAN
PREOCUPACIONES,
EL TEMOR DE
NO PODER SER
ESCUCHADAS POR
UNA JUNTA DE
ACCIÓN COMUNAL,
POR UN ALCALDE,
POR OTRAS
MUJERES DE LAS
VEREDAS, POR
TANTAS PERSONAS
A LAS QUE
SOÑABAN LLEGAR
PARA CONSTRUIR

allá y son los que quieren la guerra, entonces esta guerra es una confrontación. Si nosotros volvemos a una confrontación, ¿quiénes serían los que vamos a seguir viviendo esa guerra?, va a ser pueblo contra pueblo, ¿por qué?, porque el policía, el soldado, son gente del mismo pueblo y ¿de dónde venimos nosotros?, del mismo pueblo de la clase baja y nos vamos a matar entre colombianos y entre hermanos, pero de una clase más baja, no gente de estrato 5 y 6, de la burguesía, no va a ser esa gente. (Anderson Carranza o Figueroa. 4 de mayo de 2018).

La paz no se firma y ya, la paz se construye, es un largo y arduo proceso porque implica sembrar la semilla del perdón y eliminar prejuicios muchas veces instaurados por los medios de comunicación. Implica comprender las problemáticas del país, llegar a los territorios más marginados con salud, educación de calidad, infraestructura, todo de manera integral, respetando la autonomía de las comunidades, donde el desarrollo económico y el desarrollo humano sean procesos armónicos.

Construir paz es educar para la paz, conociendo la historia, los consensos especiales que requiere la firma de un acuerdo, dejando de instrumentalizar países vecinos para persuadir lo que debería ser, en base a la verdad de los hechos, aquí; en este país la lucha también tiene su particularidad.

Educar es sensibilizar a otro y comprender su postura, también mostrar la cara del conflicto, crear empatía y respeto por quienes han padecido siendo revictimizados por los diferentes grupos armados (guerrilleros, paramilitares, ejército, policía). Víctima y victimario, en muchos casos son dos frentes víctimas de un Estado ausente, de la falta de educación y accesibilidad a condiciones dignas del buen vivir. Educar para la paz no es esperar que otros lleguen a dar una charla de paz, es empoderarse y alimentar, sembrar semilla en los espacios que me rodean y concientizar al otro de que no hay otro camino como la paz.

En un país donde la guerra hace parte de nuestro diario vivir, donde el conflicto se naturaliza, construir paz es una gran lucha. Poder conocer de cerca esas realidades, humanizar al otro sin estereotiparlo, pienso en todo el potencial para construir si esto lo hicieran otros, si conocieran de cerca sus vivencias, sus necesidades, sus temores y sobre todo sus proyectos de vida, pues muchos no saben pero ellos se sueñan con la paz y con construir un mejor país, ¿acaso usted no? 🍌

Mi viaje al Espacio Territorial de Reincorporación y Capacitación La Plancha, Anorí:

UNA CONVERSACIÓN CON ROSTRO Y SENTIMIENTO FARIANO

Mary Luz Marín Posada

Docente y Coordinadora de Proyectos

Especiales de la Dirección de Regionalización

Socióloga de la UdeA, magíster en Educación y Desarrollo Humano, candidata a doctora en Ciencias Sociales, niñez y juventud CINDE de la Universidad de Manizales

maryl.marin@udea.edu.co

Las preguntas fundamentales que uno se hace en la vida, como la pregunta de una tesis doctoral, hace parte de un camino de acertijos que hay que transitar para lograr comprender huellas de la propia vida. Así que escoger este tema de sentimientos y emociones políticas en hombres y mujeres de las FARC, que estuvieron alzados en armas, la mayoría de ellos desde niños, me llevó a reflexionar respecto a los propios impactos que la violencia en Colombia ha causado en mí y en muchos colombianos. Esta pregunta tan cercana y difícil, que hurga en los sentimientos de personas de carne y hueso, diversas, que aman, que sienten ira, miedo, repugnancia, vergüenza, resentimientos, injusticias, y que cuentan con creencias que a primera vista son de difícil comprensión, como aquellos que

dicen que fueron “éticos en la guerra”, me dispone de otra manera para el diálogo.

En mí estaba siempre la inquietud de cómo acercarme a sujetos endurecidos por la guerra, con desconfianza a lo desconocido, temor al mundo sin armas, a la persecución, a la invasión de lo íntimo y a la duda de ¿quién es el que llega?, ¿qué quiere?, en un país polarizado que nos ha puesto en distintas orillas, sordas tal vez, y compartiendo un mismo territorio aporreado siempre de muchas maneras.

Fue difícil al inicio, porque primaba la desconfianza, el `desfile` de chalecos teñía el ambiente y saturaba la llegada, mucha gente, voces, que se cruzaban todo el tiempo. Un día me invitaron a tomar un café y escuché un susurro de una voz dulce de mujer en una bocina de teléfono que tenían en la cocina, ella le decía a alguien que nombraba como madre:

Yo quiero que el niño me aprenda a querer como mamá, sé que son muchos años sin estar con él, sin verlo, pero yo lo quiero, y lo voy a intentar, muchas gracias mamá por todo, es difícil pero lo haré. (Mujer fariana en la cocina).

Seguí caminando, pensando en lo que escuché casualmente... Aún conservan las botas y algunos pantalones camuflados; huele a campo, a bosque, a humo, se escucha el sonido del viento, los pájaros

y múltiples conversaciones. Recuerdo una vez que viajé para coordinar con algunos líderes y lideresas el proceso de formación de varios cursos del modelo colaborativo y sentí la resistencia a participar por parte de algunos de ellos, como si lo que se había ganado en confianza se hubiese perdido tan pronto, y me fui muy triste y confundida, preguntándome ¿qué será lo que quieren?, ¿cómo se debe hacer?, ¿qué está mal? Hubo un silencio que se confundió con los sobresaltos de la carretera destapada, faltaban como 7 horas para regresar a casa y volver a planear el siguiente viaje.

Así me asechaba la necesidad de entrar a compartir desde la cotidianidad, y se fue logrando con el tiempo, con las conversaciones informales y divertidas. Desde la caminata a la montaña, desde el tinto, la “costeñita” con música de carrilera, mientras suena una y otra vez la misma canción y el calor de la noche intensifica mucho más el sonido, hasta que uno termina por aprenderse las letras. Además ver sus sonrisas, silencios, dudas, colores, miradas, gestos y manifestaciones de cariño, porque los “profes” de la de Antioquia estábamos compartiendo todo eso con ellos, tan sencillo al parecer, pero tan profundo e intenso, fue reconfortante. Fue así como me impliqué con ellos desde mis sentimientos dejándome ver y leer también, como mujer, como madre y como yo soy.

El Aula Taller nació con profesores y estudiantes que teníamos muchas preguntas y ganas de

acercarnos desde lo humano y lo cotidiano, juntarnos todos, tan diversos, y digo todos porque todo el que quiso entrar al Aula Taller lo pudo hacer, ya que se consolidó como un espacio horizontal desde la multiplicidad de saberes, se empezaron a fortalecer confianzas; fue un espacio tan propio, tan nuestro, tan creativo. Ellos leyeron en nosotros todo esto y se dispusieron a dialogar y a compartir sus apuestas en los proyectos productivos, sus inquietudes desde la formación política y cómo será el tránsito a la universidad para algunos. Allí entendí lo que significaban las marchas en los campos: la posibilidad de conectarse con otros, de aprender, de conocer, de caminar en comunidad, es decir, de construir toda la familia junta.

El compartir con las “muchachas”, intercambiar mensajes de celular con emoticones fue increíble. Me llamaban cuando venían a Medellín a hacer cualquier diligencia y me preguntaban cómo llegar a un determinado lugar, qué bus tenían que tomar, también fueron a la universidad y miraban a los estudiantes con ganas de poder ser como ellos: estudiantes de la Universidad de Antioquia, para nacer y florecer en otro cuento que les potenciara la vida.

Las muchachas son fuertes y sensibles. Recuerdo que al preguntarle a una de ellas cómo ingresó a la organización, me dijo que estaba sentada afuera de su casa en la vereda con una prima y algunos guerrilleros pasaron varias veces por ahí.

Ellas les preguntaron si donde ellos estaban había también muchachas como ellas, y les respondieron que sí, a lo que ellas preguntaron que si se pintaban también, quizás porque sentían que si se pintaban en la guerrilla no era tan maluco irse para allá, y que seguro también podrían entrar.

El conversar una y otra vez sobre sus hijos, novios, visitas de familiares, navidades, y también del miedo a las torturas y a los bombardeos de los últimos tiempos, me permitió verlas más allá. También recordaron con una sonrisa en los labios las marchas, y ese relato de las marchas me llevó a mi ser de adolescente cuando salíamos en gallada a jugar, a visitar monumentos y a parrandear en las rumbas de garaje. Me evocó el tiempo en el que fui scout Escuchar historias de cómo se es madre en la guerra, primero con deseo, luego con miedo porque dos meses después de dar a luz, incluso en medio de combates, los hijos no estarán más con ellas, lo cual nombran como una de las decisiones más difíciles en la guerra, porque la maternidad no se puede desarrollar de la misma manera que la desarrollamos nosotras. Algunas de ellas trajeron niños a este mundo con incertidumbre, con la duda de retirarse totalmente o someterse al desprendimiento. Qué le puede significar a una madre soltar a su hijo y encargarlo a sus familiares, como la conversación casual que escuché en la cocina el otro día. Finalmente muchas deciden permanecer en la organización y acostumbrarse a

ese dolor que se va diluyendo con el tiempo, que cristaliza las lágrimas en las noches como cápsulas de recuerdos y silencios, como me decía otra de las muchachas “todo es una costumbre, pero yo todos los días le escribo una carta a mi hijo”.

Esa expresión me quebró, no podía imaginar esos momentos tan duros que se cruzan con tantos amores y silencios de la vida de las mujeres, como su proyecto político, sueños, dudas, equivocaciones, además de lo que significan las mujeres para una organización como las FARC. Para mí las mujeres de las FARC han tejido de abajo para arriba la organización, y la soportan, son ellas las que preservan la comunidad, las que la viven como una gran familia extensa. Son las que se preocupan por los proyectos educativos, la cooperativa, convocan a las comunidades aledañas, así que considero que las mujeres tienen un rol potente para los procesos de reincorporación, son las que se dan cuenta en qué momento la gente está desmotivada, perciben y olfatean el pulso del ambiente, llaman para ofrecer los pollos y las codornices a los profesores; levantan la plata. Asumen todas estas situaciones y se preocupan, cargan con todas estas responsabilidades. Ellas tejen desde el cuidado, sostienen la esfera de lo vincular; a ellas les duele que se pierda la comunidad, que se vayan a cualquier lugar, extrañan la manada. Algo que me confundía bastante era pensar como estas mujeres tan bellas

podieron causar dolor a otros, no me las imagino en combate, pensaba. Sin embargo, algo que entendí y aprendí es que la guerra no tiene rostro y en tanto diluye a los individuos, la asumen como justa porque hay un enfrentamiento en el que “balas van y balas vienen” y lo que se desea es ganar. Pensaba en la sociedad civil que pereció en las tomas guerrilleras y les preguntaba de qué podrían avergonzarse, a lo que me respondían que eran conscientes de los errores cometidos y que les dolía Bojayá, los diputados, el gobernador, los secuestros, las extorsiones económicas y otras situaciones más. Reiteradamente me decían “no queremos más de lo mismo, queremos combatir sin armas”. Eso me llena de esperanza y optimismo y, a propósito de esto, en una de las visitas estaban jugando un partido de fútbol con la Policía y el Ejército y me sorprendió muchísimo, al preguntarles me dijeron que una de las cosas más hermosas que les estaba pasando en el tránsito a la vida civil, era conocer los rostros que estaban detrás de las trincheras de la guerra y darse cuenta que todos somos seres humanos con distintas historias. 🍌

AULA TALLER DE FORMACIÓN Y PAZ:

una invitación a repensar el quehacer de la Universidad en tiempos de transición.

Natalia Maya Llano

Periodista y especialista en Teorías,
Métodos y Técnicas en Investigación Social
Estudiante de Maestría en Ciencia Política
del Instituto de Estudios Políticos
natalia.maya@udea.edu.co

Reflexionar sobre el Aula Taller de Formación y Paz con la comunidad fariana del Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR) de La Plancha, en Anorí, me remite a una frase que alguna vez le escuché a la profesora inglesa Jenny Pearce en una de sus visitas a Colombia, y que, según mi experiencia vivida y sentida, es la que mejor caracteriza lo que fue de principio a fin este proceso pedagógico y político: “la academia comprometida suele moverse entre el pesimismo del intelecto y el optimismo de la voluntad”.

La profesora Pearce retomaba las palabras del pensador italiano Antonio Gramsci, para quien el optimismo de la voluntad, según nos contó ella, resultaba de la anudación del vínculo entre la vida política y la vida emocional y sentimental de cada quien. Justamente esto último fue lo que en mi criterio nos permitió, a más de veinte profesores y estudiantes de nueve

dependencias diferentes de la Universidad de Antioquia, emprender y mantener con convicción el Aula Taller en medio de un contexto político complejo, marcado por las contiendas electorales de Congreso y Presidencia y los asesinatos sin tregua de líderes sociales, y de un ambiente de constante escepticismo entre los integrantes de la Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (FARC), para quienes el Gobierno había incumplido reiterativamente con la implementación territorial y normativa del Acuerdo de Paz.

Desde sus inicios, el Aula Taller se concibió como una propuesta pedagógica y política interdisciplinar de construcción de paz territorial: “para reconocer la historia de la comunidad fariana, para identificar las nuevas necesidades en sus modos de vida, a propósito de la reincorporación a la sociedad, y para fortalecer sus saberes”¹⁶. Sin embargo, en cada viaje que emprendimos a Anorí, el proyecto Aula Taller se replanteó una y otra vez –eso sí, sin perder su esencia– lo que terminó sometándonos a un ir y venir constante entre lo que podríamos asociar con “la teoría” –los acumulados académicos y profesionales de los profesores y estudiantes que hacíamos parte del proceso y que lo diseñábamos– y “la práctica” –marcada por las dinámicas propias y cambiantes del ETCR y sus integrantes, así como por

¹⁶ En palabras de Jaime Saldarriaga, uno de los profesores que lideró el Aula Taller.

la implementación misma del Acuerdo de Paz en todo el país–.

El Aula Taller entonces no se restringía solo a los viajes que por lo general doce o más profesores y estudiantes emprendíamos una o dos veces al mes, desde la Terminal del Norte de Medellín con destino a Anorí en buses de *Coonorte*, y luego en las chivas municipales hacia la vereda La Plancha, sino que lo componían los días de reuniones semanales en cualquier aula de la Universidad de Antioquia, en las que planeábamos lo que sería cada encuentro con los excombatientes y con la palabra y, a su vez, replanteábamos todo a partir de las evaluaciones que hacíamos de los “talleres” previos en los que habíamos participado y que siempre, sin falta, nos generaban múltiples sentimientos y nuevas preguntas que nos obligaban a debatir en torno a lo que esperaba la comunidad fariana de la Universidad. Lo que queríamos y buscábamos como académicos al hacer parte del Aula Taller, y lo que en últimas nos demandaba la sociedad en términos políticos y educativos frente a la reincorporación de excombatientes, era la reflexión que nos obligaban a debatir fundamentalmente en torno a lo que esperaba la comunidad fariana de “la Universidad como parte de ese Estado que en la guerra combatieron”.

Esta situación, de reformulaciones y constante cambio, que relaciono con el “pesimismo del intelecto” mencionado inicialmente, me permitió

convencerme de que la transición a la paz también nos atraviesa, no solo como ciudadanos sino como academia –una academia quizás acostumbrada a “la guerra, sus lógicas, sus gramáticas y sus dramáticas”– y que, en ese sentido, las preguntas y reflexiones que el proceso de Aula Taller nos suscitaban debían estarse generando tanto al interior del grupo de más de veinte profesores y estudiantes, como a nivel de la universidad pública en general, que tiene un ineludible compromiso frente a la construcción de paz territorial en Colombia.

Ya en septiembre de 2002, en su ponencia *La investigación social en tiempos de guerra*¹⁷, la maestra María Teresa Uribe había afirmado que la academia, en particular los investigadores sociales, gustándoles o no, hacían parte de la guerra:

No somos simples observadores, analistas científicos que miramos la realidad externa a nuestro quehacer, la describimos, la clasificamos y nos empeñamos en desenmarañar y explicar las múltiples tramas y los inagotables dramas de un entorno como el colombiano; es decir, no estamos por fuera del contexto bélico y el hecho de no portar armas o no formar parte activa de los grupos

¹⁷ Ponencia presentada en el Seminario Internacional de Ética en la Investigación Social y Educativa. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Universidad de Antioquia, septiembre de 2002.

que las usan, no nos sitúa en una posición de externalidad ni nos exime de las responsabilidades éticas y políticas frente a este desastre nacional. (p.6).

Hoy, cuando el país se enfrenta a un escenario transicional –después de más de 50 años de confrontación entre el Estado y la guerrilla más antigua de América Latina–, es más que necesario y urgente que la academia haga parte de la paz, que se involucre de manera comprometida en su construcción, que identifique y asuma sus responsabilidades éticas y políticas de cara a la reconciliación del país, y que se pregunte incesantemente, como lo hicimos nosotros en cada encuentro preparatorio y de evaluación del Aula Taller:

¿Cuál es el lugar de la Universidad en el escenario de posacuerdo y construcción de paz territorial?, ¿cuáles son los límites y las posibilidades de la academia en los procesos de reincorporación social y educativa de excombatientes?, ¿de qué reincorporación estamos hablando?, ¿qué es eso de la transición, qué nos demanda la sociedad en dicha transición social y política?, ¿qué esperan de nosotros la comunidad fariana y la población rural?, ¿qué piensan, qué sienten, qué hacen los excombatientes, qué comunidad dicen ser y qué comunidad son?, ¿qué queremos y qué nos proponemos como profesores, estudiantes y sujetos políticos al participar de este tipo de

procesos, qué les vamos a enseñar a los excombatientes, qué vamos a aprender de ellos?, ¿cómo impacta a la Universidad conocer y relacionarse con una población que desconocía?, ¿con qué se compromete la academia y qué definitivamente no le corresponde en este tipo de procesos?

Las anteriores preguntas y las demás que con seguridad se me escapan, adquirieron mayor sentido y envergadura con cada nuevo viaje que emprendimos al ETCR de La Plancha. Y todas ellas, absolutamente todas, las detonaban precisamente las situaciones particulares y los sujetos con los que nos relacionábamos durante dos o tres días en las tertulias políticas que ellos mismos denominaron “Botando corriente por la resistencia”, en los “encuentros por comisiones”, en los intercambios en la panadería y el restaurante, en las noches de música y baile compartidas en el billar, y en las caminatas, ferias o partidos de fútbol a los que nos invitaron en otras veredas.

En el ETCR de La Plancha nos encontramos con hombres y mujeres miembros de una comunidad fariana que apenas estábamos conociendo, que ni ellos mismos sabían qué implicaba eso de “ser comunidad por fuera de la guerra”; hombres y mujeres con saberes prácticos invaluable; hombres y mujeres diversos que estaban “resolviendo la vida”: salud, alimentación, vivienda... a la par que soñaban con educarse, trabajar y participar en política; hombres y mujeres que querían ser



Fotografía: Karen Sánchez (2018)

panaderos(as), enfermeros(as), soldados(as), artesanos(as), agricultores(as), escritores(as), sastres, modistas, artistas; hombres y mujeres ansiosos, invadidos por la fe pero también por la desesperanza y la incertidumbre; hombres y mujeres que entraron a hacer parte del Estado pero que seguían sin creer en él; hombres y mujeres sin sentido de pertenencia porque el territorio que habitan no les pertenece; hombres y mujeres que nos reclamaban incesantemente “acción, el cómo”, mientras nosotros nos encontrábamos reflexionando mucho “el qué”. Hasta que lo entendimos, o eso creímos, y optamos por enfocar el Aula Taller a la gestión de la vida en comunidad,

a la formulación de proyectos productivos “como la posibilidad de pensar la acción conjunta hacia el futuro”, como lo expresó alguna vez el profesor Juan Esteban Pérez.

Lo que entendimos entonces es que hay unas dimensiones humanas de lo que ocurre en el actual momento de transición y propiamente en los procesos de reincorporación de excombatientes que terminan, en últimas, imponiéndose a lo político y pedagógico, y que con eso y sus ritmos teníamos que “jugar en el Aula Taller”. Para la muestra este poema de un excombatiente¹⁸:

¹⁸ Publicado en el libro *Diario de la guerra y la paz (Relatos y poemas de trinchera)* (2017). Colección EcoRebelde. Teoría & Praxis.

¿Qué es la paz?
¿Acaso la rendición del honor?
¿O acaso el arrodillamiento ante el Poderoso?
O tal vez,
¿El silencio de los fusiles?
Nada puede ser más equivocado.

Es la paz, vida, dignidad, consenso, razones,
Es el vuelo y el cántico, la poesía, el verso sencillo.
Pan, salud, educación, recreación y cultura,
Es reír, soñar, amar, vivir a plenitud
Ese tránsito por la vida.

Después de haber tenido la gran oportunidad de hacer parte del Aula Taller, de recorrer este corto pero fructífero camino con la comunidad fariana del ETCR de La Plancha, el gran reto que tiene la Universidad, en mi opinión, será dirigir la mirada y sus esfuerzos hacia el reconocimiento de los múltiples saberes en agricultura, salud, artes, comunicaciones y muchos otros, que son “la única arma” que les queda a estos hombres y mujeres para mantenerse en el Plan A de no retornar a la guerra, porque, como dijo uno de ellos: “el que ha estado en ella sabe que no es buena para nadie”¹⁹. 🍌

¹⁹ Frase pronunciada por Anderson, miembro del ETCR La Plancha, Anorí. Aula Taller. Tertulia política, abril 6 de 2018.

VOCES QUE TRANSMITEN SABERES

en la vereda La Plancha, de Anorí

María Natalia Vargas Sánchez

Médica

Estudiante Maestría Salud Pública. FNSP

mnatalia.vargas@udea.edu.co

Luego de años de violencia interna y varios procesos de negociación promovidos por diferentes gobiernos, la guerrilla de las FARC-EP y el gobierno de Juan Manuel Santos firmaron el 24 de noviembre de 2016, en la ciudad de Bogotá, los acuerdos de paz que durante 4 años se construyeron en la mesa de diálogos de La Habana. A partir de ese momento histórico para nosotros como país, surge la necesidad de trabajar en diferentes espacios, que reconozcan la diversidad de población que ha vivido el conflicto interno de más larga duración de la zona.

Teniendo esta necesidad en mente y luego un año en el que estuve pensando y sintiendo mi proyecto de investigación de la Maestría en Salud Pública, planteado desde el inicio para trabajar con la comunidad fariana, encontré finalmente en el proyecto del Aula Taller de la Oficina de Regionalización, un espacio en el que convergen diferentes formas de ver el país, y

de pensarse los acercamientos a campo, los cuales, por las características socio - históricas del territorio y sus habitantes, exigían dinámicas de participación diferentes a las tradicionalmente planteadas por la academia. Sentí en este espacio que mi apuesta ética y epistemológica por acercarme a la comunidad tenía cabida a la vez que coincidía con la intención de construir espacios dialógicos en los que se dieran reconocimiento a los saberes, y con ello a la posibilidad de pensar-nos futuros posibles.

Me sorprendió gratamente ver cómo las diferentes reuniones de preparación eran guiadas con gran cariño y entusiasmo, para brindar lo mejor de cada una de las diferentes áreas que se encontraban sumando esfuerzos, para hacer de esta una bonita experiencia para la comunidad del ETCR de La Plancha. El 6 de abril, llena de ansiedad y emocionada por el encuentro con la comunidad, salí hacia el primero de los tres encuentros que logré hacer entorno al Aula Taller, luego de los cuales noté que la emoción no desaparecía con los encuentros, todo lo contrario, comenzaba a transformarse lo que en principio era empatía en cariño.

En esos momentos en los que se hizo posible compartir la cotidianidad, surgieron historias, palabras, encuentros y también desencuentros, los cuales me han permitido como mujer, madre, médica, investigadora y sujeto político, reconocer

saberes diversos, que exigen un espacio en el proceso de deconstrucción del país que caminamos en el momento.

La dinámica del Aula Taller, inspirada en los planteamientos de la investigación y acción participativa, permitió el desarrollo de encuentros pensados en torno a círculos de la palabra con integrantes de la comunidad fariana, nominación dada por ellos mismos. En un taller de cartografía realizado en la zona veredal de La Plancha, en el municipio de Anorí – Antioquia, por ejemplo, se obtuvo una amplia lista sobre las actividades relacionadas en relación con el cuidado de la salud. Los participantes del taller describieron como desarrollaban actividades no solo con los integrantes del grupo armado, sino también con la población civil con la que convivían en el territorio, actividades que iban desde educación sobre el cuidado del agua, prevención de enfermedades transmitidas por vectores como Malaria y Leshmaniasis, también comentaban la forma como ofrecían servicios de anticoncepción a través de la inserción de dispositivos intrauterinos (DIU), implantes subdérmicos, y cómo administraban sueros antiofídicos para las víctimas de mordeduras de serpientes, entre otros: “El suero antiofídico no faltaba, pero por lo general siempre el suero antiofídico se gastaba con los campesinos” (Entrevista realizada a miembro de la comunidad Fariana en Anorí – Antioquia, 01/06/2018).

Los participantes del taller también narraron cómo en la dinámica interna del grupo les ofrecían capacitaciones continuas, las cuales les permitían estar actualizados en el correcto manejo de heridas, fracturas, y hasta cirugías como corrección de hernias (*Herniorafías*) y apendicectomías:

Me mandan a mí para el curso, que fueron 5 meses... en el Cagüan fueron 5 meses... Miramos toda esa materia, lo que fue manejo de hospital, cirugía, manejo de historias clínicas.

Nos tocaba turno con diferentes médicos, entonces, por ejemplo, si llegaban hoy 5 médicos nos sacaban y nos decían, usted va a trabajar con el traumatólogo, con el ortopedista, con el gineco-obstetra. (Entrevista realizada a enfermera fariana, 02/06/2018).

Durante el taller, los participantes comentaron que, si bien en el momento se encontraban adelantando un programa ofrecido en el marco del posacuerdo, para ser certificados como promotores rurales en salud, los alcances de dicha certificación solo les permitía realizar actividades educativas, pero les prohibía explícitamente poner en práctica otros conocimientos sobre la formulación y administración de medicamentos, atención de partos, cuidado de pacientes heridos, entre otros.

Esta situación, entre otras que se presentaban en el espacio, generaba angustia al sentir que muchos de los servicios que ofrecían a la población civil de las zonas rurales más apartadas del país, no se podrían seguir prestando, y no había forma de garantizar que otros sectores llegaran a prestar estos servicios.

Enmarcados en la importancia que tiene el reconocer otros saberes, los cuales son diversos en la forma en que fueron adquiridos, en la transformación que han sufrido con el desarrollo de las experiencias al ser puestos en práctica, y la forma como son transmitidos en el momento, es que espacios como los generados en el Aula Taller, realizan una búsqueda continua e intencionada, en conjunto con la comunidad Fariana, para la construcción de estrategias de convivencia que favorezca la transformación social en el país. Al recorrer nuevos caminos de relación, conexión y comprensión del otro, para lo cual se hace necesario pensarse en clave de vivir bien, del buen vivir, del bien conocer o del bien común. “El que haya vivido la guerra, no quiere volver a ella” (Palabras de líder fariano en Anorí Antioquia, 04/05/2018). 🍌

Comunidad fariana, *arreglos de género* y transición: **APUNTES DESDE EL GÉNERO SOBRE EL PROCESO DE REINTEGRACIÓN**

Pablo Bedoya Molina

Profesor de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Historiador y magíster en Historia

Pablobedoyam@gmail.com

Las visiones sobre la guerra han sido marcadamente masculinas. Los valores que se han movilizado en el trasegar de las formas de lucha armada han estado asociadas a lo que el Occidente moderno ha definido como propio, e incluso exclusivo, de aquellos cuerpos definidos como hombres: coraje, valentía, fuerza, dominio, poder. La imagen de las mujeres, por el contrario, han encarnado el reflejo opuesto a estas características, han sido vistas como unas no – guerreras (Londoño, 2005). Frente a esta imagen, las mujeres han sido narradas como agentes pasivos de los conflictos sociales que han dado origen a la confrontación armada del país (CNMH, 2011). El conflicto armado, sus causas y su desarrollo ha parecido una historia de hombres en la que excepcionalmente han participado algunas mujeres. Como efecto, esta mirada ha invisibilizado la participación y la experiencia de las mujeres y de sujetos que

no se ajustan a los órdenes hegemónicos de género y sexualidad en esta historia central de nuestro pasado reciente (CNMH, 2015). Esa ausencia ha significado también la omisión deliberada de otros sentidos y marcos explicativos que permitirían avanzar en la comprensión de uno de los aspectos definitorios del devenir histórico de las últimas décadas.

Como un aporte al cuestionamiento de estas narrativas masculinizadas, esta corta reflexión pretende señalar algunos elementos que han surgido en el marco del trabajo del proyecto Aula Taller de la Universidad de Antioquia, desarrollado en el ETCR de La Plancha en Anorí, Antioquia. En particular, nos enfocaremos en los encuentros con las personas, en su mayoría mujeres, que participaron del proceso como integrantes de la Comisión de Mujeres y género. Las reflexiones que aquí se presentan llegan a ser fragmentadas, en ocasiones casi pinceladas que intentan dar forma a una imagen que está muy lejos de estar acabada. Los cambios rápidos e inusitados en la realidad política del país y los incumplimientos, en su mayoría por parte del gobierno nacional, ha generado un ambiente de incertidumbre que se hizo notar en cada encuentro y en la cotidianidad de nuestra presencia en el ETCR y que explican la dificultad para asentar una lectura más definitiva.

Desde nuestra llegada, y para sorpresa de muchas de las personas que estábamos por primera

vez en el ETCR, por lo menos dos asuntos llamaron nuestra atención en relación al tema de género: algunas de las voces que lideraban en la cotidianidad del espacio transitorio eran mujeres, y estaba ya conformado un Comité de Género con una clara vocación hacia el trabajo con las comunidades aledañas. Definitivamente no seríamos nosotros quienes llegaríamos a construir una conciencia sobre las mujeres en la comunidad fariana²⁰. Esta conciencia ya existía y lo que se nos ponía de frente es que justo en el escenario actual de la reincorporación, muchos de los logros conquistados por estas mujeres se ponían en riesgo. Sobre estos dos asuntos tratará esta reflexión.

Los *sistemas sexo/género* son las formas particulares en las cuales en determinado contexto socio-espacial se configurarán las relaciones de género (Rubin, 1986). Esto quiere decir que las relaciones que se configuran entre mujeres, entre hombres, entre mujeres y hombres y lo que se termine concibiendo como “hombres” y como “mujeres”, se construye en el conjunto de interacciones

²⁰ Comunidad fariana ha sido la categoría que han elegido para autonombrarse una parte importante de las personas excombatientes de las FARC. La categoría que usan no es gratuita. Con ella intentan representar la existencia de una forma de vinculación colectiva que se construyeron en la experiencia común de haber participado en la confrontación armada, y que hoy pervive en las ideas políticas que se buscan dirigir al escenario democrático. Esta vinculación colectiva no se encuentra solo en el plano de los ideales, son vínculos materiales, visibles, que se relacionan con la gestión común de la vida –la sobrevivencia–, la definición de formas de autoridad comunal y con la sensación de pertenencia identitaria a un “Nosotros”.

sociales, simbólicas y políticas. De este modo, el género se define en la singularidad de las relaciones que se dan en cada territorio y en momentos históricos delimitados, claro está, siempre en relación y en permanente transformación según las dinámicas propias de cada contexto y su relación con el orden regional, nacional y global. Para el caso del análisis del conflicto armado colombiano, esta idea ha sido conceptualizada a partir de la categoría *arreglos de género* propuesta por el equipo de género —en cabeza de María Emma Wills— del grupo de Memoria Histórica (GMH) de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, quienes la definieron como:

Las concepciones sobre lo masculino y lo femenino imperantes en un orden social no se deducen de la naturaleza de la biología sino que son *resultados contingentes* de luchas que se libran entre actores, tanto legales como ilegales, armados como desarmados, formales como informales. Estos actores, con distintos grados de poder, se confrontan en los campos simbólicos-culturales, normativos-jurídicos, económicos e institucionales-políticos y sus luchas desembocan en desenlaces que el equipo nombra como *arreglos de género* [es decir] *reglas de juego*, algunas formales –*constituciones, leyes, decretos, resoluciones*– otras informales –*convenciones culturales,*

costumbres y prácticas cotidianas–, que regulan las relaciones entre hombres y mujeres. En estos arreglos, lo masculino-heterosexual tiende a subordinar y desvalorizar lo femenino y las diferencias sexuales. Por lo demás, estos arreglos, aun cuando históricos y dinámicos, terminan siendo percibidos por los propios actores como si fuesen de carácter ‘natural’, biológico y perenne. (GMH, 2011).

De este modo, los *arreglos de género* que entre hombres y mujeres se configuraron al interior de la comunidad fariana son disímiles –no por ello absolutamente aislados– del orden de género hegemónico de gran parte del territorio nacional. Justamente, esta era la sensación que nos dejaban las observaciones sobre las relaciones de género en el ETCR. Las dinámicas de la guerra hicieron que el lugar de las mujeres y las relaciones de estas con sus compañeros fueran distintas a las que podrían acostumbrarse en los contextos urbanos, con también marcadas diferencias en relación a las del campesinado, al cual, la mayoría de ellas, se encuentran más cercanas. La cotidianidad de las dinámicas propias de la confrontación armada hizo que los roles, las identidades de género y las representaciones sobre la feminidad de estas mujeres, interpelaran sin ambages la imagen de mujer abnegada y el lugar de sumisión absoluta. Según sus propias narraciones, durante los largos

años de alzamiento en armas de las FARC, estas mujeres jugaron un rol activo en las acciones sociales, políticas y militares del quehacer de la organización.

Este rol ha permanecido en la actualidad en la cotidianidad del ETCR, donde se podía percibir formas de paridad en distintos aspectos como el de las tareas domésticas, tradicionalmente asociadas a las mujeres, como la cocina o la limpieza. Eran también mujeres algunas de las encargadas de la interlocución del espacio territorial con instituciones y personas externas (como quienes dinamizábamos el Aula Taller) y algunas de ellas habían ido a formarse o ya hacían parte del programa de escoltas, por nombrar algunos.

No hay que caer tampoco en un relato heroizante. Claramente persisten relaciones asimétricas entre las mujeres y los hombres de la comunidad fariana, por ejemplo, aún es visible la concentración del poder político y simbólico en los varones. No obstante, resaltan expresiones importantes de paridad tanto en las prácticas de la cotidianidad, como en la imagen que se tiene sobre las mujeres.

Al llegar al ETCR el Comité de Género, que ya existía, y del cual algunas habían recibido formación en género, ya había realizado acercamientos a comunidades de zonas rurales aledañas con el objetivo de poder hacer trabajo político y social con las mujeres. Generar una cultura de

cuestionamiento y reflexión en torno a las desigualdades que experimentan estas mujeres, dándole continuidad a reflexiones que habían comenzado mucho antes del proceso de reincorporación. Al tiempo, buscan continuar siendo actoras políticas para la transformación de las desigualdades en general y, en particular, de aquellas referidas a las relaciones entre hombres y mujeres.

El Comité de Género de la comunidad fariana ha hecho acercamientos a mujeres de los entornos cercanos para desarrollar trabajo comunitario en torno a la reflexión sobre temas de género. Los varones, especialmente, pero también mujeres, han reaccionado en contra de la movilización de discursos sobre la emancipación de las mujeres, pues ven en ellos un peligro para la conservación de las desigualdades del orden. Es en estos conflictos en los se dejan ver las tensiones que se producen entre distintos *arreglos de género*, pues develan las diferencias en la representación del orden social que en estas situaciones se ven confrontadas.

El deseo de estas mujeres por tener incidencia en la vida política del país, ahora desde las vías democráticas, debe enfrentarse a la representación hegemónica sobre las mujeres que prima en el país y que ahora se proyecta sobre ellas, al igual que a la ausencia de las garantías mínimas que en materia económica y política se acordaron en La



Fotografía: Karen Sánchez (2018)

Habana y que servirían de soporte para la efectiva reincorporación a la vida civil.

Como es sabido, los ETCR son espacios transitorios. No son solo transitorios porque sean un territorio físico de paso, tampoco porque sirva como lugar de aprestamiento para la incorporación a la vida civil, en la forma más instruccional y jurídica de la expresión. Lo son, también, porque constituyen un lugar de tránsito entre una determinada manera de organizar las relaciones interpersonales entre las personas de la comunidad fariana y de estos con “el afuera” –o el orden civil regular– y el conjunto de sentidos y significados que configuran el horizonte de comprensión del mundo al cual llamamos cultura.

Si aceptamos, como lo indican las categorías de *sistema sexo/género* o *arreglos de género*, que las relaciones entre hombres y mujeres, y la subjetividades particulares de unas y otros, se configuran a partir de las relaciones sociales más generales, es de aceptar entonces que la radical transformación que está ocurriendo en las formas de vida de la comunidad fariana –lo cual también pasará por la transformación de los sentidos de lo que esta forma de autorepresentarse denomina– significará también un cambio vertiginoso en estos *arreglos de género*.

Muchas de las dificultades y de los nuevos problemas que están emergiendo en las comunidades farianas lo demuestran. En reiterados espacios informales, personas del ETCR narraron que uno de los cambios más profundos tras la desmovilización fue la ruptura de las instancias de autoridad política y militar en el detalle de la vida cotidiana de las y los excombatientes. Las figuras de autoridad, como los excomandantes, eran quienes habitualmente resolvían ciertas situaciones de conflicto, como por ejemplo, los de pareja, sobre todo cuando podían poner en riesgo la seguridad del grupo.

En el escenario de transición, estas figuras de autoridad no han desaparecido por completo, sobre todo en su dimensión simbólica. Sin embargo, no ocupan ni juegan el mismo papel que antes. Las personas de la comunidad fariana se

encuentran de frente a situaciones nuevas y sin las formas con las que por años habían contado para sortearlas.

La problemática se agudiza en la relación de ellos y ellas, especialmente ellas, hacia “afuera”. En la subjetividad de la mayoría de ellas no está ocupar los lugares políticos, simbólicos y sociales que los órdenes de género imperantes en contextos urbanos, e incluso en contextos campesinos, establecen para las mujeres. Rechazan explícitamente la representación objetivada de las mujeres en los medios de comunicación y una gran parte de ellas no se ha sentido condena al servicio doméstico de un varón, y hoy narran la dificultad que les representa esa expectativa. Lo mismo ocurre cuando se reactivan relaciones familiares con sus padres, madres, hijos, hijas, más aún cuando estos esperan que tras su “regreso” encarnen las formas tradicionales de maternidad. Al tiempo, sienten el deseo de incorporarse a las dinámicas “de la vida civil”. Es justamente en la cotidianidad del tránsito a la vida civil donde se encuentran estas tensiones que se producen por la disparidad entre los *arreglos de género* que en años se habían configurado y aquellos que se encuentran y que se están produciendo en el escenario actual de reincorporación.

Estas transformaciones no están ocurriendo solo en la vida de las mujeres. La transformación de los *arreglos de género* también la están



Fotografía: Tototraveler

experimentando con contundencia los varones, los cuales, en su mayoría, se habían constituido a sí mismos como guerreros y desde allí muchos han configurado su subjetividad. En el escenario actual estos varones se encuentran también en una encrucijada: por una parte deberán deshacer la subjetividad del hombre guerrero armado, al tiempo que su medio y el mismo orden social con el que ahora se encuentra se lo reclama. ¿Cómo deshacer una masculinidad guerrera a partir de la cual se ha construido un sentido existencial para el horizonte de vida?

A simple vista, como con otro sinnúmero de acciones definidas en el Acuerdo de Paz del Teatro Colón, el proceso de reincorporación no está teniendo en cuenta estas dimensiones. El éxito del proceso de reincorporación requerirá también del reconocimiento de las transformaciones que están ocurriendo en relación al género, tanto para los hombres como para las mujeres excombatientes,

UNO DE LOS CAMBIOS MÁS PROFUNDOS TRAS LA DESMOVILIZACIÓN FUE LA RUPTURA DE LAS INSTANCIAS DE AUTORIDAD POLÍTICA Y MILITAR EN EL DETALLE DE LA VIDA COTIDIANA DE LAS Y LOS EXCOMBATIENTES

y de la formulación de políticas efectivas para atender los fenómenos que se desprendan. Deberá ser también la oportunidad para fortalecer las conquistas que las mujeres farianas han logrado en relación a ciertas formas de paridad, así como también para transformar las expresiones de asimetría, jerarquía y desigualdad que aún perviven en quienes pasan por el proceso de reincorporación. Aspectos relacionados con el orden de género, como el modelo del varón guerrero o la apropiación de los cuerpos feminizados, también han sido un factor de producción y reproducción de la violencia y la confrontación armada. Por eso, como componente ineludible de las garantías de no repetición, el proceso de reincorporación, de reconciliación y de construcción de una cultura de paz, requiere también incidir en la transformación de las prácticas y las representaciones que producen y reproducen la desigualdad entre hombres y mujeres. 🍌

PENSARSE LA SALUD Y LA VIDA PARA EL CAMPO COLOMBIANO:

la experiencia de visitar el ETCR de la vereda La Plancha, de Anorí

Steven Orozco Arcila

Profesor de la Facultad Nacional de Salud Pública Héctor Abad Gómez

Odontólogo, magíster en Desarrollo Educativo y doctor en Salud Pública

Steven.orozcoa@udea.edu.co

Cuando fui invitado desde la Dirección de Regionalización de la Universidad a participar en la estrategia de Aula Taller, para el ETCR de La Plancha- Anorí, sin dudarlo un minuto acepté, pues consciente de las dificultades en salud que históricamente ha enfrentado el campo colombiano, sobre todo en aquellos lugares donde la guerra ha golpeado con mayor fuerza, vi en mi vinculación a este proyecto la posibilidad de hacer un pequeño aporte a la salud y la paz del país.

Antes de vincularme a este proyecto había escuchado hablar de Anorí, así como de muchos otros municipios de Antioquia, básicamente a través de los relatos y noticias de guerra. Anorí era un lugar en el mapa, de esos más o menos distantes de Medellín, a los que hasta hace muy poco era bastante peligroso ir precisamente por la intensidad con que se vivía allí el conflicto armado entre diferentes actores, uno de ellos las

FARC. Sin embargo, este panorama ha cambiado bastante hoy; viajar a Anorí y a otras zonas del departamento, desde la firma de los acuerdos de paz, es sumergirse en territorios en los que ahora se vive cierto ambiente de tranquilidad y esperanza. Viajar por estas carreteras, llegar a las cabeceras municipales, tomarse un café en los parques y moverse luego hacia las veredas es una posibilidad para encontrarse, por ejemplo, con una fuerza pública que sin lugar a dudas se encuentra en otra actitud; una actitud de mayor tranquilidad respecto a los tiempos aciagos de la guerra, lo cual se traduce en mayor confianza y respeto con los propios y los extraños.

Esto me lo ratificó precisamente un campesino que viajó a mi lado en la escalera que nos llevó al ETCR de la vereda La Plancha. Seguramente al vernos a varios de mis compañeros y a mí con camisetas de la Universidad de Antioquia, espontáneamente decidió iniciar una conversación conmigo. Me dijo que toda su vida la ha vivido en el campo, que tiene una finquita chiquita y que “nunca antes esto había estado tan bueno para vivir por aquí”. Dijo que la guerra “ha sido muy dura pal campesino” y que antes del acuerdo de paz esto era zona roja en la que los enfrentamientos entre todos los actores no permitía casi que la gente se moviera de sus fincas, tuviesen que aguantar hambre y perdieran cosechas que no podían llevar al pueblo. El relato de este

campesino, la tranquilidad de todos los demás que viajaban en la escalera, incluidos nosotros mismos, así como aquella “actitud diferente” de la fuerza pública me hicieron decirme a mí mismo: “lástima que tantos en este país que piden la continuidad de la guerra no puedan ver todo esto de primera mano”.

Este panorama de mayor tranquilidad hace también venir a mi cabeza una columna de un reconocido salubrista colombiano, el profesor Saúl Franco, quien al explorar la relación salud-paz plantea: “La salud tiene que ver con estar-bien, con vivir-bien, con que lo atiendan a uno adecuadamente cuando se enferma, con estar tranquilo frente al riesgo de enfermarse e, inclusive, de morir. Y la paz es eso mismo, pero no solo para las personas sino para toda la sociedad”²¹

Ya instalados en el ETCR e iniciadas las labores del equipo de la Universidad, mis lecturas en clave de salud de lo que allí acontece son varias. En primer lugar, me encontré con una población de mujeres y hombres excombatientes que, en medio de su nueva vida, tienen gran cantidad de necesidades de atención en salud. Varios de ellos requieren ser valorados y tratados por especialidades médicas como ortopedia (varios de ellos han perdido piernas y brazos en la guerra), oftalmología,

²¹ Franco, S. (25/4/2015). La salud y la paz. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/la-salud-y-la-paz-columna-557119>

optometría y gineco-obstetricia, entre otras. Y aunque varias instituciones del orden local, departamental y nacional (hasta instituciones privadas) han hecho esfuerzos para que dichas necesidades en salud sean resueltas, lo cierto es que hasta el momento persisten varias dificultades complejas para un acceso continuo e integral a los servicios de salud de los excombatientes.

Un primer grupo de dificultades son inherentes a las lógicas mismas del sistema de salud colombiano, es decir, a las lógicas del “aseguramiento en salud”, principio rector del sistema mediante el cual las EPS, con recursos provenientes de diferentes fuentes de financiación, deben garantizar a su población afiliada (asegurada) un paquete de servicios de salud (antes POS, ahora MiPlan). El problema, como lo han revelado diferentes estudios en los últimos años, es que las EPS, a fin de maximizar sus ganancias “en el negocio de la salud”, han ideado diferentes estrategias, entre ellas, la negación constante de servicios de salud a sus poblaciones afiliadas. Los estudios también han mostrado que la situación de negación de servicios suele ser más dramática en las EPS del régimen subsidiado, es decir, del régimen del sistema que es financiado en su totalidad por el Estado y en el que se encuentra afiliada mayoritariamente la población pobre de Colombia, y desde la firma de los Acuerdos de Paz, la población excombatiente de las FARC.

Aunque en principio se preveía que los excombatientes (cerca de 13.000 hombres y mujeres) fueran afiliados en su totalidad a la Nueva EPS, lo cierto del caso es que por diferentes asuntos burocrático-normativos terminaron afiliados en un número indeterminado de EPS del régimen subsidiado, situación que dificulta aún más el establecimiento de protocolos claros para su acceso a los servicios y el seguimiento de dicha situación desde los organismos de verificación. Como dije antes: ¿si la experiencia de varios años muestra que para aumentar sus ganancias, las EPS han incumplido reiteradamente sus obligaciones con sus poblaciones afiliadas (muchas de ellas urbanas, trabajadoras, con cierto nivel socio-económico), se podrá esperar algo distinto para la población excombatiente de las FARC?

El segundo tipo de dificultades para el acceso a los servicios podríamos ubicarlo, por decirlo de alguna manera, “fuera del sistema de salud” y comprende elementos económicos, geográficos y culturales, que en los enfoques administrativos de la salud se denominan “barreras económicas, geográficas y culturales”. Las primeras se refieren a la falta de recursos económicos por parte de quien requiere los servicios para cubrir gastos asociados a los mismos. Para el caso de alguien que viene del campo estos gastos incluyen transporte desde la vereda o ETCR al casco urbano y de allí a Medellín, alojamiento, alimentación y desplazamiento en la

ciudad durante varios días. Todo esto teniendo en cuenta que los excombatientes no son una población que en estos momentos cuente con empleo. Las barreras geográficas se refieren a las grandes distancias entre los ETCR y los lugares en que se encuentran ubicados los servicios requeridos, lo que muchas veces actúa como elemento desmotivador, y finalmente, las barreras culturales se expresan en el hecho de que muchos excombatientes no habían (han venido) nunca a una ciudad como Medellín, por lo que desconocen sus dinámicas institucionales y no institucionales.

Así pues, aunque los funcionarios de algunas instituciones gubernamentales expresen que lo que les acontece a los excombatientes en el sistema de salud (demoras en la autorización de citas y procedimientos, fragmentación de la atención, dispersión geográfica de los prestadores, etc.) no es nada diferente de lo que nos pasa al común de los colombianos, y que por lo tanto “deberían adaptarse a la situación”, considero que esta es una población que debería ser objeto de una atención particularizada, no solo por sus trayectorias de vida y procesos de salud-enfermedad particulares, sino sobre todo (y aquí me ubico en un plano más ético que técnico) por su estricto apego al cumplimiento de lo acordado en los acuerdos de paz, y en tal sentido, por su contribución decidida para que Colombia algún día logre voltear la página de la guerra.

Igualmente varios profesores y estudiantes de la Universidad establecimos contacto con la comisión de salud del ETCR, comisión integrada por varios excombatientes con amplia experiencia en procedimientos médicos y de enfermería, y que desde su llegada al ETCR han decidido continuar su proceso formativo con instituciones como el SENA. Casi todos ellos también han participado en el diplomado “Promotores de Salud y Vida por la paz”, organizado por la Secretaría Departamental de Salud con el apoyo de la Facultad Nacional de Salud Pública. En este diplomado ellos han refinado sus anteriores conocimientos médicos, han adquirido otros, y han aprendido también sobre problemas comunitarios y ambientales de salud pública.

LO CIERTO ES QUE
HASTA EL MOMENTO
PERSISTEN VARIAS
DIFICULTADES
COMPLEJAS PARA
UN ACCESO
CONTINUO E
INTEGRAL A LOS
SERVICIOS DE
SALUD DE LOS
EXCOMBATIENTES.

Al preguntarles acerca de su trabajo como comisión de salud nos manifestaron varios asuntos. Desde una perspectiva de lo que consideran positivo nos contaron que algunos de ellos trabajan en la asignación de tareas para mantener aseado el ETCR, que quieren profesionalizarse en la universidad y que eventualmente brindan atención o consejos a sus compañeros. No obstante, y esto ya desde una lógica no positiva, consideran que ciertos procesos formativos los han ido limitado en su saber y hacer, hasta el punto de sentirse “maniatados”, pues obligatoriamente han pasado de una lógica en la que la vida y la salud del compañero eran el fin principal de cualquier atención médica (y en consecuencia se disponían todos los esfuerzos y recursos necesarios), a una lógica en la que todo pareciera estar diseñado para el sentido contrario, es decir, la no atención. En sus propias palabras esto se traduce en que no entienden por qué a ellos o a cualquier colombiano los “atienden por pedacitos”, si se supone que el objetivo principal de la medicina son la vida y la salud.

Ahora bien, dejando un poco de lado el tema de los servicios de salud, resulta preciso también hacer algunos análisis básicos en clave de lo que desde la salud pública se conocen como los “Determinantes Sociales de la Salud”²². En términos muy sencillos podemos decir que los Determinantes Sociales de la Salud son aquellas circunstancias económicas, sociales, políticas, medioambientales y culturales que afectan positiva o negativamente la salud de las personas y los grupos. En términos prácticos, esto significa que asuntos como el trabajo y el ingreso, la posición socio-económica (en clave de clase social, género y grupo étnico), el tipo de régimen político y las políticas desarrolladas por este, el tipo de relaciones culturales, así como las relaciones con el medio ambiente, van a determinar de manera principal el estado de salud-enfermedad de todos(as) y cada uno(a) de nosotros(as). Por lo tanto,

²² Organización Mundial de la Salud (2011). Cerrando la brecha: la política de acción sobre los determinantes sociales de la salud. Conferencia mundial sobre los determinantes sociales de la salud. Río de Janeiro. Recuperado de: http://www.who.int/sdhconference/discussion_paper/Discussion-Paper-SP.pdf?ua=1

las sociedades que hoy día deseen mejorar la salud de sus comunidades, sobre todo de aquellas que cargan con los peores indicadores de salud, deben pensar sus planes y programas de salud en clave de Determinantes Sociales de la Salud.

Lo anterior para decir que estas visitas a la zona rural de Anorí, y al ETCR mismo, revelan, o mejor, nos recuerdan de primera mano la forma en que todas estas condiciones impactan sobre la salud de las personas, sobretodo de aquellas que habitan el campo colombiano. Hoy día es difícil controvertir que la falta de oportunidades reales de empleo, educación, vivienda, saneamiento, alimentación, recreación, la violencia misma y, por supuesto, la falta de acceso a los servicios de salud, han jugado por décadas en contra de la salud de las poblaciones rurales del país.

Llegado este punto, la conclusión para este escrito creo que resulta ya obvia: Colombia tiene una deuda histórica que saldar con el campo colombiano y las comunidades campesinas, indígenas y negras que lo habitan. Desde la salud pública podemos decir de manera “técnica” que debemos trabajar sobre los determinantes sociales de la salud, pero en términos, si se quiere, más políticos lo que se puede decir es: el campo colombiano requiere de una apuesta decidida por parte de toda la sociedad para su desarrollo. Creo que solamente un desarrollo amplio, incluyente, diverso y en armonía con el medio ambiente, en el que la salud de las comunidades, incluida la actual comunidad excombatiente (y otras que ojalá lleguen pronto), puede evitar que como país volvamos por la senda de la guerra. Sé que este planteamiento suena complejo, casi utópico, pero como maravillosamente lo dijera Eduardo Galeano deberíamos mantener siempre “el derecho de soñar”. 🍌

ETCR ANORÍ: humanizando la guerra, explorando las zonas de paz

Vanesa Monsalve Restrepo

Profesional de apoyo de la Dirección de Regionalización

Socióloga de la UdeA

vanesa.monsalve@udea.edu.co

“Quise ensayar este enfoque. Dejar de tratar la violencia como una patología para verla desde adentro, desde el ojo y desde el corazón de sus protagonistas y de sus víctimas (...) Una vez terminado el trabajo en las zonas, comencé a tratar de escribir el informe final. Había mil temas y mil matices, había personajes maravillosos que se resistían a ser enclaustrados en el texto «científico» y aséptico de un informe. Había mujeres a las que se les sentía el aliento y hombres que sudaban, y caballos. Daba vueltas alrededor del compromiso y del material que tenía en mis manos sin saber por cuál decidirme. A mis relatos les faltaba algo: que no se dijera nada (...) Sábado dice que uno no escoge los personajes, sino que los personajes lo escogen a uno. Añadiría que uno no encuentra los caminos, sino que los caminos nos salen al encuentro casi todos los días” (Molano, 1991).

Tendría que comenzar planteando que mi participación en este proceso, el cual se constituye como una apuesta colectiva, enmarcada en el proyecto *Modelo colaborativo de educación rural para el Nordeste de Antioquia*, y que fue asumido por docentes, estudiantes y comunidad universitaria en cumplimiento a la contribución para la paz y el posacuerdo desde acciones formativas, me ha atravesado profundamente, y no solo en función de las responsabilidades académicas y laborales que demandó, sino en un nivel más trascendental de mi humanidad y mi profesión.

Tuve la oportunidad de acercarme a aquellos sujetos de los que solo tenía referencias distantes, cultivadas en mi obsesión por las crónicas y entrevistas sobre el conflicto armado publicadas por Alfredo Molano²³, narraciones con las que me adentro en las selvas colombianas y en las milicias urbanas, producto de mi imaginación e interpretación, o por aquellas disertaciones planteadas en los textos de historia y sociológica política de Colombia que mastiqué durante todo el pregrado,

²³ Escritor, sociólogo y periodista nacido en Bogotá en 1944, Alfredo Molano Bravo ha dedicado su vida a recorrer las zonas rurales de Colombia con la intención de dar cuenta de las otras realidades que la habitan. A través del “viaje a pie” y la conversación constante, Molano ha construido textos fundamentales en los que se muestra otra perspectiva sobre los orígenes y desarrollos de procesos sociales tan complejos como el de la violencia, el desplazamiento forzado y las problemáticas rurales. Con un interés sociológico mezclado con ímpetu literario, sus textos han sido considerados poco ortodoxos por la academia universitaria y, en general, caracterizados como experimentos ficcionales (Banrepcultural, s.f).



Fotografía: Tototraveler

en su mayoría, desde la comodidad de una biblioteca. Libros y letras con las que trataba de entender, estructuralmente, el contexto político en que han germinado los enfrentamientos. Solo desde dichas orillas abordé, durante muchos años, este tema, el mismo que siempre estuvo presente en mis intereses sociológicos pero que no podía llevar más allá del papel, no sabía qué rostro, qué voces, qué cuerpo o que historias de vida podrían cargar aquellos hombres y mujeres de “guerra”, esos de los que siempre oí decir que desangraban el país. Esos, los campesinos, indígenas o afros que figuraban en los extremos de los discursos como “sanguinarios” o como “libertadores”, pero que en realidad eran lejanos de mi pupila.

Esta ocasión, la del encuentro cara a cara, es de un valor incalculable para mi formación, me ayudó a digerir que, en efecto, el país (y con ello me refiero a un “nosotros”) no había presenciado un momento histórico como el actual, un tiempo en el que ese “otro” que se escabullía debajo de la geografía colombiana, envuelto en variadas dinámicas políticas y económicas (las que no me compete aquí analizar), pasó de ser el “enemigo” fortalecido en el imaginario, a constituirse como un “ciudadano colombiano”.

Quizás ese rostro me ha sido esquivo porque aún soy muy joven para haberme encontrado en contextos políticos con ellos, “los guerrilleros”, o quizás porque a pesar de que vivo en un municipio del oriente Antioqueño, una de las regiones más golpeadas por la violencia en el departamento, no he tocado de lleno, en la forma más literal y material, esa Violencia que muchos de mis compañeros, profesores o comunidad con la que he trabajado han palpado con las manos, esas batallas que se han librado históricamente en zonas rurales dispersas, en barrios y periferias.

Esta es mi primera vez, (que de hecho me llega por sorpresa, pues aunque el inicio de los diálogos y la firma del acuerdo me llenaron de emoción, siempre vi distante la posibilidad de trabajar con estos procesos. Tenía plena conciencia que otros habían ahondado en el tema durante toda su vida, y serían ellos quienes tendría la experiencia para

realizar las labores académicas y en campo referentes a la reconciliación, la memoria histórica y la construcción de paz), sin embargo, y como si hubiera estado preparándome para ello, pude acompañar a un grupo de profesionales invaluable y expertos en estos procesos.

A La Plancha, vereda de Anorí donde se estableció uno de los ETCR, aterricé a bordo de una chiva que salió de la cabecera municipal y que fue subiendo y bajando montañas durante dos horas. Allí, cerquita de los marranos, la panela, las pipetas, los costales con alimentos, los bebés llorando y los ancianos curtidos por el sol y la tierra, no lograba distinguir entre habitantes oriundos de la vereda y excombatientes. Allí por primera vez sentí emoción por el país, comprendí que era el tiempo del acercamiento, uno real, y que los miedos a veces solo son estigmas engendrados. Era la única (éramos los únicos, hablando de los compañeros del Aula Taller) para la que todo este contexto resultaba un poco extraño. Ellos, los habitantes de La Plancha, ya habían ahondado en las paces, y si yo no podía distinguir unos de otros era quizás porque eso de la paz estaba habitando como una posibilidad real, comenzaba a ser tangible en un nivel simbólico, “ahora son civiles y no andan armados” (Girón, 2017. En OCAP).

Después de siete horas de viaje en las que experimentamos todas las precariedades típicas del campo colombiano, y que nos son tan ajenas

a veces, comencé a madurar en carne propia por qué se ha mantenido el panorama de enfrentamientos durante tantos años, por qué es tan fácil reclamar la paz desde un contexto con privilegios, y por qué la guerra era casi una necesidad en estas zonas rurales. Me parecía gran hazaña estar entrando a un territorio al que antes hubiera sido imposible llegar, incorporarme a una comunidad que tenía firmes y humanas intenciones de “parar”, de apostarle a otras vías.

Lo primero que vi fueron los rostros, de mujeres, de niños, de adultos, de madres, de ancianos, de jovencitos, después de todo, allí estaba conversando, descubriendo, trabajando de a poco en la confianza, esa materia prima que se debe amasar antes de iniciar cualquier proceso, en este caso, el de *diálogo de saberes*. El primer encuentro fue sustancial para la comunicación que se mantendría en adelante con la comunidad, y que pudo ir tomando forma a medida que avanzamos en las visitas. En síntesis, pude participar de cuatro desplazamientos, de los cuales rescato esencialmente la apertura de las partes para compartir la vida cotidiana en unas pocas horas, para mostrarnos el *diario fariano* y el de los campesinos de los alrededores. Por otra parte, lo formal, hablando de la intención de orientar saberes sobre algunas experticias como objetivo preciso del proyecto, podrá ser explorado en los informes técnicos, dichas actividades, como era de esperarse, tuvieron

aciertos y desaciertos, algo lógico en todo proceso, más aún, si es una exploración conjunta.

Me interesa entonces, y de manera especial, retomar a esos rostros antes citados, figura que me permite manifestar lo que de esta población me queda, (pues siempre es menor lo que puede dejar la academia en comunidades con tantas necesidades). A mí se me quedaron grabados un río de rostros, de sonrisas, de saludos, sujetos en los que convergió una misma necesidad, la de ser escuchados, la de poder narrar, encontrar con quien abrirse en un sentido más profundo, interlocutar con otros que no lanzaban recriminaciones, que estaban en actitud de recibir, entonces hubo apertura, había palabras para contar, cantar, desahogar o reclamar. “No se trataba de hacer la historia de la Violencia, sino de contar su versión” (Molano, 1991).

El rostro de Blanca: Blanca, como quiso que la llamara, fue la primera persona de la comunidad con la que pude humanizar la guerra. Blanca no llega a los 50 años, pero tenía el rostro cansado y agrietado, un rostro femenino que ha batallado por toda Colombia y que me hacía entender que no quería más de lo mismo. Con Blanca descubrí en cuestión de minutos que no estaba hablando con bárbaros, que era una mujer de origen campesino que había llegado a las FARC huyendo de abusos, había escapado a la soledad propiciada por el grupo armado que mató a un miembro de su familia. Con ella no pudo su abuelo pues las condiciones

de pobreza y precariedad eran enormes, entonces decidió unirse a las actividades y dinámicas de la organización en el monte. A través de Blanca comprendí que las mujeres que han conformado este grupo no están allí solo por reclutamientos forzados o por conciencia política, ideas que se solidifican en los medios de comunicación, pues muchas de ellas enlistaron las filas de FARC antes de terminar la adolescencia debido a una infinidad de motivos propios de las estructuras socioeconómicas (que, por demás, aún perviven en el entramado del país), o bien por una arraigada cultura machista.

Blanca llevaba 30 años en la guerra y como si se tratara de un miembro de su familia se abrió sin filtros para mí, me contó que tenía varios hijos que no veía hace mucho, que ahora mismo estaba enamorada de un hombre que había conocido en la vereda, pero que estaba triste, la aquejaban tres males; el primero era que se sentía cansada de no estar “*haciendo nada*”, a Blanca le encanta caminar por largas horas y cultivar (labor que no realizaba desde la adolescencia pero que aún recordaba al pie de la letra), me mostró tomates y maracuyá que “*no servían para nada*”, según ella, haciendo eco a que muchos compañeros de su comunidad no saben sobre las labores de la tierra, pues la vida en la tropa no permite profundizar en dicho oficio. Ella ansiaba poder trabajar en el campo, pero recalcó que “*no tenían tierra*” (el gran problema de estos campesinos es la imposibilidad del arraigo a

un lugar, sin ello no tienen éxito los proyectos productivos y por ende es difícil lograr el involucramiento de la comunidad y sus jóvenes en el auto-sustento, cuestión primaria para el momento que afrontan). A Blanca su enamorado le propuso irse a terminar juntos en su finca, cultivar, abastecerse y vender, pero allí venía el segundo mal, Blanca está invadida por el miedo, le habían llegado rumores de amenazas a compañeros *farianos*, temía salir y ser reconocida o encontrarse con la muerte en medio de venganzas y odios, así que no se atrevía a intentar otra vida en otro lugar. Finalmente, para completar sus tristezas, Blanca me mostró una herida que no sanaba en una de sus piernas y me reclamaba todo el tiempo la falta de atención en el centro de salud y los dolores intensos por los que tenía que pasar cada noche, algo que terminaba de atormentarle su paso por el ETCR.

El rostro de Blanca me hizo preguntas sobre la tierra y el campo, sobre la salud física y emocional en la reincorporación, sobre los odios infundados y el estigma, y sobre los embrollos que implica, en todo aspecto, intentar otra historia para Colombia. Después de la primera visita no volví a ver a Blanca, le llevé algunas sopas de letras y crucigramas porque me decía que eso era lo único que la entretenía, aprender a leer, aprender palabras y adivinar situaciones. Espero que sus miedos no se conviertan en realidades teniendo en cuenta el contexto actual del país.



Fotografía: Natalia Maya Llano (2018)

El rostro de Caimán: A Caimán lo conocí en mi último encuentro con la comunidad, se generó cierta empatía pues conocía muy bien mis tierras, el Oriente antioqueño. Intercambiamos algunas anécdotas sobre la región y esto permitió una conversación de cuatro horas, en ese tiempo descubrí que era un *fariano* particular en esta comunidad y que estaba cargado de historias. Caimán es un hombre que ha leído el país desde la *huida*, con un buen bagaje político, participativo, atento, mesurado, analítico, formado y crítico, pero, sobre todo, un hombre enamorado (*el amor*, esa palabra difícil

de asociar al sujeto de guerra). *Caimán*, después de algunas notas sobre la historia del país y de Venezuela, sacó una libreta y me cambió el tema, ahora quería conversar sobre música y leerme algunas canciones que compuso durante su vida (es compositor empírico), vallenatos y porros son los que recuerdo, sus tonadas me evocaron el Caribe colombiano, las luchas y reclamos de la organización y el romanticismo, me contó un par historia de amor, y al final, con lágrimas en los ojos me dijo “lo que más me cuesta de estar aquí es no poder ver a la mujer que amo” (Caimán, 2018), una joven venezolana por la que se encuentra en duelo; el desamor, ese mismo por el que hemos pasado de jóvenes y adultos. El rostro de *Caimán* pudo dejarme como referencia muertes y persecuciones, pero en cambio, me dejó preguntas acerca del afecto, ese sentimiento que nos une como humanos y en el que nos reconocemos todos, a pesar de las diferencias.

El rostro de Maribella: *Maribella* es por mucho una de las mujeres más hermosas que he visto. Tiene unos ojos con las selvas que debe haber recorrido; manos grandes y fuertes igual que su carácter y postura. *Maribella* tiene un potencial enorme para el liderazgo, sin embargo, con ella asenté que el género (hablando de la crítica a lo femenino y masculino conceptualmente) es uno de los asuntos más problemáticos de este proceso de reincorporación (o por lo menos es uno de los

aspectos que captan mi atención). Pensar la mujer como sujeto político en esta comunidad y territorio es embarcarse en variadas contradicciones, pues si bien muchas de ellas son las que han estado a la cabeza de diferentes acciones para estas zonas, lideran y coordinan varios procesos, también se encuentran atravesadas fuertemente por las dinámicas y las bases con las que nos educan en el país. Se enfrenta a la cultura del poder a la cabeza de un “otro” encarnado en lo masculino.

En conversaciones con *Maribella*, y algunas jóvenes del ETCR, afloró la dificultad naciente para obtener respeto como un principio mínimo y no como una obligación-imposición a sus compañeros. En la comisión que trabajó para el fortalecimiento a los temas de género, *Maribella* comentaba que era difícil ser mujer ahora en los ETCR, pues se enfrentan al fantasma del machismo que está creciendo más de lo ya dado. A ella, por ejemplo, le preocupa que antes los hombres, por órdenes de los comandante, tenían ciertas normas y reglas para con ellas, pero que, desde el desarme simbólico de la autoridad, sus compañeros recaen en una serie de violencias y represiones que antes les eran impedidas. Además, recalcó que para transformar dichos asuntos es necesario lograr dos metas puntuales: una es garantizar las condiciones de supervivencia de las mujeres en la comunidad, como el trabajo, la alimentación, la manutención y demás. *Maribella* considera que con esto se evita

caer en el desazón y la sumisión a sus parejas, avanzar en ello repercutirá en la posibilidad de fortalecerse como grupo y encaminar voluntades que estaban apagadas, una vida digna facilita los tiempos para organizarse, para pensar en formación, capacitación y empoderamiento, el de ellas y el de las mujeres a su alrededor.

El rostro de Anderson: Cuando pienso en *Anderson* veo un hombre que ha vivido y convivido con la guerra, pienso en la fuerza que debe poseer para mantenerse al comando de un frente completo, sujetos con demandas y necesidades como toda comunidad, aun así, ha podido sostenerlo durante años. Pienso en el miedo que lo puede habitar, recreo su sonrisa que fue esquivada durante varias visitas, pero que luego fue una constante que permitió cercanías al servicio de nuestras labores. Recordar a *Anderson* es recrear la sensación de extrañeza que tuve (también de esperanza) cuando me vi un viernes a la madrugada muerta de risa mientras intentábamos bailar salsa al final de una jornada, (y es que en definitiva la salsa une al mundo), me sorprendí con ese cuadro en mi cabeza. Esa noche entendí que no había armas, que ese “otro” baila, goza, canta como el colombiano promedio. Cuando recuerdo el rostro de *Anderson* pienso en el futuro del proceso de paz en Colombia y me ronda la pregunta de qué les espera a él y a los demás comandantes de los ETCR.

El Rostro Marinela: la vi abrazando a su hijo mientras le narraba a las compañeras de salud pública los conocimientos en atención médica que posee, producto de los años en que atendió a sus compañeros enfermos y heridos en guerra. *Marinela* les explicaba cómo infiltraba venas, ponía inyecciones, hacían operaciones, jornadas de planificación, entre otras labores. Los saberes que ella carga espera profesionalizarlos para que le sean funcionales a la reinserción, ya no hay selva y las dinámicas modernas en el área de la salud, antes que reconocerla, han intentado negar sus conocimientos.

A *Marinela* la humanicé sentada en su habitación mientras me mostraba parte de sus pertenencias y le demostraba a la enfermera Lizeth que, a su

ESA NOCHE
ENTENDÍ QUE NO
HABÍA ARMAS, QUE
ESE “OTRO” BAILA,
GOZA, CANTA COMO
EL COLOMBIANO
PROMEDIO.

manera y en condiciones no favorables, ella había aprendido lo suficiente, ahora podían mantener un mismo lenguaje desde prácticas diferentes, podían intercambiar tratamientos de enfermedades. El rostro de *Marinela* me permitió entender la sabiduría que se adquiere con la experiencia, la importancia de no desconocer los saberes de estas comunidades. *Marinela* fue el rostro más dulce y noble que vi en mi proceso en Anorí, una madre de muchos hijos que ahora intenta “*levantar el último sin armas*”.

Debo decir ahora que me duele desde lo más humano estos rostros, me duelen como si los sintiera cercanos ya, me duelen en el sentido más primario porque son vidas, gente que desea comenzar desde cero. No me interesa profundizar en los discursos de guerra ni en los juicios frente a las acciones del pasado, reconozco que hacer memoria sin olvido es trascendental para la no repetición, tengo conciencia de que esta ha sido una historia donde las partes han aportado de diferentes maneras, pero creo firmemente que si no se apela a la resiliencia ningún proceso es posible, es decir, profundizar en malos y buenos, quedándose en esa tierra movediza, es algo que no me correspondía en las visitas, ni me corresponde ahora.

En el sentido más general, y como parte de una última reflexión, quisiera expresar que esa emoción que me embargaba al principio en medio de las utopías e idealizaciones, ahora tiene matices,

no todo es tan fácil como lo vemos en un primer momento. El paso con el Aula Taller por el ETCR me permitió comprender que esta población está enfrentada a la desposesión, a la imposibilidad de la tierra, y así de construir en comunidad, a la precariedad de servicios básicos, a fallas en la atención para la salud y el acompañamiento. Me pregunto si la precarización de estas zonas atiende entonces a una estrategia para bloquear los procesos de constitución de lo colectivo y por ende anular, aniquilar o borrar los espacios políticos por los cuales se jugaron el acuerdo.

Me cuestiona también qué viene para ellos en medio de un gobierno de ultraderecha, me pregunto en qué terminarán estas noches de mantanzas a líderes y el reactivamiento de grupos armados y de amenazas latentes para la reconciliación. También pienso en qué papel jugará la Universidad en el posacuerdo. ¿Está preparada para abrirse a un nuevo momento? ¿Va escuchar a la comunidad que se ha pensado el papel de la academia en la paz? ¿Tendrá, como institución, la voluntad para hacer transformaciones normativas, políticas y de recursos que promuevan la participación activa y consciente de la educación pro-paz? ¿Asumirá el reto de humanizar también la guerra, de abrirse y hacer parte de la reincorporación? 🍌

GUERREROS POR LA PAZ

William de Jesús Estrada Cano

Profesor de cátedra de la Facultad de educación,
en el Departamento de Extensión
Sociólogo y magíster en Educación
Pedagogía y Diversidad Cultural
william.estrada@udea.edu.co

“No tener territorio es no tener donde echar raíces”
(ETCR. *La Plancha*, Anorí, *unidad fariana*)

Levantarse cuando aún no despunta el día, con ánimos y espíritu de lucha que no permiten distinguir entre el sueño y la vigilia, porque el pensamiento va y viene en la multiplicidad de ideas, de qué hacer con alguien que uno se resiste a nombrar. ¿Cómo los nombrarán los otros, aquellos que los invitan a participar de los espacios de una institucionalidad que en otros tiempos los invisibilizó, marginó, excluyó, persiguió, desapareció y asesinó? La pregunta que surge al momento es ¿será posible convivir con el enemigo histórico?

El viaje para el encuentro con ese que no queremos nombrar, después de haberlo percibido como un rebelde levantado en armas, continúa su camino por carreteras llenas de huecos

y calles estrechas que demuestran el abandono al que han sido sometidos. Las pocas casas a la orilla del camino no ocultan la miseria, los niños flacos y desnutridos, los perros en sus huesos; sorprende mirar tanta tierra sin la expresión de la existencia humana. Las casas destruidas por el tiempo e invadidas por la naturaleza dan señales de que algo cruel obliga a su abandono. Ya llevamos más de ocho horas desde que partimos de la ciudad y me pregunto si faltará todavía mucho para el encuentro gratamente esperado. Miro a mi compañero de viaje y lo interrogo sobre si este desierto de rastros será producto de la guerra, a lo que él me responde: “muy posiblemente”. Y sigue a través de la ventana con su mirada perdida. Al llegar a Anorí hicimos trasbordo a la escalera, porque la carretera para llegar a la vereda La Plancha es más agreste. Después de un buen rato de viaje en la escalera nos detuvo un retén militar. La orden fue bajarse del vehículo y potar a la vista la cédula de ciudadanía. Todo se limitó a una requisita rutinaria y continuamos el viaje.

Después de cierto rato de saltos y resaltos por el mal estado de la carretera, se escuchó una voz que decía: “ya estamos llegando, miren los plásticos verdes y ese caserío. Allá es el sitio donde están los excombatientes”. Todos desviamos la mirada al mismo tiempo. Sentí que el corazón me palpataba un poco más acelerado. Noté que las manos me sudaban un poco, no sé por qué, pero

sentía bastante entusiasmo. Después de una hora y cuarenta minutos llegamos al sitio. Nadie nos esperaba. Las pocas personas que allí se encontraban nos miraron con extrañeza, como preguntándose ¿y estos quiénes son?

Los ánimos se calmaron y las esperas hicieron turno. Lo primero que la coordinadora del proyecto hizo, fue buscar el contacto. Después ubicó la dormida para cada uno. Luego concretó la alimentación y al terminar la tarde tendríamos la reunión. ¿Qué hacer entonces con el resto del tiempo que nos quedaba antes de la reunión? Por iniciativa de unos compañeros de viaje decidimos visitar la marranera que se veía a cierta distancia. Al llegar al sitio nos encontramos con una mujer de aspecto campesino, con brazos y hombros bastante fuertes, muy amable. Nuestro compañero, especialista en animales, le hizo unas cuantas preguntas sobre el cuidado de estos a las que ella fue respondiendo. Después vinieron las preguntas propias de las ciencias sociales: ¿Cuántos trabajan aquí con los cerdos, gallinas y piscos? -“Aquí trabajamos tres unidades farianas”-. Guardamos un silencio profundo. Después de unos minutos, al preguntarle si ya se encontraba en el espacio de reinserción, y si iba a ir a visitar a su familia, la mujer nos respondió: “Mi familia son las FARC, yo no tengo más familia. Nosotros somos una comunidad”. El silencio nuestro frente a esta respuesta fue aún más profundo. En este corto diálogo,

doña Blanca nos contó que se vinculó a las FARC cuando era muy joven y que llevaba casi cuarenta años en la lucha armada. Estas palabras siguen retumbándome en mis pensamientos. Me pregunté al instante cómo se nombran las mujeres y los hombres de las FARC a sí mismos, así que se me ocurrió la idea de hacer un taller de comunidad para las jornadas siguientes, con la intención de que ellos mismos se nombraran, no como excombatientes, sino desde otros sentidos.

Cuando los interrogamos, por ejemplo, sobre el ser llamados reinsertados o reincorporados, respondieron: “Nosotros nos hacíamos matar por el pueblo, por la dignidad y para que el pueblo no sufriera y no nos importaba. Ahora lo hacemos desde lo político, sin las armas, como comunidad fariana, movimiento social y partido político para que se cumpla el estado social”. Manifestaron que no querían ser parte de las maquinarias políticas, ni de la corrupción, ni del clientelismo, ni de la compra de votos. Desde estos argumentos demostraron que no existe una reincorporación y mucho menos una desmovilización. Pero una cosa son los sueños y otra muy distinta la realidad. Antes tenían más espacio, así este fuera itinerante por la situación de guerra, pero ahora apenas tienen un lugar para habitar, pues la geografía está reducida a un campo de concentración de puertas abiertas. Se puede entrar y salir “libremente” pero cada uno debe asumir los riesgos de esa otra guerra que le

“NOSOTROS NOS HACÍAMOS MATAR POR EL PUEBLO, POR LA DIGNIDAD Y PARA QUE EL PUEBLO NO SUFRIERA Y NO NOS IMPORTABA. AHORA LO HACEMOS DESDE LO POLÍTICO, SIN LAS ARMAS, COMO COMUNIDAD FARIANA, MOVIMIENTO SOCIAL Y PARTIDO POLÍTICO PARA QUE SE CUMPLA EL ESTADO SOCIAL”

hace la guerra a la paz. En estos espacios no hay mucho qué hacer, pues están diseñados intencionalmente para no tener señal de telefonía móvil, ni internet, aunque lo único que sí entra durante todo el día es el aparato ideológico de la televisión. En algunas ocasiones cortan la electricidad en las noches, o el agua en las madrugadas, lo cual perjudica enormemente los procesos productivos. Y ante la falta de actividades para la vida, el aburrimiento es una constante, y ante el incumplimiento de los acuerdos de paz por parte del Estado, la comunidad fariana tiene reducido el espíritu de lucha. Incluso, a causa del sedentarismo y la quietud, se asoma ya la obesidad.

El horizonte político se nubla y se diluye en la espera; el alcoholismo, el tabaquismo, la teleadicción, el sentimiento de la humillación al tener que habitar “corralejadas” de cuatro por cinco metros, que no permiten tener vida íntima, los entristece.

Además de la situación de vivir alquilado y con la amenaza permanente de que ya muy pronto se da por terminado el arriendo. Asimismo, los ataques son y están en el orden de lo psicológico: incertidumbres, indignación, provocaciones y desmotivación, todo esto es lo que produce los incumplimientos de los acuerdos por parte del Estado. Además, a todos estos ataques hay que sumarles las ofertas que por parte del Estado y las organizaciones no gubernamentales, intentan individualizar a las unidades familiares con becas y proyectos. Con estas prácticas, asistimos sin duda a un bien diseñado plan de carácter colonialista. El mismo plan que históricamente han aplicado a los indígenas, negros, campesinos y sectores populares.

Arrebatarnos la dignidad a las personas hace de la tarea de reinserción un camino fácil, al tiempo que hace de la pobreza una condición de destino. La pregunta que surge es ¿esta es la ruta de reinserción que se quiere aplicar a la comunidad familiar? Una ruta que suma más desigualdad a la gran masa de la población colombiana, una de las sociedades más inequitativas del mundo, según los organismos internacionales.

De acuerdo a las prácticas y condiciones de neocolonialismos, aprendidas en la guerra que hemos vivido, como las estigmatizaciones, señalamientos, discriminaciones, exclusiones, violencias estructurales, violación sistemática de los derechos humanos y del derecho internacional

humanitario, sumadas a las violencias delincuenciales y a las acciones hegemónicas de las economías mafiosas, nos invitan a pensar qué significa hacer la paz en medio de las otras guerras. Será una tarea colosal en lo pedagógico y lo didáctico, pues esto implica nuevos aprendizajes, otras participaciones, imaginación y creatividad para no volver a caer en el lugar común del camino de las armas, porque las armas son la herencia que aprendimos y nos legó la inquisición colonialista y neocolonialista, de las cuales se desprenden hoy las prácticas políticas que conforman el Estado colombiano.

El camino para este nuevo proceso ya ha sido sembrado; pero el camino de la paz política ya había sido soñado y andado por Héctor Abad Gómez, Jesús María Valle, Eduardo Umaña, y los miles de líderes sociales que han caído en todos estos años. Además se nos debe brindar la paz económica que ya fue sembrada por los ancestros indígenas, negros, campesinos y trabajadores, en armonía y equilibrio con la madre naturaleza, de la que hacemos parte y nos da la vida. En la paz que vamos a caminar tejaremos entre todos y todas las cosmogonías para la plurinación.

Hemos vivido sin Estado, a pesar del Estado, y en contra del Estado, pero hoy tenemos el reto de construir comunidades y sociedades distintas. 🍌

Analogías de un cuerpo en transición: **ALGUNAS METÁFORAS PARA LA PAZ**

Xanath Bautista Vigueras

Docente coordinadora de práctica Lic. en Educación Básica en Danza del Departamento de Artes Escénicas de la Facultad de Artes
Licenciada en Danza Contemporánea (INBA-México), magíster en Danza Movimiento Terapia de la Universidad Autónoma de Barcelona, departamento de psicología clínica y de la salud
xanath.bautista@udea.edu.co

Cuando uno baila, el cuerpo traza movimientos y ritmos en el espacio. Las diferentes partes del cuerpo comienzan a relacionarse entre sí mientras la respiración y las sensaciones abren camino para percibir la experiencia.

Los movimientos que genera el cuerpo al bailar se van encadenando de manera secuencial, lo cual permite en cierto punto apreciar que la forma corporal cambió, que ese cuerpo que se observa ya no permanece en la misma posición; y que de manera imperceptible, continua o abrupta transitó hacia otra forma en movimiento. Cada experiencia bailada es una transición; tiene un inicio y un fin, resguarda un impulso, comprende una distancia, genera un trayecto, es mediada por la gravedad y requiere inevitablemente una nueva distribución de los apoyos, reconocimiento del espacio y cambio de dinámica.

Desde esta visión de las artes yo me pregunto: ¿Colombia podría ser un cuerpo que baila? ¿Podríamos apreciar la experiencia como cuerpo social? ¿Somos capaces de ver que ya estamos en movimiento? ¿En qué parte del trayecto vamos a transitar(nos)?

El Aula Taller hace parte de esa serie de movimientos encadenados que vivimos como país. Una experiencia desde la cual podemos seguir caminando a una nueva distribución de los apoyos y reconocimiento del espacio que somos y habitamos. Todo el tiempo fuimos la comunidad fariana y la comunidad universitaria dando pequeños pasos de baile, coordinados por el ritmo de lo individual y lo colectivo como una posibilidad equilibrada para mover y (con)mover nuestra realidad.

El acercamiento entre estos cuerpos colectivos encarnó un mutuo reconocimiento y las bases para un diálogo de saberes. Una proxemia²⁴ dinámica para sentir y percibir esos otros discursos ligados al acuerdo de paz; porque es importante decir que los cambios y las diferencias necesitan sentirse para comprender que están ligados a uno, que no son palabras distantes y ajenas, sino que se fundan en acciones vividas capaces de ser percibidas.

²⁴ “La proxemia es el estudio del espacio físico material que las personas consideran necesario establecer entre ellas mismas y los demás para sentirse a gusto” (Lederach, 2007, p.97).

Hubo dos diálogos y vivencias que quisiera compartir. Son dos encuentros marcados por el juego y la canción, acciones que a mi manera de pensar nos muestran parte de lo que nos mueve y cómo nos movemos hacia la paz.

“El juego como acción conjunta”

El espacio del Aula Taller estaba agendado en franjas de la tarde noche, sin embargo, eran las 12:00 del mediodía y recién llegábamos al ETCR de La Plancha en Anorí. Mientras realizamos la convocatoria para el espacio en la noche, me encontré con tres niños esperando a sus madres o familiares que estaban en una capacitación de peluquería. Me acerqué y saludé, los niños en un inicio tomaron distancia pero después de ciertas preguntas de lado y lado comenzamos a conocernos y el dibujo se volvió una posibilidad para que ellos me contaran sobre las flores y vegetación que conocían del lugar. Mientras buscábamos flores ellos me regalaron un recorrido por el territorio y me explicaron los espacios del ETCR. El taller, la escuelita, el comedor y las habitaciones; durante el recorrido otros niños se fueron sumando y algunas horas después éramos casi diez personas dibujando, jugando, bailando e imaginando juntos. El cuerpo en movimiento se volvió el punto desde el cual hablamos sobre el respeto, autocuidado, expresión y convivencia; mientras creamos

secuencias de movimiento fuimos dando voz a cada participante, y su singularidad se plasmó en un paso de baile que todos los demás repetimos para sentir lo que él sentía.

En algún momento fui a buscar algo en mi mochila y una persona de la comunidad fariana se me acercó para entregarme un paquete de galletas para compartir con los niños. Allí me di cuenta de que jugar no es una acción ajena al resto de la comunidad, sino que también es una acción conjunta que nos lleva a compartir y a establecer vínculos de confianza y reconocimiento entre personas y comunidades.

“Una playa sin arena y una rosa gris”

“Caimán” llevaba una libreta en la mano y su mirada se mostraba atenta al diálogo en el Aula Taller. Al finalizar el encuentro nos entonó algunas canciones escritas por él. Me acerqué para agradecerle pero en vez de eso nos quedamos platicando sobre su música, las letras y esa libreta colmada de experiencias transformadas en canciones. Algunas de ellas buscan describir las vivencias y problemáticas de la comunidad, otras son sin duda metáforas sensibles hacia lo que él ha vivido en la guerra.

Lo vi pasar hojas colmadas de palabras, cada una como la muestra de un proceso para expresar, transformar y transitar sus vivencias como artista y combatiente.

Escuché la variedad de su discurso, no solo es la política, sino también la persistencia y necesidad de humanizar lo inhumano mediante el arte, buscando dar testimonio de la guerra, pero también de la capacidad que tenemos como personas de generar otros discursos con ella.

De regreso a Medellín, una parte de cierta canción retumbaba en mi cabeza: “una playa sin arena y una rosa gris”, y me obligó a preguntarme qué sentimiento me provoca y por qué permanece. Tal vez es tristeza por tener que imaginarnos algo tan bello sin una de sus características, o tal vez esperanza por la posibilidad de crear otros discursos y cualidades de lo ya conocido. ¿Quién puede asegurarme a mí que una playa sin arena y una rosa gris no tienen su encanto?

La experiencia del Aula Taller me ha llevado a reafirmar que el papel de las artes en el camino hacia la paz no es como tal una acción o experiencia que necesita ser “llevada”, sino que por el contrario se trata de un puente o vivencia ya instaurada en cada persona de este país. Es decir, el arte no solamente como expresión artística, sino como capacidad de gestionar y permitir la emergencia constante de nuestra persona desde los diversos contextos que nos ha tocado vivir. Dejar fluir nuestra creatividad para transformar(nos), transitar(nos) y permitir que nuestra vida sea una danza con un trayecto digno de ser recorrido por todos los cuerpos que estamos en movimiento. 🍌

EL ARTE Y SU INCIDENCIA EN EL AULA TALLER

Astrid Yohana Parra Ospina

Docente del departamento de Artes Escénicas de la Facultad de Artes de la UdeA

Licenciada en Artes Representativas, magíster en Educación y Desarrollo Humano y candidata al doctorado en Artes de la UdeA
astrid.parra@udea.edu.co

Introducción

La Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, desde su plan de acción 2016-2019, contempla la Paz como uno de sus ejes articulados al ejercicio de extensión e investigación. Así mismo, como unidad académica se plantea los retos de responder a los nuevos contextos sociales en el marco del posconflicto, en el que el arte y la cultura juegan un papel primordial como agentes constructores del tejido social.

En esa medida, pensarse la pertinencia de las disciplinas del arte en los contextos afectados por el conflicto armado, llevó a la Facultad a desarrollar una estrategia que permitiera abordar las diferentes iniciativas que se estaban generando desde todos los departamentos, como aporte al proceso de construcción de paz. Por tal motivo se creó el programa “**La paz es una obra de arte**”,

el cual articula una serie de acciones encaminadas a trabajar las prácticas artísticas como herramienta de intervención social articuladas a las funciones misionales de docencia, investigación y extensión de la Facultad de Artes para la construcción de paz en el departamento de Antioquia y en el país. Tiene como objetivos apoyar la construcción de subjetividades, de convivencia y de respeto a la diferencia a partir de las prácticas artísticas, tanto para las comunidades externas como internas de la Universidad. Desarrollar procesos desde las artes que contribuyan a la construcción de memoria, paz y reconciliación en diferentes escenarios sociales. Aportar al fortalecimiento institucional a nivel de las artes y la cultura en un contexto de posconflicto, y posibilitar espacios para la reconstrucción del tejido social.

De este modo la Facultad de Artes, conjuntamente con otras dependencias de la Universidad crearon la Mesa Universitaria por la Paz, con el fin de contribuir al proceso de paz desde la reflexión académica, investigativa y práctica, principalmente en el departamento de Antioquia.

Posteriormente, la Facultad de Artes comenzó a trabajar conjuntamente en la propuesta que desde la Dirección de Regionalización de la Universidad y la Red de Modelo Colaborativo para el Nordeste, gestionó para obtener recursos que impulsaran propuestas educativas que aporten al proceso de reincorporación a la vida civil de los

hombres y mujeres excombatientes pertenecientes al ETCR de Anorí. De este modo, y como primer acercamiento al territorio, se estableció la estrategia de Aula Taller como un espacio de construcción de saberes y con metodología de Investigación Acción Participativa que posibilitara dialogar desde los saberes de la academia, y los del contexto, para encontrar puntos comunes que fortalecieran sus procesos al interior de su comunidad.

La experiencia

El arte en los últimos dos siglos ha venido pasando por una serie de reflexiones y cambios que lo cuestionan frente a su rol dentro de los circuitos estéticos y emergentes del campo social. Por un lado está el artista genio, que se aísla para producir, se pone en distancia, crea para las sociedades del espectáculo formas convencionales de representación. Por otro lado está, como lo llamaría Ranciere²⁵, el régimen práctico de las artes, en el cual se producen unos desplazamientos del arte hacia el campo de la acción social. En este sentido, el artista produce ecologías culturales, comunidades experimentales, procesos abiertos, colaborativos, formas de vida y mundo comunes. La creación se da en el marco de la investigación, la intervención y la ejecución de laboratorios de creación colectivos. Todo esto con el fin de

²⁵ Ranciere, Jacques (2002). *La división de lo sensible*. Salamanca: Centro de Arte de Salamanca.

fortalecer, transformar y resignificar aspectos de la vida en comunidad.

Justamente este fin fue el que se buscó desarrollar en el Aula Taller, llevar el arte como un medio, una herramienta, un dispositivo para romper las fronteras de los roles que como academia poseíamos, y que permitiera estrechar vínculos relacionales y transformación de subjetividades frente a la desconfianza que se tenía por las fronteras aparentemente prácticas y discursivas que existen entre la Comunidad Fariana²⁶ y la educación convencional, en este caso la Universidad de Antioquia.

Siendo el juego un insumo principal para la construcción del gesto poético especialmente en las artes escénicas, en un primer momento en el aula taller aparece como una posibilidad de encuentro y de reconocimiento del otro. Y con la propuesta del juego como principio metodológico, también aparecieron las resistencias, dado que en otros espacios ya los dirigentes de la FARC expresaban no querer más encuentros donde los invitaran a jugar, la razón tenía que ver con unas resistencias generadas por metodologías que los ridiculizaran o que no se concretaban en reflexiones más políticas.

²⁶ Comunidad Fariana fue el término que desde las reuniones con los excombatientes se acogió como un concepto correcto que significa toda su apuesta política y de memoria.

LA CULTURA SIEMPRE FUE UN PRINCIPIO DE ACCIÓN DENTRO DE SUS PRÁCTICAS COTIDIANAS, EN UNO DE LOS EJERCICIOS REALIZADOS EN EL COMITÉ EXPRESARON QUE, POR EJEMPLO, ALGUNAS NOCHES EN EL CAMPAMENTO, CUANDO SE ESTABA EN LA TRANQUILIDAD DE LA SELVA Y SIN LAS ALERTAS DEL COMBATE INMEDIATO, SE HACÍA “LA HORA CULTURAL”

Aun así, las actividades se llevaron a cabo con un voto de confianza a la vez por parte del equipo docente. Ahora bien, a diferencia de lo que se especulaba, frente a las actividades propuestas se posibilitó un aprestamiento que convocó al encuentro de la mirada, de las historias personales, del compartir de la acción cotidiana y del acercamiento que diluía los roles preestablecidos, lo cual generó un ejercicio de confianza y de complicidad. Pronto la seriedad a la que evocaba el encuentro entre la academia y la comunidad se transformó en humor y risas, aproximándonos desde la expresión de las emociones y fortaleciendo el acto comunicativo. ¿Qué puede ser más político que la risa? Si hay un gesto en la naturaleza humana que permita generar empatía, motivación, y la construcción de una complicidad común es la risa y, por ende, el juego evoca este gesto de humor y agrado.

Frente a esta reflexión es importante decir que el proceso de reincorporación también implica la resignificación de la constitución del rol del militar, en el que la fuerza, la seriedad, la agilidad física, la recursividad, la obediencia y la disciplina pocas veces dieron cabida a espacios donde el juego pudiera emerger como otra forma política de acción. Un excombatiente al respeto expresó:

Esta actividad de vernos a los ojos me gustó mucho, porque me reí como nunca y eso antes no pasaba mucho, sobre todo cuando había hostigamientos por parte del Ejército y llegaban esos meses de presión constante. Yo recuerdo que alguna vez me dijeron ¿por qué se ríe, se lo comió un payaso? Era mejor no reírse mucho.

El espacio del Aula Taller no solo profundizó sobre un diálogo de saberes que se tejían con cada actividad, sino que fue un espacio para romper con los esquemas de la razón y dar paso a un acercamiento más sensible, afectuoso y próximo entre los participantes.

Justamente eso se buscó en el comité de arte, deporte y cultura conformado a petición de ellos en la actividad del círculo de la palabra. Allí, palabras como historia, memoria, artes, deporte, juegos, cultura dieron paso a una serie de reflexiones que permitieron evidenciar que el arte siempre

fue usado como medio para establecer espacios lúdicos y de acercamiento con las comunidades y veredas aledañas.

El arte y la cultura, antes de entrar al proceso de reincorporación, fue el medio para propiciar ejercicios pedagógicos frente a sus apuestas ideológicas, una manera de apropiarse de los sentidos y las prácticas para el buen desarrollo de su lucha revolucionaria. Así podíamos encontrar obras de teatro con un enfoque de memoria histórica, para recordar acontecimientos que marcaron el inicio de su lucha, también pequeños actos en los que se parodiaba la realidad nacional y se hacía referencia a personajes de la política pública. La cultura siempre fue un principio de acción dentro de sus prácticas cotidianas, en uno de los ejercicios realizados en el comité expresaron que, por ejemplo, algunas noches en el campamento, cuando se estaba en la tranquilidad de la selva y sin las alertas del combate inmediato, se hacía “La hora cultural”, un espacio donde la lúdica de los juegos de mesa, la música, los chistes, cuentos, cantos farianos hacían parte de este momento de esparcimiento.

Ahora, desde el inicio del proceso, diferentes artistas independientes, corporaciones, los mismos militantes del partido en la ciudad y que tenían procesos culturales y artísticos en los barrios, han ido a realizar intervenciones artísticas en el espacio, han capacitado a varias personas

de la comunidad fariana en dibujo, esténcil, pintura, para que sigan promoviendo estos gestos al interior del ETCR. Inclusive hace un año existía un grupo de danza llamado “Soñadores de Paz”, que realizaba varias presentaciones en el territorio, pero al igual que en otros procesos e iniciativas que se crearon al inicio, estas decayeron en la medida que empezaron los incumplimientos por parte del Estado y tuvieron que irse del espacio a trabajar a otros lugares, retornar a sus familias o emprender capacitaciones en temas de seguridad y vigilancia.

Por ende, cuando llegamos como artistas formadores con el Aula Taller al espacio, el objetivo principal fue realizar un ejercicio de escucha de las necesidades que surgían en el momento de transición que se vive en el ETCR y, en esa medida, fue muy sorprendente darse cuenta que dada la emergencia que suscitaba el contexto, el arte debía ser un medio que permitiera crear proyectos basados en la productividad, los cuales pudieran generar un sustento para la comunidad. Así, la práctica artística ya no solo tenía como fin activar imaginarios políticos y relacionales, sino que tanto el proceso como el resultado exigían que esta terminara en la consolidación de un producto que pudiera entrar en las lógicas del mercado. Por tanto, pudimos generar algunas ideas y escritura de proyectos relacionados con el turismo cultural y la producción de implementos de aseo

con memoria, es decir, con elementos simbólicos de su historia en la guerra, lo cual les permitiera acercarse mucho más a las comunidades y pensar una segunda fase del Aula Taller.

Esta experiencia deja entrever la importancia del diálogo de saberes y la construcción conjunta de metodologías y estrategias que permitan acercar a la academia a los contextos rurales, los cuales tienen hoy como reto la construcción de una vida en común con quienes pertenecieron a la lucha armada y que ahora se reincorporan como sujetos activos y políticos. Es ahí cuando el arte, desde sus diferentes dispositivos, posibilita generar acercamientos empáticos para crear otras formas de interacción, a través de escenarios alternos de participación, subjetividad y socialización política, para repensarnos primordialmente las relaciones con el otro y la construcción de un país en diferentes esferas del desarrollo social y humano. 🍌

Experiencias de guerra y paz: **INFANCIA, MATERNIDAD Y GÉNERO**

Esthefanía Londoño Hernández

Auxiliar de proyecto Memoria histórica, infancias y pedagogías de paz en el Nordeste Antioqueño. Facultad de Educación

Estudiante de Licenciatura en pedagogía infantil
esthefania.londono@udea.edu.co

Johana Morales Vallejo

Auxiliar de proyecto Memoria histórica, infancias y pedagogías de paz en el Nordeste Antioqueño. Facultad de Educación

Estudiante de Licenciatura en pedagogía infantil
johana.moralesv@udea.edu.co

Kelly Johana Chaurra

Auxiliar de proyecto Memoria histórica, infancias y pedagogías de paz en el Nordeste Antioqueño. Facultad de Educación

Estudiante de Licenciatura en pedagogía infantil
kelly.chaurra@udea.edu.co

Angie Guzmán Salazar

Auxiliar de proyecto Memoria histórica, infancias y pedagogías de paz en el Nordeste Antioqueño. Facultad de Educación

Estudiante de Licenciatura en pedagogía infantil
angie.guzman@udea.edu.co

Mucho se ha hablado en los últimos años de la construcción de paz en Colombia, debido a las conversaciones y posterior firma del acuerdo para la terminación del conflicto entre el gobierno y las FARC-EP. Dicho hito invita a entender la paz como un derecho fundamental que se hace extensivo al otro, por lo que es necesario enfatizar en que las acciones llevadas a cabo en el tránsito no son responsabilidad exclusiva del Estado, sino que trascienden a los ciudadanos desde la postura del poder, es decir, lo que cada persona puede hacer a partir de su reconocimiento como sujeto político.

En este sentido, como futuras pedagogas infantiles, en busca de avanzar en la construcción



de una postura política, ética y estética, así como de realizar lecturas críticas de los contextos políticos, culturales y sociales para construir propuestas pedagógicas, pretendemos dar protagonismo a las mujeres pertenecientes a la comunidad fariana, uno de los movimientos que más presencia femenina ha tenido dentro de sus filas de combate, puesto que, como es sabido, a lo largo de la historia las memorias de guerra a nivel mundial han sido reconstruidas y narradas -en su mayoría- por voces masculinas, por lo que las perspectivas y experiencias de ellas se han visto relegadas a un segundo plano. Las experiencias y narraciones recuperadas buscan ser compartidas desde las posibilidades de construcción de escenarios propios de paz que enriquezcan el panorama de debate sobre la situación actual del país a partir de preguntas relacionadas con los diversos roles y dinámicas construidas al interior de la organización, así como con la configuración de la maternidad; asuntos que en la vida civil están mediados por una sociedad profundamente patriarcal.

Las preguntas de investigación poseen un trasfondo en el que se sitúan cuatro mujeres que reconocen la necesidad de despojarse de las ataduras que, durante años, han estado aferrándose y perpetuando silencios, sumisión, miedos, desigualdad y violencia; para construir y visibilizar de manera individual y colectiva -desde los diversos escenarios de acción personal y profesional- otros

modos posibles de estar en comunidad, reconociendo la diferencia “no como un mal menor y un hecho inevitable, sino como lo que enriquece la vida e impulsa la creación y el pensamiento” (Zuleta, 2008)²⁷. En este proceso de cambio, los escenarios e instituciones en los que hay presencia de niños y niñas están llamados a autoevaluarse desde una perspectiva reguladora, encaminada a la construcción de un país que reconoce y reflexiona en torno a su historia y que, además, respeta los derechos de sus habitantes.

En el camino de edificación del trabajo de grado titulado *Narrativas de mujeres en torno a la configuración de la decisión de ser o no madre en el marco del conflicto armado: Implicaciones en el lugar de la infancia*, el Aula Taller implementado en el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación ubicado en el Nordeste Antioqueño, específicamente en el municipio de Anorí, vereda La Plancha, se presenta como la posibilidad de acercarnos de primera mano a experiencias de hombres y mujeres que durante años vivieron como nómadas, recorriendo sectores alejados de las cabeceras municipales, al mismo tiempo que nos aproximamos al reconocimiento de las formas en las que se vive la feminidad, la maternidad y la infancia en épocas de conflicto armado y cómo dichas construcciones influyen en la relación de las mujeres consigo

²⁷ Zuleta, E. (2008). *Selección de textos. Elogio de la dificultad*. Medellín: Panamericana.

mismas y con los demás, desde la palabra y el cuerpo como territorio.

Compartir con hombres y mujeres de la comunidad fariana nos permitió observar dinámicas y prácticas cotidianas que como grupo han construido, teniendo en cuenta que el espacio que habitan en este momento los ha llevado a configurar nuevas formas de relación con los otros -sociedad, Estado- y con lo Otro, y que no necesariamente se corresponden con las que tenían cuando estaban constituidos como movimiento revolucionario alzado en armas. Así pues, fue posible contemplar, con el paso de las visitas, la llegada de más niños y niñas de diferentes edades a compartir con sus padres, madres y familiares; su presencia ahora rompe con lo que durante mucho tiempo les fue cotidiano, pues en los campamentos que años atrás hacían las veces de hogar años difícilmente podían tener niños y niñas correteando y curioseando.

En la actualidad, hombres y mujeres encarnan roles que antes fueron desconocidos, pues hacen salidas grupales entre adultos y niños para disfrutar de las riquezas naturales y se celebra la vida de quienes cumplen un año más, entonces es evidente que emergen experiencias que habían sido dejadas de lado y que, incluso, para algunos hasta ahora eran desconocidas mientras se fortalece el vínculo madre-hijo/a, puesto que, al ser militantes de las FARC-EP, la ideología política y el accionar grupal eran la prioridad. Estas situaciones,

sin duda, dejan entrever que la transición de la guerra a la paz promueve cambios sustanciales en las relaciones familiares y en la manera en que los sujetos se posicionan y vinculan con la infancia, ya que hoy hay más hombres y mujeres que contemplan la posibilidad de vivir la maternidad y paternidad. Esto se debe a que hay mujeres en estado de gestación que, seguramente de continuar los acuerdos de paz, podrían participar activamente de la crianza de sus hijos.

Un viaje por la investigación como práctica de vida

- El permitirme caminar académicamente en este proyecto generó cambios humanos que para mí han sido los más gratificantes durante mi existir. En el recorrido que me condujo a conocer la otra cara de la guerra, que por muchos años ha venido golpeando cruelmente mi país, pasaron por mi ser un sin fin de sentimientos y emociones, sin dejar de lado las concepciones que traía arraigadas desde que era muy pequeña por una cultura en la que las historias con credibilidad son narradas solo por medios de comunicación, y lo que estos articulan se toma como verdad absoluta y se replican.

Así pues, tener la oportunidad de estar en este lugar y compartir con la comunidad fariana, desde el trabajo en el Aula Taller que



desarrolló un grupo de maestros y estudiantes de la universidad de Antioquia, cambió la visión que tenía hacia estas personas y entraron nuevas perspectivas en el momento en que cayeron los prejuicios sociales que tenía hace mucho respecto a este grupo. Fue entonces al escuchar las narraciones de algunos y ver cómo ahora su lucha y trabajo mancomunado está enfocado hacia un proceso de paz, que revivió mi esperanza, esa que recuerdo tener de niña de una Colombia mejor, que ahora como estudiante sueño. Al final la experiencia me dejó como invitación el pensarme como futura maestra y continuar luchando desde la educación para así lograr formar niños y niñas con valores y criterios éticos y políticos. (Kelly Johanna Chaurra Correa).

- La idea de plantear un proyecto de grado que estuviera profundamente ligado a mis sentires, me mostró un camino único en el que siempre estaba presente el trabajo con mujeres. ¿Por qué la necesidad de hacerlo? Tal vez porque en las reflexiones de las siete prácticas que antecedieron la pedagógica, el acercar a los niños y niñas a nociones como el género, era una constante que planteaba la posibilidad de resolver el problema desde el que se entiende la diferencia como un elemento negativo, para pasar a situarlo como pieza fundamental sobre la que es posible construir con base en la alteridad y la empatía. Entonces, recordé a Diego Quiroz, docente que me acompañó durante el último año del colegio en el área de Ciencias Sociales, y las memorias y pensamientos comenzaron a edificarse en un todo con sentido:

No es de extrañar que la experiencia ROL DESCALZO sea una simbiosis de ideas lo-cura que concita a la estudiante con la búsqueda apasionada y apasionante de la historia de su vocación, del papel que lidera la mujer como sujeto y protagonista de la sociedad; de identificar los dilemas éticos, vivencias, proyectos, problemáticas y acciones civilistas, como expresiones simbólicas de resistencia y movilización, en la esperanza de que otra ciudad es posible.



Fotografía: Karen Sánchez (2018)

De ahí la urgencia personal de hacer contrapeso a las historias oficiales que responden a una lógica que apunta a que “lo que no aparece en los medios no existe”, para proceder a darle voz a quienes durante muchos años encontraron la lucha armada como vía para comunicar posturas e inconformidades. Dicha decisión me situó en un viaje en el que fue posible interactuar con miembros de las FARC-EP y con un grupo interdisciplinar conformado por estudiantes y docentes del Alma Mater de Antioquia, involucrados en la construcción de una comunidad universitaria con compromiso social. Durante el recorrido alimenté mis pensamientos y acciones, con sus conocimientos e historias de vida; además, extendí

CAMINOS DE PAZ

María Adelaida González

Auxiliar de proyecto Memoria histórica, infancias y pedagogías de paz en el Nordeste Antioqueño. Facultad de Educación

Estudiante de Licenciatura en pedagogía infantil
madelaida.gonzalez@udea.edu.co

Jennifer Taborda González

Auxiliar de proyecto Memoria histórica, infancias y pedagogías de paz en el Nordeste Antioqueño. Facultad de Educación

Estudiante de Licenciatura en pedagogía infantil
jennifer.tabordag@udea.edu.co

Asumir la travesía de ser maestras, en un contexto como el nuestro, el cual se encuentra actualmente en una transición hacia la paz, es apostarle a la reconfiguración de los significados que nos han construido como sujetos sociales, es contribuir a la transformación de las dinámicas que nos acontecen a partir del reconocimiento de los hechos del pasado que nos han dejado huella es, entre una y tantas cosas, traer a la vivencia actual las voces de hombres y mujeres que a causa de la guerra han quedado relegados social y culturalmente.

Por ello, como maestras en formación de la Licenciatura en pedagogía infantil, reconociéndonos como mujeres activas y partícipes de escenarios políticos, hallamos en el encuentro con la comunidad fariana, de la vereda La Plancha en Anorí Antioquia, la posibilidad de reconocer las experiencias que, desde

mis perspectivas de análisis mediante el acercamiento y reconocimiento de los contextos rurales colombianos. En síntesis, el Aula Taller como experiencia formativa en la que experimenté altos y bajos, generó preguntas y retos que reconfiguraron mi identidad como ciudadana y futura profesional. (Johana Morales Vallejo).

- Tener la oportunidad de compartir con la comunidad fariana, acompañada por un grupo interdisciplinar de profesores y estudiantes pertenecientes a la Universidad de Antioquia, y por medio de los encuentros del Aula Taller, ha sido una experiencia que me ha permitido confrontar la dualidad de una historia que nos pone en extremos opuestos, una historia que ha sido contada por unos pocos, manipulada y tergiversada. Así pues, fue un encuentro de ambivalencias. Por un lado, escucharlos narrar un poco sobre sus vidas, conocer sus cotidianidades, enterarme de sus anhelos y propósitos en aras de la paz y saber de los procesos mancomunados que adelantan, fueron elementos que me llenaron de esperanza y que me mueven a seguir construyendo y caminando la paz desde mis posibilidades. Y por el otro, la desazón que dejaron las dificultades por las que atraviesan los acuerdos de paz actualmente en el país, y cómo esto impacta de diferentes maneras tanto a la

comunidad fariana como a la sociedad en general; es un devenir bastante incierto. Finalmente, fue una oportunidad formativa que me lleva a plantearme diferentes interrogantes y desafíos y a continuar construyéndome como sujeto social y político. (Esthefanía Londoño Hernández).

- Visitar el ETCR ubicado en el municipio de Anorí me permitió conocer otra perspectiva de las historias de guerra que por años se han transmitido en el país. Historias sin rostro que han estado en el anonimato, relegando sus voces a unos cuantos, pero gracias a los acuerdos de paz esas historias pueden adoptar los rostros de esos hombres y mujeres que vivieron la guerra y que ya no quieren estar más ahí, que hoy por hoy dejan a un lado las armas y se llenan de valentía y voluntad para aportar a una paz duradera, pese a los obstáculos que les ha puesto una sociedad herida que no está dispuesta a perdonar, truncando los nuevos caminos que ellos quieren andar. Fue así como esta experiencia me permitió ampliar el panorama frente a los retos que no solo tiene el país, sino que tenemos los docentes respecto a la formación política, ética y estética de los niños y niña, para poder soñar con una paz perdurable y un país promisorio. (Angie Sorany Guzmán Salazar). 🍷





Fotografía: Santiago Rodríguez Álvarez (2018)

una perspectiva histórica, posibilitaron las diversas construcciones mediante las cuales se posicionaron hombres y mujeres militantes en relación a lo masculino y lo femenino, en las que dichas construcciones de identidad tienen lugar en la relación que establecieron desde la infancia con las vivencias dadas dentro de la organización FARC-EP.

Entonces, indagar por las construcciones de identidad de género, en esta población en específico, nos permite reconocer y ratificar la singularidad del sujeto a la hora de constituirse, además de evidenciar el papel formativo

de los factores sociales y culturales, pues es en este caso el escenario de la guerra el que influye en el posicionamiento frente a la masculinidad o feminidad, el cual rompe con los estereotipos establecidos socialmente. Por ende, dichas subjetividades necesitan un espacio donde el reconocimiento de sí mismas, y de los otros, les permita ahora, en tiempos de caminos hacia la paz, posicionarse como sujetos políticos desde su identidad y desde sus memorias, dando lugar a esas voces que han sido silenciadas durante años, a la experiencia misma de los cuerpos protagonistas de esta historia y a las narraciones que aún no han sido contadas.

De esta manera, el compartir un mismo espacio donde confluyen todos esos sentires, nos permitió ampliar la perspectiva de nuestro ejercicio docente y evidenciar la potencia de los espacios dialógicos de la comunidad, encontrando redes sociales de apoyo entre los integrantes mediante el trabajo mancomunado e interdisciplinar, incluso con agentes externos a su misma comunidad. Son sus proyectos el reflejo de los trazos hacia nuevos caminos, cuyos inicios datan en aquel controversial Acuerdo de Paz, y cuyos pilares se han fundamentado en un porvenir totalmente diferente al que alguna vez hubiesen imaginado, construyendo en conjunto con otras comunidades proyectos autosostenibles que les permiten decir definitivamente adiós a las armas.

Y es ese adiós el que todo un país ha esperado por más de 50 años y que, quién lo creyera, hombres y mujeres combatientes en las filas de las antiguas FARC-EP también han esperado, e incluso han perecido en aquella espera. Allí, tanto hombres y mujeres han estado en el fulgor de un combate, en la angustia de un bombardeo y en la incertidumbre de existir en una tierra que jamás fue propia, y ahora, justo ahora, que pueden conciliar un sueño tranquilo somos nosotras quienes tenemos la oportunidad de acercarnos a un sin fin de historias que no han sido contadas, de conocer unas vidas que no sabíamos que existían, de llegar a un hogar, su hogar.

Allí precisamente se encuentra la esencia de este ejercicio desde el campo de la educación y la pedagogía, pues el acercamiento a esos sentires y a esos hogares nos permitió vislumbrar realidades presentes en el contexto colombiano y que, innegablemente, llegan a las escuelas y están presentes en todos los procesos de enseñanza y aprendizaje. Así pues, mediante la experiencia vivida en el ETCR de Anorí, encontramos elementos claves para nuestra investigación en cuanto a las posibles formas de ser y estar en la comunidad fariana, evidenciando diversos roles tanto en hombres como en mujeres, pues ambos han desempeñado labores de fuerza, han estado en el combate y han realizado tareas que, históricamente, han sido delegadas a las mujeres, tales como la cocción de

los alimentos y el cuidado de los otros, lo cual nos permitió observar ciertos indicios de las dinámicas presentes en la comunidad.

En este sentido, podríamos decir que las masculinidades y las feminidades en el grupo no determinan el rol y las funciones que cumplen allí, puesto que, partiendo del principio del trabajo mancomunado desde el cual plantean sus proyectos, la cooperación, la comunicación y la ayuda mutua son los pilares fundamentales de la comunidad, por lo que la identificación en torno al género que ellas y ellos han construido no es determinante en su accionar, lo cual se evidencia en las mujeres que han sido escoltas y en los hombres que han realizado labores domésticas.

Sin embargo, las relaciones de poder y la jerarquización del grupo muestran cierta inclinación hacia lo masculino, pues son los hombres quienes predominan en el mando de cada frente, y son los encargados del orden de la comunidad que tienen bajo su mando. En este sentido, se hace evidente la incidencia de las dinámicas sociales desde las cuales el país se ha constituido en un sistema patriarcal y que no son solo propias de las ciudades, sino que también han llegado a las comunidades que por años no estuvieron ancladas a la vida civil, y son dinámicas en las cuales la figura masculina es el reflejo del orden, del poder y la organización en diversos espacios, mientras que a la mujer le son asignadas labores de atención y cuidado, es

decir que dentro del contexto bélico aunque se le han asignado labores que por tradición se consideran masculinas, siguen bajo el poder que otorga el posicionamiento masculino.

Son las consideraciones anteriores, tan solo, los primeros indicios de las estructuras formadas en cuanto a la identidad de género dentro de la organización, aún nos queda mucho más por descubrir, pues las identidades transversalizan la existencia del sujeto y se remontan a su experiencia, la cual tiene lugar en la memoria, y es justo allí donde está nuestro trabajo, en reconocer y darle un lugar a la singularidad de los recuerdos de cada uno y una de los excombatientes, con el fin, como plantea Jelin (2001)²⁸, de activar el pasado en el presente [...] lo que define la identidad personal y la continuidad de sí mismo en el tiempo (p. 19). Asimismo, el poder recuperar todas estas voces y memorias, potencia la praxis educativa y pedagógica, pues enriquece la pluralidad de las formas de ser y estar en el mundo, reconociendo además, las particularidades y la esencia que este contexto en particular ha dejado en cada uno de los sujetos, que desde distintas posturas y funcionalidades participó de las filas de lo que fue FARC.

Seguimos entonces en este camino, donde desde la cercanía con este ETCR en particular o desde

²⁸ Jelin, E. (2001). ¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias? En *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI de España Editores, pp. 17-38.



Fotografía: Tototraveler



otras instancias, nos quedamos con el corazón lleno de esperanza, comprometidas con el reconocimiento de sus voces, de sus rostros y de sus capacidades y con la firme certeza de que en un futuro cercano seamos aún más los que apostemos a la paz, a la vida en comunidad, esa que la comunidad fariana tiene tan clara y tan presente en sus principios. Desde lo personal y lo profesional, la experiencia cargó de sentires nuestro cuerpo, sentires que nos impulsan a seguir caminando la experiencia de ser maestras, de transmitir a cada uno de los niños y niñas, con quien tengamos un encuentro, la sensibilidad ante el otro, ante ese otro que desde su pluralidad tiene mucho por ofrecer y que cada uno de nosotros como seres en constante construcción y deconstrucción no podemos dejar de conocer. 🍷

Claves pedagógicas y políticas para la construcción de paz



Lizeth Correa
Vannesa Monsalve
Johana Morales
Angie Guzmán
Jennifer Taborda
María Adelaida González
María Cristina Rengifo
William Estrada
Hugo Buitrago
Irene Piedrahita
Deicy Hurtado
Natalia Maya Llano
Diana Carolina Giraldo
Mary Luz Marín
Jaime Saldarriaga

El presente ejercicio de sistematización profundiza en los aprendizajes obtenidos por un grupo de docentes y estudiantes de la Universidad de Antioquia durante el proceso Aula Taller realizado en el Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR), ubicado en la vereda La Plancha del municipio de Anorí (Antioquia – Colombia), como aporte al proceso de reincorporación social y política de la comunidad fariana. Estos aprendizajes se nombran como *Claves pedagógicas y políticas*, entendidas como elementos estructurantes de prácticas sociales y educativas contextualizadas y que contribuyen tanto a su comprensión como al desarrollo de su potencial transformador. Se trata de un mecanismo priorizado por una práctica pedagógica²⁹ para producir un efecto transformador en los sujetos. La clave pedagógica se configura en la interacción entre institución, sujeto y saber pedagógico

²⁹ “La noción de práctica pedagógica comprende: los modelos pedagógicos, tanto teóricos como prácticos, utilizados en los diferentes niveles de enseñanza; una pluralidad de conceptos pertenecientes a campos heterogéneos de conocimientos, retomados y aplicados por la pedagogía; las formas de funcionamiento de los discursos en las instituciones educativas donde se realizan las prácticas pedagógicas; y las características sociales adquiridas por la práctica pedagógica, en las instituciones educativas, de una sociedad dada, que asignan unas funciones a los sujetos de esa práctica” (Zuluaga, 1999, p. 17).

(Zuluaga, 1999, p. 17). Las claves pedagógicas responden más a la contingencia, se extraen de la reflexión sobre la acción y sirven para la acción, son consecuencia de la reflexión sobre la experiencia, y comportan nociones éticas, políticas y pedagógicas (Corporación Región, 2009).

A continuación se proponen algunas claves político-pedagógicas leídas a partir de las experiencias de encuentro intersubjetivo, del diálogo intercultural y de la reflexión política entre docentes, estudiantes universitarios y miembros de la comunidad fariana de La Plancha. La selección de estas claves ha salido de los testimonios de los miembros del Aula Taller, y han sido cuidadosamente recogidos en un ejercicio colectivo.

1. Pedagogía y construcción de paz

En el modelo liberador, por el contrario, la tarea educativa se sustenta en la idea de que tanto educador como educando saben y aprenden a la vez que enseñan (aunque Freire no es un pedagogo libertario o espontaneísta, y piensa que los papeles de educadores y educandos no se pueden identificar). La enseñanza se entiende como una actividad problematizadora, crítica e investigativa, que tiene por objeto desvelar la realidad para poder situarnos todos (no solo los educandos, también los educadores) de una manera más lúcida y crítica en nuestro mundo. En el modelo liberador, los contenidos programáticos de la educación son abiertos y no formalistas y están sometidos a un debate democrático de cara a su selección y tratamiento. (González- Monteagudo, 2007, p. 56).

Hay en juego en esta experiencia muchas apuestas metodológicas y pedagógicas válidas, no obstante, el Aula Taller hace una apuesta por cuatro principios pedagógicos que considera esenciales para adelantar este tipo de experiencias: descolonizar la educación, desandando la guerra caminando la paz, encuentro y diálogo de saberes, y memoria y territorio.

LA CLAVE
PEDAGÓGICA SE
CONFIGURA EN
LA INTERACCIÓN
ENTRE INSTITUCIÓN,
SUJETO Y SABER
PEDAGÓGICO



Fotografía: Karen Sánchez (2018)

Descolonizar la educación

De las muchas formas del ejercicio del poder y de la dominación (del pensamiento, de las formas del saber y qué saber, lo que se valida o no como tal y que en últimas explica las formas de actuar, entre otros), la visión hegemónica y colonialista del mundo ha sido la constante en diferentes escenarios sociales y formativos, desde los cuales se asume y se impone una perspectiva unívoca de las distintas formas de la vida social, comunitaria, cultural, económica y política. Es decir, el pensamiento occidental y las formas de actuar que lo validan como lo admitido, lo autorizado, lo legal, lo legítimo, en menoscabo de las múltiples posibilidades comunitarias y de sus potencialidades.

Por ello resulta definitivo, en la creación de escenarios esenciales para la construcción de una paz vinculante, anteponer a esta perspectiva:

La posibilidad de una concepción intercultural de los derechos humanos, que incluya una crítica radical del imperialismo cultural y cree una posibilidad de resistencia y de alternativas contrahegemónicas. El objetivo es doble: establecer una nueva relación de equilibrio dinámico entre el principio de igualdad y el principio de reconocimiento de la diferencia; y mostrar el potencial de la traducción intercultural para crear alianzas basadas en la idea de que la comprensión

del mundo es mucho más amplia que la comprensión occidental del mundo y que la emancipación social debe ser repensada con la misma amplitud. (De Sousa Santos, 2010, pág. 9).

Vencer el pensamiento hegemónico, dominador, domesticador, implica sobre todo ser capaces de reconocerlo como tal, es decir, que todos los sujetos inmersos en procesos formativos tengan plena conciencia de la necesidad de superar su lógica vertical que desconoce las posibilidades del otro, y en la que unos pocos saben y los otros simplemente aprenden o tratan de aprender. Cuando se alude a todos los sujetos inmersos en procesos educativos, también se alude a la Universidad y a sus posturas hegemónicas, pues, tal y como lo plantea De Sousa Santos:

La dificultad de imaginar la alternativa al colonialismo reside en que el colonialismo interno no es solo ni principalmente una política de Estado, como sucedía durante el colonialismo de ocupación extranjera; es una gramática social muy vasta que atraviesa la sociabilidad, el espacio público y el espacio privado, la cultura, las mentalidades y las subjetividades. Es, en resumen, un modo de vivir y convivir muchas veces compartido por quienes se benefician de él y por los que lo

sufren. Para esta vertiente de la tradición crítica la lucha anticapitalista tiene que ser conducida de modo paralelo a la lucha anticolonialista. La dominación de clase y la dominación étnico-racial se alimentan mutuamente, por tanto, la lucha por la igualdad no puede estar separada de la lucha por el reconocimiento de la diferencia. (2010, p. 15).

Desandando la guerra, caminado la paz

*“Lo más terrible se aprende enseguida
y lo hermoso nos cuesta la vida”³⁰*

Silvio Rodríguez.

Es necesario desaprender aquello que se aprendió con tanta rapidez y facilidad (la violencia en ese sentido es un enorme dispositivo pedagógico), y aprender los asuntos antepuestos a esta violencia, que sin duda implica esfuerzos tremendos pero hermosos, y en ello tal vez se vaya la vida de varias generaciones de colombianos.

La guerra, como hecho atroz, dispone de la violencia, con todas sus manifestaciones de crueldad y de dolor, como mecanismo de imposición comportamental y de visión del mundo en los diferentes ámbitos de la vida individual y social. En el contexto colombiano, el conflicto armado interno

³⁰ Fragmento de la letra de la canción del cantautor cubano Silvio Rodríguez, “Canción del elegido”.

introyectó como aprendizajes contundentes la apatía por la participación efectiva; la violencia como mecanismo de solución de conflictos; la estigmatización y la exclusión de las diferencias culturales, sociales, regionales, económicas y políticas; la idea de que el orden económico y social establecido es el adecuado, el mejor, el único válido y por lo tanto inamovible, en fin, unas formas específicas del pensamiento y de la acción cotidiana de los sujetos, contrarias a las requeridas para la convivencia social y comunitaria en paz.

En esa dirección hay que desaprender, desandar los aprendizajes de la guerra y aprender aquellos mínimos de la paz, caminando la paz, así en gerundio, lo cual invita a un proceso continuo en el que tal vez se vaya la vida entera aprendiendo desde la acción cotidiana a participar, a debatir, a conocer, a respetar y a reconocer las diferencias, a comprender que los conflictos son parte constitutiva del ser humano, y por supuesto de la vida en sociedad y comunidad. Aprender a tramitar y transformar desde las acciones cotidianas en las que la violencia no es necesaria; construir nuevas formas de relacionamiento social basadas en el respeto por la dignidad humana, atravesadas por una estética de la vida.

Por ello, en procesos de acompañamiento y de construcción colectiva de diferentes aprendizajes, la Universidad, desde sus apuestas y esfuerzos, ha de garantizar que en sus perspectivas

metodológicas estos aspectos sean evidentes en cada una de sus acciones, que sean centrales para la construcción de la paz en los territorios, no solo como conceptos sino como acciones vivenciales, cotidianas y permanentes, en las que también se tiene el enorme reto de construirse coherentemente en la acción y en la reflexión.

Encuentro y diálogo de saberes

Parte del reconocimiento de que todo saber, tanto conceptual como experiencial, es insuficiente, y por lo tanto implica un reconocimiento del otro. Así, el diálogo con ese otro, acerca a los distintos saberes como a quienes los expresan, y exige que unos y otros estén conscientes de sus capacidades y limitaciones. En este sentido, la actividad no se plantea como un intento de sustituir una concepción por otra, sino como la posibilidad de aprender de los dos o más saberes, para crear una coexistencia interrelacionada entre ellos, a fin de concebir las respuestas en el contexto de la realidad.

En la ecología de los saberes, los conocimientos interactúan, se entre-cruzan y, por tanto, también lo hacen las ignorancias. Tal y como allí no hay unidad de conocimientos, tampoco hay unidad de ignorancia. Las formas de ignorancia son tan heterogéneas e interdependientes como las formas de

conocimiento. Dada esta interdependencia, el aprender determinadas formas de conocimiento puede implicar olvidar otras y, en última instancia, convertirse en ignorantes de las mismas. En otras palabras, en la ecología de saberes la ignorancia no es necesariamente el estado original o el punto de partida. Este podría ser un punto de llegada. Podría ser el resultado del olvido o del olvidar implícito en el proceso de aprendizaje recíproco. Así, en un proceso de aprendizaje gobernado por la ecología de saberes, es crucial comparar el conocimiento que está siendo aprendido con el conocimiento que por lo tanto está siendo olvidado o desaprendido. La ignorancia es solo una condición descalificadora cuando lo que está siendo aprendido tiene más valor que lo que está siendo olvidado. La utopía del interconocimiento es aprender otros conocimientos sin olvidar el de uno mismo. Esta es la idea de prudencia que subsiste bajo la ecología de los saberes". (De Sousa, 2010, p. 52).

La Universidad ha de comenzar por asumir a las comunidades y a las personas con las que interactúa como sujetos que piensan, como seres reflexivos y críticos que no se resignan a la interpretación o lectura de su quehacer, sino que son capaces de proponer alternativas de trabajo (que

COBRA ESPECIAL VALOR CONSTRUIR Y CONSOLIDAR LAS COMUNIDADES DIALÓGICAS DE LO TEÓRICO Y LO PRÁCTICO

pueden o no partir de teorías), que su experiencia y compromiso con su función social son valiosas y determinantes para sus contextos, que no son simplemente repetidores de contenidos y saberes descontextualizados, sino que son sujetos políticos y sociales capaces de transformar realidades.

En esa dirección, hablar de formación en escenarios sociales ayuda a configurar aspectos dinamizadores que propician, en todos los sujetos que forman parte del proceso (incluidos los universitarios), prácticas democráticas y participativas. De este modo, se amplía su perspectiva y su papel en el mundo, en tanto se abren caminos de comprensión, expresión, imaginación, conciencia crítica y, sobre todo, caminos propositivos que representen la posibilidad real de involucrarse en procesos de transformación positiva de los contextos. Aquí cobra especial valor construir y consolidar las comunidades dialógicas de lo teórico y lo práctico, en tanto escenario vital para la reflexión permanente y la construcción colectiva de alternativas que coadyuven a la construcción de escenarios territoriales de paz.

2. Formación política para la transición a la vida civil

Formar sujetos capaces de participar en la construcción de formas de vida al margen de la violencia significa, precisamente asumir la posibilidad de la creación e institución de nuevas realidades diferentes a las de la guerra y la destrucción, la pobreza y la exclusión; significa también tomar una posición crítica y reflexiva para comprender el mundo de la vida y a los sujetos en él. (Alvarado, 2014, p. 39).

Uno de los retos del espacio del Aula Taller, en el ETCR de La Plancha, consistió en la generación de contenidos pedagógicos para la formación y reflexión política con las diferentes personas que participaron de los escenarios de discusión, bien fueran profesores o estudiantes universitarios, miembros de la Fuerza Alternativa del Común (FARC) o habitantes de las veredas cercanas. La pregunta transversal de este espacio giró en torno a cómo generar procesos de formación política en el marco del contexto de transición desatado tanto por la negociación como por la implementación del Acuerdo de Paz. Estos procesos, al estar en marcha, están atravesados por contingencias, incertidumbres y coyunturas locales y nacionales que inevitablemente incidieron en las

acciones tanto de los miembros de la Fuerza Alternativa como del equipo de trabajo de la Universidad de Antioquia.

Otra clave importante consistió en la activación de las experiencias políticas que tienen los miembros de la Fuerza Alternativa. Dicha activación, a través de la conversación y de los encuentros en espacios formales e informales suscitados en el trabajo de campo, permitió que el proceso fuera acorde con las maneras en las que los participantes del Aula Taller experimentan su formación política. En ese sentido, un elemento importante consiste en reconocer los aprendizajes políticos previos con los que llegan los sujetos a este tipo de espacios. Así que el reto de un equipo mediador, como el de la UdeA estaría en potenciar esos aprendizajes previos para contribuir a la formación de sujetos políticos en escenarios de transición, los cuales aporten a la construcción de paz desde sus territorios.

Espacios como el Aula Taller también deben procurar lecturas en clave de poder, es decir, de comprensión de las relaciones sociales y sus jerarquías, en aras de adaptar las formas de trabajo, y de construir puentes entre los distintos sujetos que convergen en los espacios formativos. En este contexto, es importante reconocer que las jerarquías no solo hacen parte del mundo académico, sino también de los procesos comunitarios y sociales en los que trabajamos, sobre todo cuando



Fotografía: Juan David Alzate (2018)

el poder de la autoridad y de las armas se ha sobrepuesto al poder de la palabra y de la convicción. Es por eso que reconocerse desde el lugar de enunciación de cada quien es una posibilidad de potenciar la reflexividad sobre estas relaciones, e intentar vislumbrar otras formas de interacción cada vez más respetuosas del otro y de las diferencias que nos habitan como sujetos.

Pedagógica y políticamente, la experiencia planteó otro desafío: ¿cómo explicar el Estado a unos actores que durante décadas habían estado por fuera de la comunidad política hegemónica,

que lo han combatido con armas, pero que en los años recientes asumieron el reto de la transición política para aportar en la construcción de la paz? ¿Cómo hacerlo sin apelar al lenguaje del amigo/enemigo, sino entenderlo como un campo en disputa? Podría decirse que el Aula Taller aportó insumos para ello, entendiendo que los procesos de construcción del Estado y las disputas que allí se escenifican están estrechamente relacionados con la participación como una herramienta emancipatoria, y la resistencia ha sido y es una manera de transformarlo. En este sentido, uno de los

participantes del Aula Taller manifestó claramente que en el horizonte de esta nueva fuerza política no ha desaparecido su pretensión de conquistar el poder cuando dijo: “esperamos que cuando nos tomemos el poder, no hagamos lo mismo”. Esto se relaciona con la idea de la participación como una capacidad de exigir, como voluntad de poder y de transformación de las condiciones políticas en los ámbitos local, regional y nacional.

Incentivar la participación y la capacidad de exigir como dos facetas necesarias de la resistencia, llevó también a la reflexión sobre la proyección: ¿cómo participar con otros y con las comunidades cercanas? Acá un elemento fundamental consistió en el análisis conjunto del partido político FARC como escenario de representación, pero también emergió la necesidad de incentivar procesos comunitarios y autónomos desde las prácticas cotidianas de quienes confluieron en el espacio del Aula Taller. Un ejemplo de ello fue el apoyo ofrecido por comités a los diferentes sujetos, quienes coincidían en estas por intereses particulares. Así pues, el trabajo desde los comités de género, procesos productivos, salud y cuidado, arte, recreación y deporte, fueron espacios importantes para reconocer las experiencias previas y para ver cómo era aquello de construir “un Estado dentro del Estado”, un orden social y político. Además, permitió que emergieran nuevas formas para organizar el trabajo en común y las dificultades que

enfrentan; pero sobre todo salieron a flote las subjetividades de quienes asistían a estos espacios, y desde allí pensar en la necesidad de fortalecer otras formas de participación y de relacionamiento entre los miembros de la comunidad fariana, y de ellos con las comunidades cercanas.

3. Contingencia, coyuntura y vida cotidiana

Somers anuncia que la pieza clave de su perspectiva es la idea de que la explicación histórica es contingente sobre una secuencia impredecible de estados antecedentes donde los cambios en la secuencia podrían alterar los resultados. (Torres, 2018, p. 35).

Entendida como el momento histórico que sucede a otro momento histórico y que da lugar a otro momento histórico. Es a través de esa secuencia donde podemos entender las dinámicas complejas y multidireccionales que pueden asumir los fenómenos sociales, entre ellos los procesos de constitución de los sujetos sociales, ya que son los espacios desde donde actúan y reaccionan éstos. (Zemelman, 2003, p.4).

Esta pregunta por los procesos de formación política, en medio de la contingencia, generó dificultades a la hora de realizar las actividades

formativas y de reflexividad política que se habían diseñado, pero también potenciaron la realización de otras actividades y el abordaje de temáticas relacionadas con lo político que no habían sido planificadas en el diseño de los encuentros. Por ejemplo, las coyunturas electorales de 2018, y la manera en las que fueron vividas por los integrantes del ETCR, cambiaron notoriamente el clima político en el espacio, generaron preguntas sobre el procedimiento político de las elecciones, y sobre el papel que todos los participantes de este proceso formativo tenemos en la creación de condiciones de posibilidad para que una nueva fuerza política pueda entrar en la escena electoral. Esto también obligó a mirar de cerca los resultados electorales para intentar que la incertidumbre y la desazón, generadas en ellos, pudieran ser contrastadas con elementos de análisis que permitirían instalar la esperanza: la presencia histórica de fuerzas alternativas, de centro y de izquierda, que defienden la paz y se han comprometido a seguir aportando en su construcción.

Por ello, una clave para trabajar en medio de la contingencia consiste en la flexibilidad a la hora de generar los contenidos de los encuentros, los cuales están basados en una lectura preliminar del contexto, pero que deben adaptarse a las necesidades de la población y a las coyunturas políticas que inciden en los territorios. En efecto, cada encuentro del Aula Taller estuvo marcado por la

concertación de espacios y momentos para su realización, el diseño colaborativo de las actividades y de los temas propuestos que le permitió al equipo de la UdeA imaginar, soñar con lo que podríamos aprender y enseñar en ese diálogo de saberes propuesto. Pero, sobre todo, los encuentros tenían que estar basados en la flexibilidad, pues era esta la que permitía realizar ajustes sin generar traumas y sin que violentara las perspectivas de quienes participaban, fueran profesores, estudiantes o miembros de la comunidad fariana.

Ahora bien, la flexibilidad no podía implicar improvisación o irresponsabilidad. En todo momento se acompañó al equipo para que cada uno se dejara convencer de que su propuesta podía enriquecerse con los aportes de estudiantes y profesionales de otras áreas del conocimiento, los cuales, una vez llegados al territorio, darían *un nuevo giro a la tuerca* para poder darle lugar a un proceso de enseñanza y aprendizaje significativos. Por eso decimos que la flexibilidad no podía reñir con un diseño riguroso, con una planificación clara de las actividades a realizar, ni con la auto-asignación de responsabilidades; y esto es importante en este tipo de procesos, pues aun cuando lo frecuente consiste en que dichas planeaciones no se lleven a cabo tal cual se concibieron, la imaginación previa de un espacio se constituye en un ejercicio de respeto por unos sujetos que esperan hacer parte de unas actividades que les permitiera aprender y

enseñar.³¹ Así pues, en clave pedagógica, los momentos de planeación, de ejecución, y la reflexión posterior de aquello que se aprende en los espacios de conversación, son asuntos fundamentales para sistematizar y documentar en los espacios formativos de este tipo.

Un reto de los procesos de formación política no solo en contextos de transición o de post-acuerdo, sino también en contextos de desposesión de derechos, en los que resolver la vida de los sujetos es fundamental, es procurar que estos no vayan en contravía de las actividades cotidianas. Es decir, las propuestas deben estructurarse de tal manera que mientras se incentiva el trabajo colectivo y se fortalecen las capacidades políticas, se desarrollen también las actividades económicas y productivas que cotidianamente realizan las personas para resolver sus necesidades. Se trata de entender las dinámicas cotidianas de las comunidades y, en esa vía, generar dispositivos pedagógicos intencionados a los espacios productivos, culturales, organizativos, así como a las experiencias políticas que se llevan a cabo en las comunidades rurales. Así pues, espacios como la huerta, el taller de confecciones, la cafetería, las fiestas de la vereda, los torneos deportivos, son escenarios importantes para incluirlos dentro de las actividades

³¹ Esta es una de las propuestas pedagógicas defendidas por Pierre Bourdieu en una de sus conferencias inaugurales en seminarios de investigación. Para él, no puede confundirse el rigor con la rigidez.

LAS PROPUESTAS DEBEN ESTRUCTURARSE DE TAL MANERA QUE MIENTRAS SE INCENTIVA EL TRABAJO COLECTIVO Y SE FORTALECEN LAS CAPACIDADES POLÍTICAS, SE DESARROLLEN TAMBIÉN LAS ACTIVIDADES ECONÓMICAS Y PRODUCTIVAS QUE COTIDIANAMENTE REALIZAN LAS PERSONAS PARA RESOLVER SUS NECESIDADES.

formativas. El trabajo, por ende, debe ser creativo para incluir estos espacios sin interferir en las dinámicas propias.

La Tertulia política *Botando corriente por la resistencia*, nombrada así por la comunidad fariana, fue un espacio de encuentro importante para proponer reflexiones políticas de modo colectivo, porque se conectó con una experiencia previa de los integrantes del Espacio que dedicaban algunas horas de la noche a estudiar y dialogar, pero el Aula Taller, en primera instancia, debe diseñar actividades que puedan realizarse en los espacios cotidianos –de ocio, económicos, sociales, familiares y hasta veredales–, para luego vincularlos a los escenarios de discusión ampliados o colectivos.



Fotografía: Karen Sánchez (2018)

4. Territorio, territorialización y territorialidades de conocimiento

La ciencia, como otros saberes, produce conocimientos en estrecha relación con contextos culturales y geohistóricos específicos, planteamiento muy relacionado con la reivindicación de lo que se ha dado en llamar “conocimientos locales”, “conocimientos indígenas”, “conocimientos situados” o “in-corporados” en los discursos de la etnografía, la geografía de género y los estudios sociales de la ciencia. (Piazini, p. 8, 2010).

La experiencia pedagógica Aula Taller, como aporte político y pedagógico a la transición a la vida civil de la comunidad fariana de La Plancha (Anorí-Antioquia), se creó en articulación y apoyo del proceso de fortalecimiento de la regionalización de la Universidad de Antioquia. Tiene como punto de partida conceptual la resignificación de los conceptos de *territorio* y *territorialización*, a partir del *Modelo Colaborativo de Educación Superior Rural*. Por su

misión institucional, la apuesta por la regionalización en la Universidad de Antioquia fue ratificada en el Plan de Desarrollo Institucional 2017-2027, y postulada como uno de los principios que lo rigen, así:

Por su origen, su naturaleza jurídica y su tradición, la Universidad tiene una vocación regional: desarrolla el conocimiento y contribuye a la articulación de Antioquia con los procesos de construcción nacional y con los desarrollos de la ciencia, la tecnología y la cultura en los demás pueblos del mundo. (Principios, art. 24).

De la misma manera, los enfoques que la Universidad asume, consecuente con su lectura acerca de los cambios y retos del mundo contemporáneo, demandan como respuesta que sus procesos de regionalización se fortalezcan en cuanto a los enfoques participativo, diferencial y territorial. El territorio, según Jolly (2012):

Se analiza en la ciencia política como un construido social, es decir, como el resultado de un intento hecho por un individuo o un grupo de afectar, influenciar o *regir a unas personas, fenómenos o relaciones, delimitando y controlando un área geográfica* (cursiva del autor).

LA TERRITORIALIZACIÓN LA ENTENDEMOS COMO EL TERRITORIO SOCIALMENTE ORGANIZADO

[...] Geógrafos colombianos como Montañez y Delgado (1998: 122-123) sintetizan lo anterior indicando, en sustancia, que el territorio es reconocido como un espacio de poder y de dominio de distintos sectores, que incluyen al Estado, a los individuos, a distintos grupos y organizaciones, e incluso, a empresas multinacionales. (Jolly, 2012, p. 3).

Por tanto, el territorio es una producción humana sobre un espacio o una materia (incluida la humana), lo que le da una impronta de ser una construcción histórica y cultural. De la misma manera, Jolly (2012), en concordancia con, Monnet propone la categoría de *territorialidad* como:

Un valor o un sistema de valores que unos actores sociales le asignan a un territorio determinado, y aún como el ‘sentimiento de pertenencia’ a aquel” (cursivas del autor). Pasar de territorio a territorialidad, concluye Monnet, significa entonces pasar “de un área u objeto material, a un valor fundamentado en la subjetividad humana”. (Jolly, 2012 p. 3).

Esta mirada crítica sobre el territorio y los sujetos implicados en su dinamización y transformación es a lo que aquí llamamos *territorialización*:

Para Monnet (2010: 93), la territorialización se refiere a la acción humana que se soporta sobre un sistema de valores para producir el territorio”. Como proceso es condicionado por la territorialidad, es decir, por los valores a partir de los cuales es asumido el territorio y por éste último como espacio material de la acción. (...) la territorialización actualiza los valores y produce el territorio. (Jolly, 2012, p.7).

Por tanto, la *territorialización* la entendemos como el territorio socialmente organizado, que constituye la base física y psíquica del desarrollo. Es “un sistema adaptativo complejo, dinámico, disipativo y autopoietico” (Boisier, 2002, p. 25). La *territorialización* es la dinámica de creación que un territorio y sus actores producen desde su propia cosmovisión, sus valores y sus saberes.

En consecuencia, al asumirse la perspectiva de la *territorialización* se desborda la posibilidad de enmarcar la propuesta educativa de la Universidad en modelos únicos y, por consiguiente, reclama la necesidad de reconocer dicha propuesta en su intención de articular capacidades y dinámicas diversas en una perspectiva transformativa del territorio, desde principios de democracia y

equidad, así como de pertinencia con lo particular que, para el caso de la regionalización, está asociado a lo propio de los territorios, a sus saberes, recursos, paisaje y las potencialidades con las que cuenta para su desarrollo, es decir, su desarrollo endógeno. En este sentido:

Se asocia al desarrollo endógeno con la capacidad de una comunidad local para utilizar el potencial de desarrollo existente en el territorio y dar respuesta a los desafíos que se le plantean en un momento histórico determinado, claramente en la actualidad debido a los importantes cambios que el proceso de globalización está produciendo en la división espacial del trabajo. Esta visión implica una valoración positiva, frecuentemente optimista, del papel que juega el potencial de desarrollo existente en todo tipo de territorios, que permitiría a las comunidades locales dar la respuesta productiva adecuada y satisfacer las necesidades de la población. (Vázquez Barquero, 1988, Albuquerque, 2001^a, p. 188).

En síntesis, el proceso de *territorialización* (Anorí), apostó por el desarrollo endógeno de la comunidad fariana de La Plancha, vista así como una comunidad académica articulada al territorio, a sus actores, sus valores, cosmovisión y saberes. Esto implicó un proceso de diálogo, negociación,



auto-creación y co-creación en la confluencia entre comunidades hermenéuticas.

Esta apuesta de la Universidad orienta el proceso de regionalización hacia el diálogo y la traducción intercultural (Santos, 2010), en la relación continua entre los actores locales, sus saberes, necesidades, intereses y aspiraciones, desde una mirada articuladora que amplíe y fortalezca el mundo global con el mundo local.

Consecuentemente, como proceso de territorialización, el Aula Taller partió de considerar a la comunidad fariana como una comunidad hermenéutica, situada en un territorio transitorio, por lo que el proceso de territorialización fue vivido un como fortalecimiento comunitario a partir del reconocimiento y potenciación de saberes (diálogo y traducción intercultural). Esta colectividad, de modo paradójico, se ha fortalecido en un espacio físico que no es propio, pero que le permite poner sus saberes como motor de la transición a la vida civil. Sin embargo, no es fácil para una comunidad que ha sido históricamente nómada reordenarse y resignificarse en un territorio que también es temporal.

Por tanto, el esfuerzo del Aula Taller se puso en darle visibilidad y viabilidad a saberes aprendidos para el servicio de los territorios por los que transitaron y que hoy pueden ser útiles para la supervivencia en el proceso de reincorporación: salud, con prácticas de medicina, enfermería,

odontología; saneamiento ambiental para la atención de las comunidades por las que se transitaba en los tiempos de guerra; producción de bienes para la subsistencia y el mercadeo como soporte económico para mantenerse como colectividad, y producciones artísticas y culturales.

Desde el proyecto Modelo Colaborativo, la Universidad aportó también en la gestión con otras instituciones de educación superior (en alianza) para que otros saberes técnicos y laborales, necesarios para la productividad y la supervivencia económica en el proceso de transición, pudieran ser aprovechados, no solo por la comunidad fariana sino por las comunidades campesinas del entorno de La Plancha, las cuales siempre estuvieron por fuera de posibilidades de acceso a la educación superior en todas sus modalidades. De esta manera, la Universidad se convierte en un eje generador de rutas de tránsito a la vida civil y también de llegada de la educación superior a la ruralidad, todo esto desde el derecho a la educación.

5. Comunidad y autoridad

Un rasgo común del sentido de la categoría comunidad desde el momento de la emergencia en el campo de los estudios sociales contemporáneos y el que en la actualidad enarbolan los movimientos sociales y los

intelectuales indígenas desde América Latina, ha sido su radical oposición al capitalismo. Sea como modo de vida, como vínculo, como ethos o como utopía, comunidad aparece como incompatible con la racionalidad, con las relaciones, con la ética y con el proyecto capitalista. (Torres, 2014, p.199).

Un ETCR (Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación) como el de La Plancha, es un escenario transicional que permitió ver cómo en los procesos organizativos y colectivos se vive esa relación paradójica entre dependencia y autonomía, entre disciplinamientos impuestos y procesos de autorregulación. El reto consiste en seguir fortaleciendo el sentido de lo colectivo y de lo común, a la par que se generan capacidades políticas basadas en la autonomía, sobre todo cuando se trata de sujetos que han estructurado su proyecto político y de vida a partir de la obediencia a un mando jerárquico soportado, generalmente, en la autoridad que confieren las armas, pero también en el reconocimiento de liderazgos naturales, previos a la figura del comandante de un frente, que han garantizado la protección y hasta el cuidado paternal de quienes desde muy jóvenes se enrolaron en la exguerrilla, y que tras el proceso de reincorporación han tenido que inventarse una nueva forma de liderazgo que combine la tradición y sea capaz de adaptarse a las nuevas circunstancias.



Fotografía: Juan Diego Restrepo Toro (2018)

Como equipo de trabajo, debimos reconocer que en algo más de un año de convivencia en un nuevo espacio territorial y con otras dinámicas cotidianas, era imposible pensar que las jerarquías sustentadas en lo militar hubiesen desaparecido, que ellas seguían teniendo una eficacia en la organización de la vida en común, pero también pudimos palpar que esa eficacia había empezado a resquebrajarse y que estaban experimentando otras formas de relacionamiento, tal como lo expresó una de las personas que conforman la junta directiva del Espacio: “hoy lo que estamos entrenando es una disciplina consciente, ya no obedecemos por órdenes y eso es muy complicado”. La pregunta entonces radica en la reflexión sobre qué es ser sujeto político y cómo se está reconfigurando el sujeto fariano en el marco de la transición.



Fotografía: Marilly Andrea García (2018)

6. Memoria(s)

La memoria como una dimensión de la subjetividad política hace patente que nuestros recuerdos son, en parte, tejidos por otros, ya que existimos con/por otros. Según Ricoeur, *la memoria es incorporada a la constitución de la identidad a través de la función narrativa*. Las narraciones que hacemos son posibles gracias a la memoria; mediante ella tenemos un acceso indirecto, que reactualiza (con otros) el pasado: el mío, el nuestro. De esta manera, la memoria es posicionarse, proyectarse a partir de lo que narramos con/entre nosotros. (Ruiz y Prada, 2012, p. XX).

La memoria tiene entonces un papel altamente significativo como mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia y a menudo para construir mayor confianza en sí mismos (especialmente cuando se trata de grupos oprimidos, silenciados y discriminados). (Jelin, 2001, p.97).

Memoria y territorio son dos claves pedagógicas y políticas indisolubles en la construcción de la paz. Recuperar, narrar y registrar la memoria de los hechos vividos, individuales y colectivos, por los que se ha transitado históricamente, significa

participar en el diálogo compartido, destacando las voces de quienes han sido víctimas silentes, por parte de quienes han construido, no solo la guerra sino también su historia y sus registros.

Conferirle el carácter político a la construcción de la memoria es ir tras la verdad y, al mismo tiempo, sobre los imaginarios que los actores económicos y políticos de la guerra imprimieron en los territorios y en las mentes colectivas de sus pobladores. Estructuras mentales que por un lado atomizaron las causas y efectos de los asuntos que los afectaron y, por otro, justificaron salidas violentas a los problemas o dificultades por los que han atravesado sus pobladores.

Se trata entonces de la verdad, de la experiencia vivida que recupere las voces de quienes no la han tenido, o han sido doblemente victimizados, bien por ocupar territorios ya estigmatizados por la presencia permanente de actores del conflicto armado, o bien por pronunciar sus vivencias o posturas políticas en medio de las dinámicas de la guerra. Construir la memoria de los territorios posibilita conocer y comprender las condiciones estructurales y objetivas que dispusieron escenarios fértiles para la profundización y expresión de todas las formas de guerra.

Reconocer la pluralidad cultural y respetar esas diferencias, reflexionar las problemáticas de la guerra, la responsabilidad del Estado y de los grupos armados, pensar también las múltiples historias

individuales y colectivas de quienes hallaron en la guerra su lugar en el mundo, es también construir comunidades y sujetos dispuestos al debate político y público de sus problemas y necesidades territoriales, dispuestos a dignificar sus vidas y al reclamo autónomo de sus derechos. Así, Ruiz-Vargas (2008) expresa “que cuando hoy se habla de *memoria histórica* o, mejor, se reivindica la recuperación de la memoria, lo que se está haciendo en realidad es también un alegato contra el olvido” (p. 72).

7. Narración(es) y subjetividad política

En la recuperación de lo propio y lo extraño como constituyentes de una misma historia tejida con hilos múltiples, se descubre otra de las capacidades de los sujetos que Ricoeur ha dado por llamar: ‘poder contar y poder contarse’. En las narraciones que tejemos en la vida individual y colectiva articulamos acontecimientos dispersos en una línea temporal que puede ser recorrida en múltiples direcciones. Mediante tales configuraciones desplegamos una trama para desplegar una manera de ser propia y evaluamos retrospectiva y proyectivamente nuestras vidas, las iniciativas, los planes de vida, las acciones emprendidas, las promesas. Llamamos a esta configuración *identidad narrativa*. (Ruiz y Prada, 2012).

La confianza y el acercamiento que propició el Aula Taller, permitió la creación de un grupo para conversar sobre la crianza de los hijos. En este sentido, muchas mujeres de la comunidad fariana expresaron que los acuerdos de paz no incluyeron a las mujeres madres de niños pequeños, pues los apoyos educativos solo tienen dos alternativas: la primera es tener que entregar a sus hijos al cuidado de otra persona; y la segunda es asumir los costos adicionales para que los pequeños puedan estar junto a sus madres, y esto implica que los niños no puedan acceder a su propio derecho a la educación.

Asimismo, muchas de estas mujeres relataron cómo fue su proceso de gestación y parto dentro de la guerra, el desafío colectivo de sus compañeros de lucha para protegerlas, la ayuda de los habitantes del área rural y el hecho doloroso de tener que entregar a los hijos para que otros se hicieran cargo de la crianza o los registraran a su nombre. Sin embargo, ahora, cuando el proceso de paz ha posibilitado que muchas madres se encuentren con sus hijos, se vislumbra el problema de la experiencia maternal, pues muchas madres ingresaron desde temprana edad a las filas guerrilleras y su relación con el mundo se estructuró entre armas y órdenes militares, así que lo aprendido en medio de la batalla lo reproducen de forma natural e inconsciente con sus propios hijos. Y, aunque ellas no desean prolongar esa forma de trato, todavía no cuentan con el acompañamiento

profesional necesario para cambiar esta dinámica. En sus deseos como madres está el ver a sus hijos como futuros médicos, abogados, en palabras de ellas como “personas que le sirvan al país”. Además de esto, ellas tampoco quieren que sus hijos sean parte de la guerra y por eso invitan a la sociedad en general a que las escuche, a que no las discrimine ni las juzgue, a comprender que sus hijos no son culpables de las decisiones que ellas tomaron en algún momento de sus vidas.

Por las circunstancias de la guerra, la oralidad se fortalece como vía de configuración de subjetividades políticas. Los relatos contienen los motivos éticos y políticos, los sentimientos y emociones, las creencias y argumentos que soportaron la opción, de muchas de estas mujeres, de vivir en la guerra como compromiso con su pueblo y con su liberación. Relatos de infancia y juventud, de su vida en comunidad, de su supervivencia, de sus esperanzas de llegar a un mundo más justo y humano, de ser reconocidas como luchadoras por la libertad, acompañaron todas las jornadas de reflexión e intercambio, y especialmente las caminatas por la montaña. Muchos de estos relatos se plasmaron en canciones, diarios, poemas, dibujos, pinturas y obras de teatro que hoy es posible recuperar.

Sin sumergirnos en los relatos que acompañaron la guerra y a sus actores, sin comprender sus motivos y su humanidad, se hace muy difícil reconciliarnos y construir la paz.

8. Posicionamiento y proyección

Posicionarse enlaza formas de identificación, narración y memoria. El posicionamiento se entiende como un acontecer profundamente político y relacional: nos posicionamos ante/con/por/a propósito de otros. Como acontecer profundamente político, relacional, plantarse en un lugar y tiempo permite el despliegue de nuestra subjetividad política (...) posicionarse políticamente implica autoafirmación y apertura a otros modos, otras posibilidades; tomar postura frente al mundo, ocuparlo, ganárselo, construirlo, moverse en él. (Ruiz y Prada, 2012).

Pensar la subjetividad política implica plantearse sueños realizables, horizontes de expectativas; proyectarnos como sujetos políticos, de proyectos comunes, que partan del reconocimiento de nos-otros, de las memorias. Proyectar/se es asumir la propia historia como espacio de posibilidades, es decir, implica proyección. Así, la proyección le otorga a la subjetividad política los sentidos para construir el porvenir. (Rodríguez, 2012, p.326).

Los diálogos sobre la política, en las noches de fin de semana, en torno a la fogata y *Botando corriente*, permitió ir comprendiendo el fortalecimiento

del nuevo *posicionamiento* de la comunidad fariana, desde la construcción de los acuerdos de paz de La Habana hasta el presente político materializado en la conformación del partido FARC (Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común), y el desmonte de las antiguas FARC-EP. Esta nueva construcción tuvo como punto de partida la afirmación de la inutilidad de la guerra, así como la decisión de mantenerse en la lucha política desde la palabra y por las vías pacíficas democráticas. Este nuevo posicionamiento fue nombrado por ellos como: “no somos excombatientes, somos combatientes desde la palabra”, “no hemos renunciado a la causa, seguimos luchando desde la política”, entre muchas expresiones que fueron manifestando poco a poco, y a las que el colectivo Aula Taller fue acercándose de manera atenta, comprendiendo las nuevas posturas y sentidos de la política en la marco de las instituciones públicas y de los mecanismos estatales de participación, de decisión y de acceso a las instancias legales de poder, entre ellas las de justicia y reparación: “El que quiere seguir en la guerra es porque no la ha vivido”(expresión de un miembro de FARC).

No obstante, se hizo evidente que la construcción y consolidación de un nuevo posicionamiento político pasa por la ambivalencia que genera el proceso de cumplimiento de los acuerdos de La Habana (lento e insuficiente para muchos de ellos, pero amplio y acorde a los tiempos propios de los



Fotografía: Karen Sánchez (2018)

procesos de paz, según la mirada de conocedores del tema), y la pérdida de un modo y horizonte de vida que para muchos estaba contemplado como su presente y su futuro: “Yo siempre pensé que me iba a morir en la guerra” (expresión de un miembro de FARC).

Además de posicionarse como colectivo, la proyección personal aparece como incierta ante la presencia de modos de vida pública y privada que no se conocen, en mundos con los que no se ha estado familiarizado: qué quiero ser ahora, cómo quiero mi nueva vida, con qué recursos la voy a construir, con quiénes la voy a vivir, qué seguridad tengo de que sea posible, qué debo hacer para que la vida que deseo sea posible. Estas y muchas otras preguntas fueron emergiendo, especialmente en la conversación informal con los miembros

del Aula Taller, que en forma de preocupaciones vitales fueron expresadas como incertidumbres, como consultas, como necesidades de orientación, tanto en tono de esperanza como de angustia.

Por tanto, y como clave pedagógica, afirmamos que no es posible un proceso de tránsito a la vida civil que no considere los proyectos de vida, tanto individuales como colectivos, de los antiguos combatientes, desde especificidades y necesidades personales. Y en esto el Aula Taller y sus miembros han tenido un aporte fundamental. Además, es necesario resaltar que el Aula Taller también aportó las ofertas educativas que se facilitaron desde el Modelo Colaborativo de Educación Rural que convocó a otras instituciones de educación superior y que permitieron fortalecer conocimientos y saberes necesarios para transitar a la vida civil.

9. Género y construcción de nuevos modos de vida

Existe una relación entre la guerra, el género y las sexualidades. Históricamente se ha configurado un sistema sexo/género que margina a los sujetos que no cumplen con los parámetros establecidos por un orden de género hegemónico y los define como hombres y como mujeres. Como resultado de ese orden de género, las mujeres han sido subalternizadas, al igual que algunos varones, tales como aquellos que tienen orientaciones sexuales o identidades de género no normativas. Estas formas de subalternidad se manifiestan en las representaciones sociales, los códigos normativos cotidianos, las instituciones, en las prácticas y las subjetividades. En este marco se crean ciertos imaginarios que provocan prácticas violentas contra aquellos que se salen de la norma hegemónica. (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015, p.66).

Abordar reflexiones y discusiones acerca del género, teniendo en cuenta que este es un aspecto transversal a las realidades de la comunidad FARC, implicó un reto arduo para el grupo del Aula Taller. Si bien se lograron algunos avances de reconocimiento mutuo sobre la importancia de seguirnos haciendo preguntas -comunidad y equipo

de orientadores-, por las relaciones del pasado y el presente que circulan en la vida cotidiana de las mujeres y hombres del ETCR o, más aún, de concretar acciones efectivas para el fortalecimiento de sí, de las y los otros; reconocemos que hay aspectos que no juegan a favor en el actual contexto colombiano, y que estos complican la posibilidad de ahondar de manera pausada y consciente en varios asuntos, por ejemplo, la manera en que estas comunidades han tejido las apuestas políticas de género para no perder lo caminado en reconocimiento y defensa de derechos y, al mismo tiempo, nutrir la discusión en este nuevo escenario, aportando estrategias que a largo plazo resulten trascendentes.

Con contexto complicado nos referimos a las condiciones básicas de vida por las que atraviesan las mujeres con las que comenzamos a tener acercamientos para lograr acuerdos sobre lo que ellas demandaban de la comisión. Después de algunos diálogos fue evidente que estas mujeres requieren primero la resolución de asuntos primordiales como sus condiciones de salud, empleo y alimentación, así como apoyo a las dificultades que implican los asuntos de crianza, familia, entre otros. Mínimos vitales que si se tienen en vilo se convierten en obstáculos para concentrar energía y disposición en procesos pedagógicos relacionados con formación o discusiones críticas para la visibilización de violencias, la participación política o,

en síntesis, la resolución y el avance frente a las problemáticas de género.

La anterior dificultad propició, al mismo tiempo, una visión más acertada de las formas en que debían abordarse, en esta coyuntura, los temas de género. Permitió establecer que la conversación (formal e informal) constante sobre los temas cotidianos, la escucha (al grupo, a cada mujer y a cada hombre), más allá de impartir unos contenidos, fuese una clave pedagógica exitosa, lo cual llevó a replantear estrategias (que quedaron solo esbozadas debido a la falta de tiempo e imprevistos en el panorama) que pudieran surtir efectos en dos vías, es decir, que implicaran aportes para establecer acciones -o por lo menos diseñar ideas- en pro de resolver, a corto plazo, dichas necesidades materiales, y que al mismo tiempo posibilitaran procesos de reflexión y reconocimiento de las relaciones y discursos en que están inmersas, esto es, su papel como sujetos y agentes políticos.

Asimismo, una de las claves pedagógicas que debe implementarse es propiciar en las mujeres un mayor conocimiento de los puntos de los acuerdos de paz, sobre todo de aquellos relacionados con el enfoque de género, con la intención de crear espacios de formación y discusión que les permita reflexionar sobre las manifestaciones y construcciones sociales en torno a este tema, a los derechos económicos, sociales y políticos a los que pueden acceder gracias a los procesos de

reincorporación en los que están inscritas. Observamos también que el conocimiento superficial de los acuerdos puede estar repercutiendo fuertemente en la manera como estas mujeres se hacen partícipes de dichos procesos, por ejemplo, no se han concretado proyectos con los que puedan captar recursos que las beneficien en diferentes vías (necesidades básicas y procesos de organización - reflexión). La presentación de proyectos implica que debe realizarse un trabajo arduo en formación sobre los protocolos y formas de construirlos, asunto en el que es primordial el apoyo de la comunidad académica y en el que es fundamental trabajar sobre las estructuras de dichos documentos, los canales para presentarlos y circularlos, y las formas y tiempos que esto implica. Además, las partes constitutivas (objetivos, justificación, cronogramas, presupuestos, entre otros) que, si bien son asuntos de forma, se consideran trascendentales para que los proyectos sean aprobados y por ende comiencen a beneficiarlas productivamente.

Este trabajo conduce a la necesidad de constituir un grupo base de mujeres que jalonen dichas apuestas, pero al mismo tiempo se estaría constituyendo capacidad instalada como grupo de apoyo mutuo, y en esta apuesta podrían intercalarse acciones para la ejecución en vía a la inmediatez de las necesidades. Al tiempo, dicho grupo podría comenzar a fortalecer jornadas de capacitación,



Fotografía: Juan David Alzate (2018)

orientación, defensa, talleres de cuidado de sí, conocimiento del territorio, espacios donde se tejan lazos con las demás mujeres campesinas de la vereda en que habitan, se discutan las formas de participación política, reconocimiento de su historia, la comprensión de las relaciones de poder y demás asuntos concernientes a su cotidianidad (pareja, sexualidad, manutención, familia, dependencia económica, cuerpo), en resumen de una vida digna.

Una segunda clave de trabajo debería apuntar a apoyar con técnicas de intervención, estrategias metodológicas y de proceso, el diálogo y compromiso con mujeres de las veredas cercanas, en el cual se fomente el agenciamiento, se gestionen vínculos y se hilen confianzas, lo cual les permita multiplicar los temas de interés sobre el género. En este sentido, es imprescindible apoyar el fortalecimiento de espacios de relacionamiento, así como de trabajo en redes y construcción de agendas desde los intereses de la comunidad, por ejemplo, jornadas colectivas en los territorios que apunten a profundizar en temas pertinentes para niñas, jóvenes y ancianas, que no sean abruptos frente a las concepciones culturales y necesidades rurales, que generen “confluencias” con esas “otras”, pues los procesos pedagógicos que soñó el Aula Taller no son exclusivamente en pro de las mujeres de la comunidad FARC, como receptoras y sabedoras, sino también como sujetos políticos

que se involucran activamente en procesos formativos para los otros, que lideran y orientan a sus comunidades.

Lo anterior implica un llamado específico a los profesionales del Aula Taller y también a la comunidad académica, a que se proponga un trabajo más fuerte en los ETCR, pues desde esta primera lectura de la comunidad, la cual se logró con las visitas en el presente año a La Plancha, podría construirse una serie de planes colaborativos, dinámicos, flexibles y constantes que permitan potenciar las capacidades que tienen estas mujeres para trabajar con sus pares y orientarlas en la constitución como veedoras de los temas de género en lo rural, afianzando su capacidad reflexiva y propositiva en los diversos espacios.

Por otra parte, una clave trascendental tiene que ver con el trabajo por la autonomía y las nuevas formas de poder en las que son partícipes, pues ellas comentaban constantemente que ahora (apelando al momento de instalación en el ETCR) estaban atravesadas por el resurgimiento de relaciones un poco más violentas desde lo simbólico, aspecto que coincide con la desarticulación de las jerarquías de los comandantes -que si bien no desaparecen del todo, es hacia donde se apunta-, quienes a través de la norma y las órdenes implantaron, en tiempos de guerra, una especie de “respeto mutuo” entre los integrantes de los frentes.

En dicha perspectiva se manifiesta la preocupación de las mujeres por la pérdida de estas formas y tejidos de interacciones igualitarias, ellas señalan las tensiones que les generan narraciones netamente masculinas que han comenzado a aparecer, y con ello el fantasma de la invisibilización, la negación y las formas violentas, culturales e históricas de relacionarse en la sociedad. Esto evidencia que hay un camino largo en incentivar espacios de discusión y participación espontáneos, en los que se aborden asuntos como la comprensión de la dependencia y las nuevas autonomías, el poder desde la palabra y las reflexiones éticas que implican nuevas libertades en la vida cotidiana, unos nuevos posicionamientos y posibles formas de ser y estar en el marco de dinámicas sociales diversas que hacen parte de la transición a la vida civil.

Hay pues un reto adicional en lo anteriormente referido, que tiene que ver con el abordaje de estas reconfiguraciones sin apelar al marco de la disputa y los juicios o señalamientos que rompen abruptamente y generan predisposiciones. No encontramos, entonces, frente a la pregunta de cómo generar procesos pedagógicos que conlleven a unas posibles formas de plantear relaciones y organización de la vida cotidiana, en los que mujeres y hombres se piensen de maneras más horizontales, moderados por aspectos como el trabajo cooperativo, la mediación de conflictos y

EN ESTE SENTIDO, ES IMPRESCINDIBLE APOYAR EL FORTALECIMIENTO DE ESPACIOS DE RELACIONAMIENTO, ASÍ COMO DE TRABAJO EN REDES Y CONSTRUCCIÓN DE AGENDAS DESDE LOS INTERESES DE LA COMUNIDAD

el reconocimiento del otro como sujeto fuente conocimiento y sabiduría con el que se puede construir mano a mano.

Finalmente, planteamos que una clave pedagógica a implementar debe apuntar al trabajo articulado con un grupo de hombres (trabajo que se presupuestaba hacer pero que fue aplazado debido a necesidades que fueron identificadas como prioritarias) teniendo en cuenta que cuando se habla de género no se debe pensar únicamente en el trabajo con lo femenino, sino articular los procesos y subjetividades de lo masculino a las discusiones y reflexiones. El género es una categoría de lo “común”, que en este contexto es vital comprender y convoca a la comunidad académica y rural. Se necesita posibilitar, en los nuevos ejercicios que se tracen, espacios prácticos donde las actividades o técnicas que proyectemos lleven a reconocer que *los hombres pueden asumir una posición masculina no necesariamente desde el autoritarismo, lo que puede evidenciarse a posteriori en las relaciones interpersonales de esta comunidad.*



Fotografía: Natalia Maya Llano (2018)

10. Reconocimiento y encuentro intercultural

De las cualidades valiosas que podemos reconocer adecuadamente en otras personas se había dicho que sólo pueden poseer realidad efectiva en el horizonte de experiencia de un mundo de vida determinado; cuando sus miembros han sido socializados exitosamente en su cultura, perciben tales cualidades de valor personales del mismo modo que realidades objetivas del mundo social circundante, tal como experimentan también otras particularidades culturales primeramente como hechos dados evidentes. (Honneth, 2006, p.37).

Ahora bien, así como los miembros de la Fuerza del Común están llevando a cabo proceso de reflexión sobre cómo construirse como sujetos políticos individuales y colectivos, la Universidad

tiene un aprendizaje importante en términos de reconocer quiénes son esos otros, cuáles son sus narrativas y desde dónde las construyen. Esto lo decimos porque la academia ha escrito mucho sobre la guerra, sobre quienes la han sostenido y quienes han sido sus víctimas, pero ahora es necesario pensar otras formas de narrar esa historia de guerra que incluyan las experiencias, las perspectivas y las subjetividades de quienes participaron en ella, siempre con el horizonte puesto en cómo esto puede aportar a la construcción de la paz. Estudiantes y profesores tuvimos la oportunidad de encontrarnos con esos “otros”, de interactuar con aquellos que los medios de comunicación y la élite política y económica ha construido históricamente como el enemigo; pero también con ese “otro” que desde los círculos ideológicos de izquierda ha sido construido como la vanguardia de la liberación y

de la transformación del sistema. Tal vez lo más importante de esta experiencia de encuentro es que de ese “otro” lo que emerge es su “condición humana”, su ser encarnado en el contexto de una Colombia rural, excluida de los bienes y servicios de la sociedad, e infrarreconocida cultural y políticamente. En ese sentido decimos que la reconfiguración de los imaginarios basados en prejuicios es fundamental para entablar estos procesos de formación política.

Finalmente, una clave fundamental radica en el fortalecimiento del trabajo interdependencias pero partiendo de una definición como universidad sobre qué entendemos por ciertas palabras que son importantes para un proceso como estos,

tales como comunidad, reconciliación, reincorporación, solidaridad. No porque deba llegarse a consensos sobre dichos conceptos, sino porque el reconocimiento de la diferencia también emerge de las discusiones internas que se dan entre sujetos con distintas formaciones y diferentes lógicas de comprensión del mundo. Esto no sólo incluye a los miembros de la comunidad fariana, sino que nos plantea una responsabilidad adicional a quienes hacemos parte de una comunidad académica, y para todos y todas, la pregunta consiste en ¿qué reconciliaciones y convivencias debemos construir para transitar como sociedad y como individuos hacia sentidos democráticos más humanos e integradores? 🍷

Referencias

- Alvarado, S.V. (2014). Ampliación de la comprensión de los procesos de configuración de subjetividades. En: Alvarado, S y Ospina, H. (2014). *Subjetividad política y configuración de subjetividades*. Bogotá: Siglo de Hombre Editores – Universidad de Manizales – CINDE.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015). *Aniquilar la Diferencia. Lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas en el marco del conflicto armado colombiano*. Bogotá, CNMH - UARIV - USAID - OIM.
- González-Monteagudo, J. (2007). La pedagogía crítica de Freire. Contexto histórico y Biográfico. *Anuario Pedagógico* (11) 53-64. Santo Domingo: Centro cultural Poveda.
- Jelin, E. (2001) Exclusión, memorias y luchas políticas En: Mato, D (compilador). *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Clacso-Asdi.
- Jolly, J. (2012). Lo público y lo local: gobernanza y políticas públicas. Recuperado de: https://presupuestosparticipativos.com/wp-content/uploads/2016/12/los_publico_y_lo_local_Jolly.pdf
- Honneth, A. (2006). El reconocimiento como ideología. Recuperado de: <http://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/view/33/33>
- Piazini, C. (2010). Geografías del conocimiento. *Geopolítica(s)* ISSN: 2172-3958 2010, vol. 1, núm. 1, 115-136
- Rodríguez, M.I. (2012). Formación de la subjetividad política. *Revista Colombiana de Educación*, N. 63. pp. 321-328.
- Ruiz, A. y Prada, M. (2012). *Formación de la subjetividad política: Propuestas y recursos para el aula*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Ruiz-Vargas, J. M. (2008). ¿De qué hablamos cuando hablamos de “memoria histórica”? reflexiones desde la Psicología cognitiva. *Entelequia: revista interdisciplinaria*, 7, 53-76.
- Santos, B.S. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Ediciones Trilce.
- Torres-Carrillo, A. (2014). *Comunidad*. Bogotá: Fundación CINDE – Editorial El Búho.
- Torres, E. (2018). El declive del enfoque narrativo en la sociología histórica. *Sociológica*, año 33, número 93, enero-abril de 2018, pp. 9-52
- Zemelman, H. (2003.) *Hacia una estrategia de análisis coyuntural*. En: *Movimientos sociales y conflicto en América Latina*: Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales E (CLACSO)



Este libro se terminó de imprimir
en septiembre de 2018 en Medellín, Colombia



Aula Taller interdisciplinar, es una experiencia de comunidad académica de la Universidad de Antioquia, que logró la articulación de profesores, administrativos, estudiantes de posgrado y pregrado de diversas dependencias como el Instituto de Estudios Regionales-INER, el Instituto de Estudios Políticos-IEP, las Facultades de Artes, Educación, Ciencias Sociales y Humanas, Comunicaciones, Salud Pública, Ciencias Agrarias y la Dirección de Regionalización. Este proceso, metodológicamente concebido desde el diálogo de saberes y conocimientos, privilegió la reflexión y reconstrucción de la experiencia comunitaria, dinámicas políticas, creativas y productivas de la comunidad Fariana perteneciente al ETCR La Plancha de Anorí.

